

Serendipia Stark

Ilusión

Universo Sofia II



ILUSIÓN
Universo Sofía II

Serendipia Stark

La serie «Universo Sofía» se compone de **5 entregas mensuales,** ambientadas en la ciudad de Málaga, en la actualidad**.**
Si adoras leer historias de amor romántico, celos, pasión, amistades inolvidables, dudas y momentos salvajes, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.
Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en mis redes sociales:
INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora
FACEBOOK: Serendipia Escritora

©SerendipiaStark2024
Código ASIN:
Todos los derechos reservados©
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

ÍNDICE

#MiedoALoQueVendrá

#NosMarchamos

#NoMeCuentesMentiras

#FrenteAFrente

#BeberteEstaNoche

#EmpezarASentirte

#HolaYAdiós

#MartitaEspera

#HechosIncontestables

#ElQueNoEsperaba

#PorqueNoEstásYTeEchoDeMenos

#CometiendoErrores

#SinConsuelo

#VíctorYYo

#MeMiraMal

#ExcluidaPorqueSí

#YoPiensoYoSueño

#LaVenganzaSeSirveHelada

#ContentaPorOtrasCosas

#SombreroDeMexicano

#MasoquismoDelGüeno

#AGritoPelado

#PromesasPromesasPromesas

#EstamosEnPeligro

#HuracanesEmocionales

#DeNuevoSola

#ElPaqueteQueElCarteroNuncaTrajo

#ElCaminoAMí

#PosiblementeUnoDeLosMejoresMomentos

#ChispasDeMalHumor

#Cancelaciones

#SofíaRegalaFavores

#Estafada?

#NoTeEnfadesPorFavor

#PequeñosDesastres

#ChismesQueNoNecesitoSaber

#LluviaDePatadas

#XimenaNoSiempreHaceLoQueDice

#CambioDeOpinión

#MiedoALoQueVendrá

Ante mi repentino sofocón, allí en pitad del pasillo de la facultad, la expresión relajada de Mario se descompone. Gira hacia mí preocupado, y me pregunta qué me pasa.

—No... no lo sé —consigo decir.

Mis hipidos suben de volumen, son cada vez peores.

—¿He hecho... dicho algo...? —se desespera.

Me da mucha pena, yo tengo la culpa, solo necesito un abrazo bien apretado.

—Es que… ya no volveré a estos edificios —gimoteo—, ni veré al profesor Martínez. Nunca más. Además, comienza una nueva etapa, me enfrento a la vida... Yo... —Elevo unos ojos desconsolados que se topan de bruces con dos luceros negros e intensos—. Estoy muerta de miedo.

Mario chista para tranquilizarme y me retira del paso en mitad del corredor arrastrándome hasta un lateral mucho más estrecho. Me tiene cogida por los hombros y la deliciosa presión que ejercen sus dedos contra mi carne me saca de mis casillas.

—Son los nervios del preestreno —me asegura con una voz aterciopelada irresistible—. Venga, Sofía, desahógate, y luego quiero que me enseñes la mujer valiente que se esconde tras esta llorera.

Me paso la manga a toda velocidad por la cara. Seguramente solo logro emborronarme el maquillaje y parecerme a un oso panda.

—Soy una histérica —me disculpo con un mohín lastimero.

—Es normal.

Con una alegre carcajada, Mario me estrecha entre sus brazos y yo me derrito embriagada por su cercanía y el maravilloso aroma que desprende su piel.

¡Señor! Huele demasiado bien, esto no es sano.

Me quedo allí, arrebujada, disfruto egoístamente de la energía que me cede.

—Me ocurrió algo parecido la mañana de mi examen de conducir —prosigue—, me temblaban tanto los pies que no atinaba con los pedales y en lugar de agarrar la palanca de cambios, aferré la rodilla de la examinadora.

—Le daría un ataque a la buena mujer, supongo.

Sorbo los mocos. Di que sí, hija, todo *glamour*.

En ese momento, me hago plenamente consciente del peso de una mirada clavada en nosotros y en nuestra tierna escena de consuelo. Hay una mujer joven, rubia y parapetada tras unas carpetas, que reprueba con ojos fríos nuestro acercamiento. Es como sentir un millar de

alfileres clavándoseme en la cara. Retrocedo y me distancio, aunque aprovecho para palpar el duro pecho trabajado de Mario, y calentarme otro poco.

Debe de ser un placer embutirse con él entre sábanas y retozar sin pausa hasta el amanecer.

—Al menos, dime que aprobaste.

—Aprobé.

Él sonríe y me seca una lágrima con la punta del índice.

—Del mismo modo que tú triunfarás en tu doctorado. Venga, respira hondo y grítale al mundo: «*aquí estoy yo*».

¿Estoy?

La verdad es que la puñalada visual que nos ha lanzado esa mujer, a la que de cuando en cuando creo haber visto por el departamento del edificio antiguo, cargada de libracos, dando órdenes a diestro y siniestro, abusando de la bondad del doctor Martínez, me ha noqueado. La incomodidad hace que me sienta más expuesta a los encantos de Mario, y bastante más vulnerable.

—¿Volvemos al departamento? —me ofrece con amabilidad.

Enlazo un mechón de pelo por detrás de la oreja, y asiento sin hablar. Voy a concentrarme en las puñeteras correcciones y me marcharé a casa, lejos y a salvo del influjo del doctor Indiana, cuanto antes.

Pido permiso para pasar por el baño a retocarme los churretes. Al regresar y por culpa de mi sigilosa apertura de puerta, soy testigo inocente de una conversación muy desagradable, llena de reproches. Es la rubia, increpando a Mario que la mira impasible, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Recuerde, señor Vallés, que acaba de incorporarse al claustro, no lo conocemos. Si desea forjarse una reputación de profesor serio, tendrá que esforzarse. Nadie va a regalarle nada ni dará nada por supuesto, por más que las referencias del profesor Martínez sobre su persona, sean inmejorables. Lo que acabo de presenciar, hace realmente difícil confiar en su prudencia.

—Me gustaría que me explicase, qué es en concreto lo que cree haber visto —la reta Mario con cierta pachorra.

Su voz es ahora más airada, autoritaria, y ejerce en mí un desconocido efecto afrodisíaco. A la rubia se le marca la arruga del entrecejo.

—No me obligue a embarcarme en detalles desagradables. Baste recordar que las relaciones entre profesores y alumnado están terminantemente vetadas.

De la comisura de los preciosos labios de Mario se descuelga una sonrisa de incredulidad.

—¿Relación? Paula, con todo respeto, creo que su exacerbada imaginación le está jugando una mala pasada.

—No me diga eso...

¡Está coqueteando!

El modo en que la tal Paula lo repasa con ojos sedientos, la manera en que cimbrea sus caderas y humedece su boca con la punta de la lengua, me lo indica sin lugar a duda. Soy mujer. Sé interpretar esas cosas.

—Lamentaría ser la causa de un mal comienzo. Seamos amigos, se lo ruego. —Ella inmoviliza su brazo con una mano de uñas rojas—. El profesor Martínez se jubilará en breve y

vas a sustituirlo —añade tuteándolo de repente—, es el principio de una larga y fructífera relación profesional que no deseo enturbiar. No merece la pena —indica con desprecio.

Tengo la impresión de que me dedica la frase con todo su desdén añadido.

Me siento fatal, este absurdo malentendido está creándole problemas a Mario. Espero a que la rubia desaparezca, carraspeo y hago como que llego. A Mario se le ha chafado el humor, está sombrío y ya no bromea. Concentro el cien por cien de mi atención en los documentos que inundan la mesa, y dejo de fantasear con el cuerpo del profesor Vallés y sus apabullantes atributos de masculinidad.

Un poquito de por favor, Sofía.

Vuelan los días, algo más tensos de lo que habíamos supuesto. Con solo un par de minutos de recriminación, la tal Paula ha conseguido abrir una brecha insalvable en nuestra incipiente amistad. Me duele mucho, y no solo porque Mario sea un hombre increíblemente guapo en el que da gusto recrearse, sino porque es buena persona, inteligente, comprensivo y amable.

Por la calle no abunda gente con sus dones, es una desgracia no poder conservar su afecto.

Sé que he jurado ante el espejo que no saldré de juerga, para ir el lunes a la lectura de la tesis descansada como un oso tras la hibernación, pero mi fuerza de voluntad no supera el sábado, después de que Ximena me llame a todas horas aconsejándome dar una vuelta para despejarme, y un viernes noche miserable y en soledad, atiborrándome de gominolas y pelis malas.

Siendo sincera, me traicionan las ganas de encontrarme con Alex de nuevo.

A ver qué me pongo. Tengo las piernas blancas como la leche, en cuanto me libre de la carga del doctorado, me tumbaré en la playa de La Malagueta y me adosaré a la arena con un Calippo de fresa en la mano. Nada de faldas. Me encajo unos vaqueros y lo combino con un top de brocado bronce con manga sisa, cuello de barca y peplum. Queda muy bonito, favorece mi piel pálida, lo cual, más que difícil es milagroso. Me encaramo a mis tacones, recojo mi melena en una coleta tirante y al maquillarme, tiño de rojo pasión mi boca. Pienso ponerme de jarana hasta las orejas.

A los mandos de Martita, echo de menos a mi habitual paquete, esa rubia parlanchina de flequillo largo y garboso llamada Ximena Dunne. Mi mejor amiga. No tengo derecho a sentirme triste, el motivo de que no viaje en el asiento de atrás de mi vieja Vespa es que su relación con Antonio marcha viento en popa.

El amigo engreído de Alex y su interés, al parecer sincero, están curando el alma de mi Ximena. Al imbécil de su compañero de trabajo que la torturaba con su eterna duda, que le den. Ningún hombre que no tenga claras las cosas debería arrimarse a una mujer a confundirla con malas artes y palabritas dulces.

Podría haberme aplicado yo misma el dicho…

#NosMarchamos

Son las nueve y media de la noche y es una delicia atravesar el paseo Reding y a continuación, el parque de Málaga, con Martita a medio gas. El airecillo me acaricia la cara, templado y agradable. Desearía que siempre fuera verano y recorrer con mi moto esta ciudad que lame el mar.

Claro, que también querría ser siempre estudiante y no asumir las responsabilidades que trae aparejado el incorporarse a una vida laboral activa, de adulto pringado. Y eso que refunfuñaba porque tenía exámenes. Quién pudiese recuperar ahora esos años de gozosa libertad.

Encuentro un hueco donde aparcar la moto, cerca del Pasaje de Chinitas. En pleno centro y sábado, todo rebosa y las calles peatonales bullen vida. Dirijo mis pasos hacia Gorkis, donde hemos quedado a tomar un vino y unas tapas, con un ligero picor en los muslos, excitada ante la perspectiva de volver a ver a Alex, mi particular «ojos del Guadiana» que aparece y desaparece sin avisar.

Distingo a mi grupo al fondo del local, riendo y haciendo aspavientos. No es muy difícil, son todos tan altos... Ximena y su singular estilo, sus gafas de pasta negra, su flequillazo y esa sonrisa franca que tanto le adorna. Y Silvia, preciosa, embutida en un vestido negro de topos blancos estilo Grease, recostada contra el pecho de su André. Mis ojos vagan buscando a Alex y no reprimo un bufido de desilusión.

No ha venido.

Los que sí están se alegran de verme y me abren sus brazos. Enseguida tengo una cerveza helada entre las manos, y una tosta de queso de cabra ahumado con cebolla caramelizada por encima, a libre disposición. Observo el modo amoroso en que Antonio persigue los movimientos de mi amiga. Parece que la cosa va en serio y aunque el pellizco de perderla golpee duro la boca del estómago, egoísmos aparte, me chifla verla enamorada. La carita le brilla con una luz especial.

Para cuando cambiamos de local, aún no sé nada del objeto de mis sueños húmedos.

—Sofía, me temo que tengo malas noticias. —Silvia se ha zafado del estrecho abrazo de André y se acerca. Me tenso. No me gustan las conversaciones que empiezan con esa fea frase —. Han ingresado a mi abuelo, está bastante malito, salimos para Madrid mañana mismo, toda la familia. —¿Toda la familia? Eso incluye también a Alex, por descontado—. Aún no hay fecha de regreso, pero no estaré en Málaga el lunes para la lectura de tu tesis. Créeme que lo siento, sé que te lo prometí...

Disfrazo la decepción como puedo, cogiéndole una mano.

—No pasa nada, mujer, lo primero es lo primero. ¿Qué tiene?

—Achaques de la edad, son noventa y cinco años y mucho vivido. El *nonno* fue en sus tiempos, tan golfo como su nieto Alejandro. Todo va a salirte de perillas, ya verás. Te llamaré y cuando vuelva saldremos a comer para celebrarlo. ¿Te das cuenta que para cuando regrese ya serás toda una señora doctora a la que habrá que llamar de usted? —apunta con los ojos brillantes de entusiasmo.

No sé por qué todo el mundo se empeña en revestir la cosa de una pompa y un boato, que estoy segura que no tiene. Hago una mueca de disgusto.

—No me lo recuerdes, suena espantoso.

—¿Qué va a ser espantoso ni qué ocho cuartos? Es el principio del resto de tu vida, no veo el momento de que te instales en el despacho.

—A tu compañera no le gusto ni pizca —silabeo.

—¿Por qué dices eso?

—Lo presiento. Psicología innata lo llaman —Le guiño un ojo travieso.

Silvia se encoge de hombros mostrándome lo poco que le importa.

—Es muy celosa y algo introvertida, puede que tema que tú y yo hagamos piña común y la dejemos fuera.

—Eso no va a pasar, qué tontería.

Me llevo la jarra a los labios. La expresión en la cara maquillada de Silvia es, cuanto menos, críptica.

—Bueno, si alguien me pregunta, no pienso negar que tengo más *feeling* contigo que con ella. Es tan huraña que hay que sacarle las palabras con sacacorchos.

Voy a responder algo simpático, pero no llego a hacerlo porque aparece Alex destacando entre el mar de cabezas, y mi estómago pega un doble salto mortal y se llena de cosquillas. Es tan guapo que corta el aliento. Trae un vaquero desgastado a la cadera y una simple camisa blanca arremangada al codo, que le sienta de guante y pecado. Sus delirantes ojos verdes me localizan y emiten un destello peligroso. Sus labios se estiran en una sonrisa y mis bragas se queman en el acto. Es increíble el efecto físico de esta droga dura llamada «Alejandro el grande».

Lo de grande, entendedlo en la mayor extensión de la palabra, abarcándolo por completo, todo él.

Intercambia el típico saludo chocando la mano abierta con sus colegas, besa a Ximena en la cara, a su hermana en la frente, y luego se detiene en mí. Nos observamos largamente para crear expectación antes de que se incline sobre mi cuello, retire el pelo por encima de mi hombro y aproveche la aproximación del beso lento cerca de la oreja para susurrarme:

—Te he echado de menos.

#NoMeCuentesMentiras

Esta maldita reencarnación de Apolo me tiene loco el corazón, no sé a qué juega. Su peculiar bienvenida y sus ojazos que chisporrotean sin separarse de mí, me desconciertan.

Le gusto, hasta ahí llego.

Y sabe que él me gusta a mí, sabe al menos que su presencia y la energía tremenda que emana, su insultante autoseguridad, me dejan indefensa una y otra vez. No importa que luego desaparezca durante días e incluso semanas, que no dé la menor explicación de dónde se mete. De todo eso me olvido en cuanto lo tengo cerca.

Estoy seducida de la peor manera y lo que más me fastidia, es haber sido tan ilusa como para creer que, con aquel ataque a sexo abierto en el garaje, le haría alguna mella. La que se ha quedado tocada para los restos soy yo, y desde que ocurrió, los únicos minutos que he conseguido apartarlo de mi mente, han sido los que pasé trabajando junto a Mario.

Debe de ser lo mucho que me preocupa mi tesis, claro está.

En mitad de mi animada charla con Ximena y Silvia, lo veo acercarse, tan alto y fabuloso como si Thor bajase a la tierra a darse un garbeo entre los corrientes mortales y de paso, dejarlos en ridículo.

Se me seca la boca. Sobre todo, porque llega con dos copas en la mano, me ofrece una y mis amigas musitan una excusa tontorrona que ni oigo siquiera, y se apartan.

Tiene vía libre y su presa, o sea yo, lo mira asustada por su incierto destino.

—No me bebes nada —reprocha con un guiño cómplice—, eso no puede ser. El lunes lees tu tesis, ¿verdad?

Me asombra que esté al tanto de mi calendario. Me asombra y me halaga. Especialmente, teniendo en cuenta que lo último que supo de mí fue que lo utilizaba con descaro para orgasmearme, y a partir de ahí, nada.

Respondo asintiendo y bufando como si lo mío fuese una sentencia carcelaria.

—Me habría encantado estar allí para apoyarte. En realidad, queríamos ir los dos, Silvia y yo, pero... Ya te lo habrá contado. —Su semblante se oscurece y siento que debo corresponder con alguna disculpa.

—Sí, lo de tu abuelo. Lo lamento, de corazón, espero que no sea grave.

—Es muy mayor, hay que ir haciéndose a la idea. —De pronto mira al techo y su voz se quiebra, no es una impresión mía, se ha roto un pedacito del gran Alex—. Me va a costar asumir que ya no esté, prácticamente me ha criado. Cuando éramos pequeños y hasta hace muy poco, en verano mis padres se hacían una escapada romántica de mes y medio, y a nosotros no nos importaba porque nos dejaban en Asturias con los abuelos. Gracias a la yaya, Silvia podría ser un

genio en la cocina y yo sé pescar escurridizas truchas de río. También por su causa, empecé a amar la arquitectura.

—¿En serio? ¿Fueron esos veranos el germen de tu infidelidad al negocio familiar?

No sé por qué, después de pronunciarla, la palabra infidelidad me retumba con maldad en los oídos.

—Sí, junto a mi abuelo construía cosas. Empezamos por casitas para pájaros, estructuras sencillas que primero diseñaba en papel. Poco imaginaba mi abuelo lo que estaba sembrando en mí. Él fue magistrado de la Audiencia Provincial hasta que se jubiló.

Ríe emocionado con su historia. Los abuelos. Esos seres magníficos y especiales.

—Bien, las fuerzas están equilibradas —entono—. Supongo que desde cierto punto de vista es saludable que las profesiones se saneen, a nivel familiar supone una inyección de sangre fresca, por muy vetusta que sea la tradición.

—Creo que el pobre viejo se culpabilizará del desastre hasta el fin de sus días, pero yo no me canso de decirle que soy feliz.

Lo dice con pasión. No me cabe la menor duda de que lo está sintiendo desde las tripas, desde donde deben sentirse las cosas importantes. Y para mi desgracia, encuentro un detalle más del que colgarme.

Don Perfecto ha llegado a la ciudad y ha chocado con mi vida, dispuesto a ponerla boca abajo.

—¿Estás nerviosa con lo de la tesis?

—Un poco, para qué voy a mentirte.

—Lo harás fenomenal y luego...

No más «*lo harás de puta madre*», no lo soporto. Me muero por preguntarle qué hay de Camila, si ella es la razón de que haya llegado tarde. Pero no me atrevo, no dispongo de la confianza que necesitaría para dar ese paso. Mantengo viva una duda que poco a poco me desangra.

—Luego, la vida terrible y verdadera abrirá sus fauces y me devorará —aseguro con toda una colección de aspavientos dramáticos que le hacen reír—. Si te digo que ayer entré en barrena y sufrí un ataque de pánico que por poco me muero...

Dejo de hablar porque se ha acercado tanto, que su nariz casi toca la mía y el dulzor de su aliento mentolado me envuelve como una manta de cálido cachemir. Veo que estira una mano, que sus dedos enredan un mechón de mi pelo, lo colocan detrás de mi oreja y se pasean, vueltos del revés por mi mejilla.

Suavemente.

Las mariposas se trasladan de ahí a mis pechos, y de mis pezones al vientre. Es insoportable de puro intenso.

—Vaya por Dios, lástima no haber aparecido yo por ahí para consolarte. —Me clava las pupilas. Sin compasión ninguna—. No quiero verte llorar nunca en la vida.

Trago saliva con mucho trabajo. No entiendo por qué me mira como si me poseyera y me habla como si fuese de su propiedad, pero que se preocupe por mí, me gusta. Me encanta que me toque. Yo también quiero tocarlo, en la más amplia acepción del término.

—¿Nos escapamos con discreción y disimulo? —me propone haciendo uso del mismo murmullo insinuante que me descoloca.

—Como si no se fuesen a dar cuenta... —digo tan aterrada como estimulada.

—Es cuestión de estrategia militar —bromea. Los largos dedos continúan su ascenso,

rozan mi oreja y la acarician—. Nos lanzamos al centro del local como si fuera una pista de baile. Nos confundimos con el mogollón. Cruzamos hasta el otro lado y... ¡T*achaaan*! Salimos tranquilamente por la puerta. —Me clava esos iris color esmeralda de los que no puedo escapar —. Quiero compensarte por mi ausencia del lunes.

—No tienes que...

—Es que ya me había comprado los pompones de animador, no imaginas lo requetebién que se me da agitarlos; ¡So-fí-a, So-fí-a! —chilla con voz aguda, imitando a una *cheer-leader* americana.

Golpeo su hombro con el puño sin conseguir que se altere lo más mínimo, mientras a mí me parece haberle atizado a un muro de hormigón.

—Vas a hacer que te eche de menos, en serio —lo amonesto sin dejar de reír.

—Ese es precisamente el plan, me decepciona que no te hayas dado cuenta. —Señala el área central del local, donde en una ligera penumbra multicolor, los cuerpos de los bailones se contonean enloquecidos y giran como peonzas fuera de control— ¿Fase uno de una huida formidable?

—Fase uno. —Acepto resignada la mano que me ofrece.

Lo que de verdad siento, es que mi corazón saldrá corriendo por el club y no habrá forma humana de recuperarlo. Esquivando empujones y pisotones, compruebo que Alex se mueve divinamente.

Mierda.

No puede ser que todo lo haga bien. Se acerca insinuante, gritándome mil cosas con esos ojos color hierba recién regada, y se pega a mi cuerpo provocando peligrosas taquicardias. No sé cómo fui tan estúpida la primera noche como para no besarlo. Hará bien pensando que soy una estrecha.

¿Una estrecha? ¿Después del numerito que monté en el garaje?

Hará bien pensando que soy un zorrón que folla en cualquier esquina oscura.

Respiro hondo. Su ondulación es toda una invitación al sexo. Provocador…

Visto lo visto, tiene novia y lo oculta; en lugar de atenderla, aprovecha su ausencia para divertirse conmigo y arrastrarme a la cama. Alex es un golfo de primera, ya lo dice su hermana. Y con ese físico despampanante está acostumbrado a que las mujeres se le tiren a las zapatillas, de modo que quizá haya sido mi cobra del día del encuentro, lo único que mantenga vivo su interés por mí.

Eso, y que a la fecha aún no se me haya colado dentro.

Algo me dice que de esta noche no pasa, hoy no hay quién me salve. Puede que zanjar esto de la manera más brusca sea la única solución.

En cuanto nota que me ha subido la temperatura, se aleja y todo mi cuerpo reacciona mal ante la distancia. El suave vello que cubre su pecho se intuye por la abertura de la camisa, y mirarlo solo consigue que las punzadas de mi sexo se hagan más húmedas y violentas.

Me falta el aire. Quiero irme ya.

Hace rato que he perdido la conciencia de si lo que me rodea son bultos o personas vivas. Me muevo por inercia, desesperada por arrojarme a sus brazos y rogarle que me bese hasta asesinarme. Tanto pensar calenturas, doy unos cuantos traspiés que me lanzan sobre mi pareja de baile sin haberlo premeditado.

Deseado sí, planeado, nada.

Un tremendo golpe de calor explota en mi cara y las rodillas me tiemblan. Alex me sujeta, sus grandes manos me acarician igual que sus ojos, y cuando se arrima y entierra su boca en el hueco de mi oreja para susurrarme «*fase dos, larguémonos con viento fresco ahora que no mira nadie*», siento que me dará un telele y no acertaré a disfrutar de lo que me depare la noche.

Huimos. Juntos y de extranjis.

Echo una última mirada al animado grupo, a mis amigas que charlan felices con sus parejas. Yo también tengo derecho a un poco de divertimento. Puede que no esté en igualdad de condiciones, mi acompañante no es mi pareja oficial, ni siquiera está libre, pero este revolcón lo quiero, lo necesito, me lo merezco. Nadie va a privarme de este placer. Ni siquiera yo.

No consigue convencerme de que viaje en su motocicleta. Me encantaría, pero no voy a dejar aquí a Martita y que todo el mundo al salir confirme que me he escapado a retozar con Alex. Prefiero que no vean ninguna de las dos motos y quede el beneficio de la duda.

Qué estupidez, preocuparme por mi maltrecha reputación a estas alturas, ¿qué más da?

—Te sigo —repito con una sonrisa de encantadora de serpientes, a horcajadas sobre la Vespa, mientras me encajo el casco.

Alex me hace el gesto contrariado de quien no se anda con sutilezas cuando le niegan un capricho. Por encima de que sea una prueba más de que simplemente toma lo que desea sin pedir permiso, su boquita fruncida dispara mis ganas de devorarlo.

Enfilamos el paseo iluminado y casi desierto, rumbo a su apartamento. Mi estado de euforia se parece peligrosamente a la borrachera.

Alex vive en un precioso edificio no demasiado lejos del mar. El portal destila tanto lujo y glamur que dan ganas de quedarse allí a vivir, junto a los buzones. Hoy su ático parece distinto al día de la fiesta: está a oscuras, no hay música ni gente desparramada en los sofás. No hay *Víctors* añadiendo aliños indeseados a mi copa.

Solo estamos él, yo, y mis puñeteros nervios.

Veo que aprieta un pequeño mando y las luces indirectas que bañan el salón de una cremosa luminosidad, se prenden como por arte de magia. Lo mismo ocurre con la música, suave y envolvente. El preludio perfecto para una noche de amor interminable.

¿Por qué me empeño en llamarlo amor cuando está claro que solo será sexo?

—¿Quieres tomar algo? —La voz de terciopelo de Alex me sorprende por la espalda.

Si de mí depende, prefiero un doble salto mortal directo al colchón, pero supongo que pretende crear algo de ambiente, no quedaría fino que me lo cargase, así que acepto.

—Whisky con soda, por seguir con lo mismo. Si no, mañana me dolerá la cabeza.

Su rápida mirada sugiere que serán otras cosas lo que probablemente me duelan. Lo dejo cerca del mueble bar y escapo cruzando la sala hasta el ventanal.

—No podemos permitirlo —se mofa—, es la jornada de reflexión, debes estar descansada y a punto para el lunes…

—¡Que no me lo recuerdes! —Me abrazo con un estremecimiento y miro fuera—. Preciosa vista.

—Solo es el mar. —Entra por un flanco y me pone el vaso chato en las manos.

—Solo —repito hosca—, qué desagradecido.

En lugar de responderme, retira el pelo de mi cuello y lo desnuda.

Ahí lo tiene, expuesto y a su capricho.

Noto que se acerca más, su aliento corre por mi piel, la caldea y la humedece. Podría haberme besado ya, pero el muy capullo sabe lo que se hace, me está obligando a sufrir. Cierro los ojos y aprieto los párpados en el instante mismo en que sus labios firmes se posan sobre el lateral de mi cuello y succionan con suavidad. Mis pezones reaccionan a tanta velocidad, que resulta doloroso.

Tras esa primera e intensa toma de contacto, se suceden otros dos besos pequeños, juguetones, que convierten la piel de todo mi cuerpo en sensible papel de seda. Aunque me quedo sin probar su lengua. Alex va a dosificar sus caricias, me temo.

Aspira hondo.

—Hueles de maravilla. Desde la noche que te conocí conservo el recuerdo de ese aroma justo aquí —se señala la nariz con la punta del dedo— y aquí —se apunta a la cabeza—. ¿Qué es?

Vaya, un guapo con mala memoria. Arrugo el entrecejo y me apoyo en el ligero enfado para relajarme.

—Ya te lo dije, Bvlgari...

—No, me refiero a más adentro. No al perfume que te hayas puesto, sino al tuyo. ¿A qué huele tu piel?

—Tú dirás.

—Es como mandarina dulce y menta.

—Una mezcla realmente insólita.

Ahora sus manos dibujan pequeños círculos sobre mis hombros. Tiemblo.

—Como tú. —Me gira hasta quedarnos de frente—. No suena muy original, pero te juro que me ha salido del alma.

Para qué negarlo, estoy demasiado nerviosa como para degustar la copa, no necesito más alcohol para desinhibirme y él no tiene nada entre las manos, solo un largo mechón de mi coleta, que enrosca y desenrosca nervioso entre los dedos.

—Tú... ¿no bebes?

Alex me quita el vaso de las manos y sin mirar siquiera, lo deja sobre una mesita. Toma mi cara con ambas palmas y se acerca hasta que, por fin, nuestras narices se tocan.

—Solo hay una cosa que desee beber esta noche.

#BeberteEstaNoche

Ese susurro sensual plagado de promesas tremendamente eróticas me vuelve loca. Soy yo la que busca su boca y aplasta mis labios contra los suyos. Son mis brazos los que se alzan impacientes a enredarse en torno a su cuello, es mi garganta la que gime excitada bajo el acoso y derribo a que me somete su experta lengua.

Sería capaz de besarlo una noche entera.

Cada paso de baile de nuestras bocas, cada danza de nuestros labios mojados, supera en perfección a la anterior. Pasamos de acariciarnos a mordernos con ansia.

—Esos ojos tuyos... —musita Alex pegado a mí— me están quitando el sueño.

Acompaña la sugerente frase con una hábil maniobra que desabrocha mi top por la espalda. Lo hace resbalar a lo largo de mis brazos y para cuando me doy cuenta, porque las notas de *Coldplay* con *Gravity* brotan de la nada y me envuelven, lo único que me separa de su piel es su camisa blanca y mi sujetador de encaje color borgoña.

—No consigo dejar de pensar en ti —me susurra al oído.

Sus dientes muerden el lóbulo de mi oreja y sus grandes manos galopan arriba y abajo por mis brazos.

De repente estoy en el cielo.

Mis dedos vuelan solos hasta los botones de su camisa. Puede que carezca de su práctica, pero pongo mucha voluntad, es lo que cuenta. En un abrir y cerrar de ojos lo tengo desnudo de cintura para arriba y lo que mis asombradas pupilas contemplan, no pertenece a este planeta.

Alex encarna el modelo en el que debieron inspirarse los griegos para esculpir sus monumentos. De sus anchos hombros cuadrados surgen unos pectorales magníficos, abiertos en abanico, hermosamente esculpidos. El relieve en su justa medida. Los abdominales marcados, la ambicionada «V», el toque mágico que transforma cualquier cuerpo fabuloso en extraordinario se delinea a los flancos de su ombligo de un modo tan natural...

Dejo que mis manos rodeen su nuca y lo atraigo con total descaro para que el beso se haga más profundo. Esa lengua sabia me está robando el sentido, mi temperatura ya no es humana y los latigazos que la excitación descarga contra mi vientre y mis pezones no creo haberlos sentido en mis veintinueve años de vida, nunca jamás.

Esto son ganas y lo demás, tonterías.

Alex

Todas las consecuencias de lo que estoy haciendo, de la locura que cometo conforme avanzo y me dejo llevar, llevan el nombre de Camila y se agolpan en mi mente, me despedazan sin piedad.

Sus gritos, sus amenazas y finalmente, sus lágrimas amargas suplicando perdón. Sé que me arrepentiré de esto, de ser tan débil frente a la chica de los ojos de plata.

En este momento Sofía me mira, toda su cara sonríe y borra de un plumazo el temor que me paraliza.

No voy a perderla. Al menos, no esta noche.

Sofía

Mientras empujo atrás su camisa y permito que ruede por su espalda hasta caer al suelo, él se encarga de mis pantalones. Son muy ajustados, me temo que nos embarcamos en un peldaño de la fase «calentamiento» que enfrentará algún que otro obstáculo.

Pero no. Este hombre maneja una soltura que da susto.

Cuando apenas los ha deslizado sobre mis caderas, con un solo brazo rodea mi cintura, me alza en vilo y me mantiene en volandas, mientras con la mano libre, desprende los tacones de mis pies y la ropa de mi cuerpo.

Alucino. Estoy en ropa interior, pegada a él, y no voy a saber hacer lo mismo.

—Eres preciosa, nena —murmura contra mis labios.

Yo ya lo sé. Y no es que sea una engreída del demonio, es que ya me lo han dicho sus ojos, sus manos, sus caricias, su boca al poseerme. Todo en Alex me grita que lo fascino, que me desea, que nos pertenecemos, quién sabe por qué y al menos, en ese momento.

No puedo más que estar de acuerdo. Rendida. Ansiosa. Demente.

Necesito sentirlo dentro ya, con una urgencia demoledora que reduce a la insignificancia mis reparos, sus obligaciones y nuestras dudas. Si los espíritus son capaces de gritar, los nuestros aúllan clamando por una fusión inmediata.

Alex me toma en sus brazos y me conduce hasta el dormitorio. Vuelve a hacer gala de su portentoso poderío físico, descubriendo la cama sin soltarme. El juego de sábanas es de seda. La bajera es azul añil, como las almohadas. La funda del edredón de plumas, negra. Descubrirla es como abrir de par en par la noche. Me deposita encima con tanto cuidado que hasta yo temo romperme. Se encuentran nuestras miradas en ese momento insensato pero irrepetible, cuando yo estoy tendida boca arriba, encendida de deseo, anhelante en una espera que se me antoja eterna, y él se inclina lenta y lujuriosamente sobre mí, apoyándose en sus antebrazos y en sus rodillas, después de librarse de toda la ropa que estorba.

No puedo impedir que mis ojos sedientos vuelen a su entrepierna.

¡Es enorme!

Siento el modo en que su peso me cubre, los acordes de la sensual canción me rozan como volátiles plumas, el mundo alrededor, hace tiempo que desapareció para mí. Ahora, con esos dos luceros verdes desnudándome hasta los huesos, me siento catapultada al espacio exterior, a una franja sin gravedad donde todo es azul marino salpicado de estrellitas brillantes.

«*Amor... has tardado tanto en llegar... ¿Puedes escuchar mi corazón latiendo? ¿Puedes oír ese sonido? Porque no puedo dejar de pensar que no me detendré ahora*».

La proximidad de Alex es pura magia. Su tacto, sexo en estado original. Cuando su lengua dibuja circulitos alrededor de mis pechos y luego sube y sus dientes se clavan lo justo para excitarme en mis clavículas y en mi cuello, estalla el deseo de que se aplique a fondo, succione y me marque con un buen chupetón que declare a todo pulmón que le pertenezco.

¡Al carajo los preliminares!

#EmpezarASentirte

—Quítame las bragas —reclamo en un murmullo agónico que parece complacerlo mucho.

Lo está dilatando a conciencia, sus dedos viajan a toda velocidad por el interior de mis muslos sin apenas detenerse en mi pubis, para volver a abandonar mi entrepierna con un aleteo insoportable, como si fuese necesario calentarme más de lo que estoy.

Debo de estar a punto de combustión, no puedo más. Alex sonríe malvado y continúa enloqueciéndome el cuello con sus lametones. Aprieto los abultados músculos de su espalda tensa, me acomodo bajo sus caderas y con decisión, conduzco una de sus manos hasta el encaje de mi ropa interior.

—Estás empapada —observa como si el muy tunante, no lo supiera ya.

Mi humedad es de tal calibre, que podría replicar solita los lagos de Covadonga sobre las sábanas.

—Por favor, por favor —imploro al borde mismo del precipicio.

Y al hablar, mi pelvis asciende y lo busca con desesperación.

De un solo tirón, Alex me despoja de las bragas y cubre mi sexo con toda la mano. No introduce los dedos. No me acaricia. Se limita a cerrar la palma sobre él, generando una cámara de hueca humedad que dispara mi deseo a lo más alto. Me ha distraído y con la otra mano ha desabrochado mi sujetador. Besa mis pezones, los pellizca con los dientes, los succiona con fuerza y finalmente, los lame. Una tortura de las peores, con la que no contaba.

Trato de darme la vuelta, subirme a horcajadas y tomar las riendas de este polvazo inconmensurable, pero Alex y su superioridad física no me lo permiten. Él manda, él marca el ritmo, deliberadamente lento, para hacerme sufrir hasta el delirio.

Y entonces comprendo que se está vengando.

Yo lo utilicé para mi propio placer aquella noche en la escalera del garaje, parece que hiciera mil años, y el muy rencoroso me la ha guardado y se la está cobrando.

Bueno, supongo que lo merezco.

Noto que se incorpora y su cabeza busca el triángulo entre mis muslos. Si me besa ahí, desde luego que no respondo. Pero lo único que me regala es una apresurada pasada de su lengua y un tierno beso en el monte de Venus, que me desconcierta. A continuación, se coloca sobre mí, separa con sutileza mis rodillas y de una única y certera estocada, me penetra hasta lo más hondo.

Un gemido de absoluta agonía escapa de mi garganta, mis uñas se clavan sin misericordia en su espalda y la sensación de estar íntimamente unida a él, llena, repleta, me invade y me conduce al galope a un orgasmo monstruoso. La tensión acumulada escapa a borbotones. Alex

entra y sale de mi cuerpo a un ritmo acelerado y regular.

Estoy a un tris de abandonarme a todo y ponerme a gritar, no puedo volver a tener otro clímax, no tan seguido, cuando un pensamiento de lo más escabroso atraviesa mi cerebro en forma de rayo.

—¡El preservativo!

—No te preocupes, nena, está colocado y en su sitio —me asegura en un jadeo ronco sin parar de penetrarme.

Una y otra vez.

¿Sí? ¿Cuándo ha sido? ¿Cómo? ¿Tan ida estoy que ni siquiera me he dado cuenta?

Algo dentro de mí confirma su afirmación y me relajo. Con solo un par de empujones más, Alex me conduce a la carrera al orgasmo, y no se me ocurre pensar en vecinos escandalizados cuando me corro con un sonoro alarido que brota de lo más recóndito de mi ser.

Alex me sigue con un rugido poderoso que momentáneamente lo convierte en león. La escalada, la cumbre y el descenso han sido tan intensos, que quedamos uno bajo el otro, extenuados, silenciosos y felices.

Cierro los ojos y suspiro. Alex me acaricia el pelo.

—No pudo ser mejor, princesa. De haber tenido expectativas, las habrías superado con creces.

Levanto una micra la cabeza. Con él encima, casi no puedo moverme, apenas respiro, pero no cambiaría este instante por nada del mundo.

—¿No las tenías? —gruño.

—No —responde con una chispa de humor—. Tenía la absoluta seguridad de que sería perfecto.

Cuela sus dedos por entre mis mechones revueltos y conquista mi nuca. Roza mi piel en pequeñas pasadas y me estremezco. Cuando sale de mí y se dirige al baño, compruebo que no me ha mentido, llevaba preservativo. Lo que no sé es cómo se las ha arreglado para ponérselo sin que yo me diera cuenta.

Este tío puñetero no es de esta galaxia.

Oigo el ruido del agua en el cuarto contiguo, estoy adormilada, perezosa y más contenta de lo que recuerdo haber estado en los tres últimos años. Estiro brazos y piernas y me abrazo a una almohada mullida que huele a nosotros. Alex regresa con una toalla de tocador, esponjosa y mojada, con la que cuidadosamente limpia mi sexo. Se dedica a ello como una geisha a su ceremonia del té. No puedo decir que no me sorprenda verlo tan entregado, recreándose en cada pliegue de mi vulva, repartiendo dulces besitos por el interior de mis muslos, provocándome temblores y escalofríos, y que mi inicial timidez ante un acto tan íntimo, mute en lujuria de la peor.

Ya lo deseo de nuevo, con la misma fuerza de hace un rato, pareciera que no lo hemos hecho. No estoy saciada, ni mucho menos.

—No sigas por ahí —advierto cuando la cálida humedad de su lengua alcanza mi pubis y toda la parte inferior de mi cuerpo vibra y se yergue buscando placer.

Alex aparta la toalla con una peligrosa sonrisa canalla, que avanza mucho de lo que ocurrirá a continuación.

—Estás deliciosa —musita.

Y diluye esa palabra en un lametón vigoroso justo encima de mi clítoris. Gimo y mi trasero salta con vida propia. Él se vale de la cercanía para mordisquearme allí donde acaba de

sembrar una acuciante necesidad.

Separo las piernas sin ningún pudor dispuesta a pasarlo en grande.

Alex

La beso con ansia, con urgencia, casi con desesperación.

La beso como si la muerte me pisara los talones o me fuese a marchar mañana para nunca regresar. No podría soportar la idea de no volver a verla. Cada curva de su cuerpo, cada concavidad está construida a medida para mis manos, para mi cincel. Permití su pequeño juego travieso en el garaje.... Pero ahora soy yo el que mando.

Y en nombre de todos los infiernos… Vaya si es gratificante.

Sofía

Los vaivenes de su lengua son diabólicos, largos o cortos en su justa medida. Me chupa como si fuese un helado o todo mi sexo estuviese cubierto de crema pastelera.

Diría que está disfrutando.

Enredo las manos, las dos, en su espeso cabello negro y le propino pequeños tironcitos que, sumados a mis jadeos, cada vez a mayor volumen, marcan el ritmo de su obsequio oral. En menos de dos minutos, tengo los pezones como el timbre de un castillo y unas ganas locas de sentirlo dentro hasta lo más hondo, cosa que Alex parece adivinar, y siguiendo el reguero de besos que él mismo alinea desde mi pubis depilado a mi ombligo, de ahí, por todo mi vientre hasta mis pechos, el esternón, que recibe otra buena colección de lametones para anclarse en mi cuello, donde se demora más de lo conveniente, poniendo en pie con la caricia de su aliento, hasta mi último vello disponible.

—Deliciosa —repite como hablando consigo mismo—. Eres todo un manjar, Sofía.

Me gusta cómo suena mi nombre entre sus labios, el modo en que su voz grave acaricia cada sílaba y la convierte en un susurro erótico. Me sorprende tumbado sobre mí, apresando mis muñecas, elevando mis brazos por encima de mi cabeza, inmovilizándome sin parar de besarme. Desde el salón llega la voz inconfundible de *Michael Bublé.*

Entro directa en barrena. Ya no hay quien me pare.

Gruño, jadeo y basculo las caderas, indicando sin hablar, que quiero que me penetre cuanto antes, que me regale más, mucho más de lo anterior. Me mantiene quieta con una manaza sobre mis muñecas y con la otra coge un preservativo de la mesita de noche. Desgarra el envoltorio con los dientes y dejo de ver su mano libre, solo siento un pequeño movimiento sobre mi pelvis y a continuación, su miembro hermoso y erecto se pasea por mi abertura, rozándola de modo insoportable, sin decidirse a entrar.

—No hace falta que llame, la puerta está abierta —bromea anticipándose a mis pensamientos.

Sí. Abierta. Y me temo que invariablemente lo esté cada vez que a Alex Conde se le ocurra venir de visita.

No es un futuro muy halagador colgarme de esta manera, teniendo en cuenta que está comprometido con otra, no sé hasta qué punto. Soy una estúpida sin excusa. De más sé de la existencia de Camila, aunque nadie hable ni se refiera a ella. Yo sola me he metido en este tinglado emocional, él no me obligó. Simplemente decidí enterrarla en algún rincón oscuro y dormido de mi cerebro, pero la certeza de que ahí sigue, viva y presente en la vida de Alex, condicionando su actitud para conmigo, me golpea como un puño en mitad del rostro.

Me estoy enamorando de un hombre que pertenece a otra.

Pero mis recelos son algo que olvido en cuanto su miembro atraviesa mi débil defensa y me colma entera, despacio, inexorablemente. La emprende con un ritmo con el que, de seguro,

pretende atormentarme. Lento, potente. Sale de mí casi por completo, me abandona para volver a entrar, impetuoso hasta tocar mi útero.

Me convulsiono. Esto es demasiado.

Jadeo como una loba en celo ya desde las primeras embestidas y no necesito más que ese leve movimiento suyo, para que el millar de mariposas encerradas en mi vientre explosionen y alcen el vuelo.

Me derramo por completo, me licuo, soy miel espesa y caliente resbalando sobre la piel de mi amante. Nos quedamos dormidos al arrullo de dos corazones acelerados, satisfechos.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, ya ha amanecido y Alex me rodea con su fuerte brazo.

Soy feliz.

#HolaYAdiós

Floto en una nube rosa que me eleva por encima del bien y del mal. Entre borrones, recuerdo: es posible, solo posible, que Alex y yo hayamos hecho el amor cinco veces en lugar de las cuatro que recuerdo con nitidez.

Esto ha sido un no parar. Juntos, una caldera a tope de combustible, incapaz de parar una vez puesta en marcha. Hemos dormitado a ratos, buscándonos a tientas, rozándonos a propósito y explotando si ocurría. Nunca nadie antes me amó con tanta intensidad, las jornadas de lujuria desenfrenada con Sergio parecen un chiste a la luz de esta nueva experiencia. Toda mujer debería probar al menos una vez en su vida, lo que es sentirse deseada, venerada y seducida hasta el límite de sus sentidos.

Estiro el cuello para mirarlo. Es tan bello, tan perfecto, que no parece real. Tiene unas pestañas larguísimas que sombrean sus pómulos y todo en él raya la divinidad. Respira hondo y cadencioso y su poderoso pecho sube y baja meciendo mi cabeza. El vello suave me hace cosquillas en la cara. Levanto los dedos y jugueteo con él. La insistente chicharra de un despertador digital se interpone entre la dicha absoluta y Sofía Echegaray. Siento ganas de encontrarlo, donde quiera que esté, y estrellarlo contra la pared.

Alex se remueve inquieto y aún dormido, observo el modo en que frunce el labio superior. Absolutamente comestible. Quiero que sea mío por encima de todas las cosas.

Y quiero pertenecerle hasta el fin de mis días.

Rezo porque al desayunar, Alex ponga las cartas bocarriba en lo relativo a Camila. Oír de su boca que esa historia es agua pasada y que no implica un obstáculo en lo que está por venir entre nosotros.

En lugar de eso, abre de golpe sus ojos verdes y con un sobresalto que me separa bruscamente de su calidez, salta de la cama, desorientado y desnudo.

Ole, ole, ole.

Ya empieza a caerme bien el puñetero despertador.

Ruedo sobre el colchón, quedo bocabajo y observo con una pícara sonrisa su desconcierto. Alex entierra los dedos entre los mechones oscuros de su pelo y los aparta a un lado.

—¿Qué hora es?

—No tengo ni la menor idea —silabeo.

Estoy la mar de relajada, disfrutando del espectáculo de su erección matutina y... de todo lo demás.

—Joder, tengo que preparar la maleta. —Se dirige al cuarto de baño, pero no llega a entrar. Da media vuelta y regresa. Camina en círculos tontos que a mí me encantan—. Salimos para Madrid dentro de un rato.

Salgo del absurdo encantamiento al que me somete su desmesurada belleza, y bajo a tierra. No me ha besado, no se ha alegrado de verme, ni siquiera me ha sonreído, me folla sin descanso toda la noche, nubla mi entendimiento con un sinfín de frases bonitas, y ahora resulta que encontrar sus calzoncillos es más importante que yo.

Me cambia el humor en lo que dura el pestañeo de una pija.

Me levanto de esa cama enorme, dos por dos metros con toda su seda y su insaciable olor a sexo del bueno, decepcionada y furiosa. Paso por delante de Alex buscando mi sujetador, y por primera vez, el muy capullo, parece verme.

—¿Dónde vas tan deprisa, princesa?

Me agarra del brazo y tira. No puedo impedir quedar adosada a su pecho. La sensación de deseo contenido vuelve a dominarme. A su lado, las emociones juegan a la montaña rusa.

—Yo también tengo prisa, mañana leo mi tesis, ¿recuerdas? —entono con todo el brío que logro reunir.

Me está mirando con ese brillo suyo en las pupilas y una sonrisa canalla colgada de la comisura. ¡Jesús! Me derrito enterita. Así y todo, trato de mostrarme digna y un poco enfadada. Me zafo de su abrazo antes de que su boca capture la mía y ya no haya vuelta atrás. Me temo que soy todo menos inmune a sus múltiples encantos. Necesitaría siglos de entrenamiento y ser ciega para eso.

—Prohibido marcharse sin pasar por la ducha, pequeña. ¿No has leído el cartel a la entrada de la puerta?

No me alejé lo suficiente y ahora le basta alargar un brazo para rodear mi cintura y cazarme como a un conejillo asustado. Si me mira de ese modo, atraviesa mi piel y consigue que me tiemblen las rodillas.

—Ya me ducharé en casa, allí tengo mis cosas —me resisto con debilidad.

La nariz de Alex toca la mía, la frota, sus labios reptan por mi mejilla, de ahí a mi sien y de nuevo en sentido descendente, busca peligrosamente mi cuello. Tengo que evitarlo al precio que sea. Al primer chupetón soy capaz de prometerle las instalaciones de la NASA.

—Aquí también hay gel de colores de esos que os gustan a las chicas —susurra pegado a mi oreja.

Cierro los ojos, aguanto la respiración y me mantengo firme.

—Que supongo guardas para tus visitas femeninas. ¿O me equivoco?

No me molesto en disimular la mala uva. Parece mentira lo pronto y lo fácil que se desinflan los sueños románticos.

Él se divierte a mi costa, mis puyas no lo ofenden en absoluto. Me zarandea entre sus brazos y mis pechos bailotean contra su torno. Como no podía ser de otro modo, mis pezones me traicionan de un modo escandaloso.

—No tengo por qué negar que me gustan las mujeres.

—Dijiste que no eras como la gente pensaba —refunfuño, concentrada en mi enfado.

La cándida inocencia de su sonrisa resulta de lo más insolente.

—¿Y cómo piensa la gente que soy?

¡Vaya! Un ataque de amnesia en pelota picada, de buena mañana. Su pene responde a mi cercanía y me golpea el ombligo. Sus caricias son sugerentes, creo que busca algo...

—Un golfo. Pero dijiste que no, que eras sensato. —Me besa y pierdo momentáneamente el hilo de mis pensamientos.

—Existen los golfos sensatos. —Pasea la lengua por mis labios. Me muerde.

—Sensible —vuelve a hacerlo. Gimo bajito— y fiel —ronroneo.

He dicho «fiel». La palabra clave.

Ahora él debería sacar el espinoso tema de Camila, pero no lo hace, y yo ya he permitido que su lengua conecte con la mía. Sorbe mi sustancia, la esencia de mi alma. Estoy perdida por completo. Me arrastra al baño y sin dejar de besarme y tocarme por todas partes, acciona los mandos de la ducha. Todos mis esfuerzos por huir son en vano, no lo consigo, supongo que tampoco pongo todo mi empeño, sé que podría hacerlo mejor pero no me da la gana.

Alex aferra mi trasero, me eleva un metro sobre el suelo y me empotra contra la pared. No me lo pienso demasiado, mis piernas rodean su cadera, mis brazos su cuello. El agua nos moja en una delicada lluvia fina y perfumada que parece un salpicado de besos. Echo atrás la cabeza y expongo la garganta. Con mi gesto reclamo que me muerda, que me haga temblar.

La polla de Alex despierta hambrienta por lo que veo, y en plena forma. Ya la tengo dentro y su dueño me embiste a un ritmo endiablado, casi con furia, algo que no acabo de entender.

Puede que se esté despidiendo.

Sí, es eso. Se marcha y no sé cuándo volveré a verlo. Voy a echarlo de menos, y más después de esta megamaratón de sexo de altísima calidad. Me ha enredado, se lo ha montado de maravilla, antes de largarse, ha decidido marcarme a fuego y le ha salido redondo.

Ardo. Mi sexo hierve y yo jadeo enloquecida. Los gruñidos de placer de Alex acompañan el bascular de su cadera y su miembro entra y sale de mi vagina engrasada, a toda velocidad.

¡Oh, Dios! Esto es fabuloso, apenas hemos terminado ya tengo nuevas ganas de él. Cuando salga por la puerta no podré dar un paso, voy a parecer una india sin caballo el resto de la semana. Seguramente, lo que pretendía el muy cabrón.

Un estallido de placer que se reparte en oleadas por todo mi ser interrumpe de cuajo tan profundos pensamientos. No comprendo por qué no puedo limitarme a disfrutar como una demente, sin hacerme tantas preguntas ni darle tantísimas vueltas al coco.

Debo aprender a desconectar.

Me dejo conducir hasta un clímax imparable y esta vez, Alex se deshace de forma simultánea. Noto sus espasmos dentro de mí, pegados a mis entrañas, gemelos con los míos.

Nos quedamos en la misma postura, mi espalda pegada a la pared, sus grandes manos recogiendo mi trasero como una bandeja, mis piernas y brazos atados a él, nuestras respiraciones agotadas, pero al compás.

Lo mejor llega cuando nos miramos: ahí nace la magia más intensa en una ráfaga de comunicación muda que nos conecta y nos ata de un modo que no sabría describir. Me hago poco a poco consciente de lo que ha pasado, de que seguimos bajo la ducha, de que la melena empapada enmarca mi cara y que nuestra piel despide vapores altamente eróticos. Alex ha vuelto a calzarse el condón mientras yo flotaba semiinconsciente en las nubes. Al menos, uno de los dos es precavido, me alegro.

Su boca busca la mía, me besa en los labios con dulzura, musita que soy maravillosa, que amarme es toda una experiencia. Todo vibra tan perfecto que solo lo quiebra el hecho de que sea domingo y debamos separarnos, en lugar de exprimir juntos el resto del día más deprimente de la semana.

Su viaje. Mi tesis. La madre que nos parió.

—¿Fresa o coco? —le oigo preguntar.

Deduzco que se refiere al champú. Me deja en el suelo con delicadeza y en cuanto mis pies tocan tierra, él se desembaraza del preservativo. Su miembro continúa manteniendo una garbosa semierección.

Lo dicho. Este hombre no pertenece a esta dimensión.

#MartitaEspera

Me alegro de encontrar a la vieja Martita esperando en la puerta. Es como una vuelta a casa anticipada.

La despedida no ha sido triste ni dramática: Alex me ha lavado el pelo y yo lo he enjabonado por todas partes, aprovechando para zamparme una buena sesión de toqueteo que me alivie y me consuele hasta la próxima.

He tratado de disimular la ansiedad que me provoca esta separación sin promesas y me he hecho un pelín la interesante. Alex ha preparado café con una máquina de esas modernas, té, y ha desplegado sobre la barra de su cocina el mayor surtido de galletas variadas que imaginar pueda un alma golosa como la mía. Hemos jugado a probarlas todas, hemos bromeado como dos chiquillos, descubierto que el chocolate nos priva y el gluten nos hincha la barriga.

Cosas en común, qué bien.

Pero nada más.

Me dirijo a la puerta con una extraña sensación hueca en el estómago y los pelos a lo afro. Entonces es cuando él me ha acariciado la melena, me ha atraído con un gesto posesivo y me ha susurrado con los párpados semicerrados:

—Hasta la vuelta, princesa. Ya le he pedido a Víctor que te cuide para mí.

Estoy tan ida que, aunque la mención de Víctor debería provocarme un estremecimiento de inquietud, no lo hace. Alex acaba de colocar una especie de tirita en mi maltrecho corazón, que aún no sabe cómo tomarse el ajetreo emocional de los últimos días.

Estudio mi casa con espíritu crítico, hasta concluir que la decoración de mi apartamento es una pizca infantiloide y bastante cutre, comparada con el superático de Don Perfecto. Pero es mío y de nadie más. Me alegro de no haber cedido a los chantajes y presiones de Sergio para que dejase el alquiler y me embarcase en una compra. Es pequeño, barato, y es mi reino. Daenerys Targaryen, madre de dragones, liberadora de esclavos, por los siglos de los siglos.

Suena el teléfono de casa y fantaseo con que se trata de Alex hasta que reparo en que no conoce el número. La voz oscura y resacosa de Ximena me da la bienvenida y por primera vez en mucho tiempo, creo que no lo habrá pasado mejor que yo. Me muero de ganas de contárselo todo.

—¿Por qué diablos me llamas al fijo?

—¿Por qué tendrás el móvil sin batería? Me cansé de marcar.

Upps. No te digo que no. Todo puede ser.

—Cómo desapareciste sin avisar, pendona —me reclama con su chisporroteo de costumbre—. Espero que la huida haya valido la pena.

—No lo sabes tú bien —canturreo—, ese hombre no es de este mundo, amiga.

—Maquinón en la cama, ¿a que sí? Lo lleva pintado en la frente.

—¿Comentó algo Silvia al notar nuestra ausencia?

—Ni media palabra, Creo que acabó discutiendo con André, no quise meter las narices, pero se retiraron a chillarse bajito y con muchos aspavientos, ya sabes a qué me refiero.

—Sí, a decirse lindeces sin que se note, me suena.

Rememoro los «*finales felices de noches con Sergio*» y compadezco a la zorra que me lo arrebató. Que le aproveche.

—Has tenido suerte, cielo, tu noche parece haber sido la única que se salva *cum laudem*.

—No irás a decirme que no te fuiste del bar pegadita de tu Antonio.

—Sí, claro que me fui, y con grandes planes, por cierto, pero aterrizamos de madrugada en comisaría por culpa de mi madre. Salió a la calle y se perdió.

—¿Qué me dices? —me altero— ¿Está bien?

—Ha aparecido, no te preocupes, dos calles más allá, en camisón y pantuflas, completamente desorientada. No dejo de darle vueltas a lo que podría haber pasado si la madre de Patricia no hubiera salido por casualidad al descansillo y visto abierta de par en par la puerta de mi madre. Avisó enseguida, y eso que desde que Patricia me niega su amistad, ella tampoco se ocupa como antes de echarle un ojo a mamá. A saber lo que le habrá contado esa bruja, con lo unidas que estaban las vecinas —remata con un rugido fiero que me da miedo hasta a mí.

—Deberías hablar con ella y aclarar...

—No, Sofía, debería tomar una decisión madura y responsable respecto al problema. Empezar, por ejemplo, admitiendo que mi madre, por mucho que ella se empeñe, no está en condiciones de vivir sola.

La hervidora de agua indica con su molesto silbido que los cien grados centígrados están disponibles, y acudo a la cocina con el teléfono pegado a la oreja. Soy muy afortunada por no tener más marrón de qué ocuparme que mi propio patetismo. Ximena tiene hermanos, pero ninguno asume el cuidado de su madre, solo ella.

—¿Hablas de internarla en una residencia? —Vuelco el agua sobre las bolsitas de té en mi taza de medio litro, comprada a conciencia para mis mogollónicas infusiones.

—Por ejemplo. Tengo que preguntar precios, igual es algo inalcanzable, pero ella tiene su paguita de viudez y yo podría aportar algo cada mes, tengo un buen sueldo —suspira—. A ver, no es que me haga ni pizca de gracia.

—Parece mentira —musito apesadumbrada—, cuando está bien está tan bien...

—Ya. Y cuando se le va la pinza no se acuerda ni de como se llama. Necesita vigilancia las veinticuatro horas, por no hablar de su medicación.

—Y en cuanto a lo de ese traslado a Madrid del que me hablaste...

Regreso al sofá y me retrepo con las piernas flexionadas.

—Ahí está, no se sabe nada todavía, pero si cuajara...

—Tener solventado lo de tu madre facilitaría mucho las cosas —razono en un pobre intento por animarla.

Puede que el efecto sea precisamente el contrario.

—Sí, las facilitaría. En fin—Imprime un nuevo ímpetu a sus palabras. Ximena es única

reponiéndose—, así que has follado como si se fuesen a fundir los casquetes polares, ¿no, perri? Me alegro, tía, ya era hora de que te metieras un alegrón en ese cuerpo desaprovechado que tienes.

—Bueno... —vacilo—, a ver si es pan para hoy y hambre para mañana, se marcha de viaje y tiene novia. Esos son hechos incontestables.

Di que sí. Viva yo y mi desbordante optimismo.

#HechosIncontestables

Ximena no está de acuerdo y me lo comunica con un chasqueo repetitivo de lengua.

—Lo del viaje, pase. Lo de la novia... tengo mis dudas. Le gustas, Sofía, se le nota a la legua.

—¿Hasta qué punto? —digo estúpidamente buscando reafirmaciones a las que agarrarme.

—Hija, ¿hace falta que te lo diga después de pasar la noche con él entre sábanas? Se huele la química entre vosotros y de la tal Camila, nada se sabe. Es posible que lo estén dejando o que lo hayan dejado incluso, y esté muy reciente. No sería el primero que se embarca en una relación sin haber zanjado del todo la anterior.

A mí me lo vas a contar. Sin embargo, y pese a que la experiencia «Sergio» rompe mis reglas y mis esquemas, yo tengo mi propia teoría al respecto.

—Me niego a ser la «chica escalón». Rara vez funciona.

—Calla y disfruta, joder, que todo lo tienes que analizar y convertirlo en una fórmula matemática. Sé un poco espontánea, fluye con las cosas, tómalas como vengan y ve resolviendo sobre la marcha.

—Odio enredarme en algo cuando ni siquiera sé si quiero.

—Claro que quieres, ¿no vas a querer? Lo de Sergio aún colea, tú no buscas nada serio. Pues a disfrutar, no seas tan cerebral, mujer, déjate llevar.

Suspiro, concentrada. Ojalá fuese más como Ximena y menos como yo misma.

—Dicho por ti no suena nada mal —admito a regañadientes. Temo reconocer que la paliza erótico-festiva vivida con Alex me haya afectado hasta los tuétanos.

Mi amiga me regala una de sus alegres carcajadas.

—Y mañana, el gran momento.

Acaba de marearme. Por un rato conseguí olvidarme de la maldita tesis y ahora...

—El momentazo, sí. Dios, qué apuro.

—Ahí estaremos Antonio y yo. Y quién sabe si también mi madre.

—Será un placer, os necesito. Recuerda que es un punto de inflexión decisivo en mi vida, a partir de pasado mañana nada será igual.

—Se te acabaron los pretextos —bromea.

Pero es cierto. Rigurosamente cierto, que superado ese paso tendré que agarrar mi vida por los cuernos y ponerme a torear.

—Se terminaron. Estoy resuelta y decidida, ¿no se nota en la fortaleza de mi tono? —

miento con el mayor descaro.

—¿Te instalarás con Silvia en su despacho?

—Creo que sí, lo haré. No renunciaré a las clases en el gimnasio de momento, pero es una gran oportunidad.

—Lo es, amiga, sería un crimen desperdiciarla. En fin, te dejo, hoy cocino para mi mami excursionista y he invitado a Antonio a acompañarnos. No sabes lo bien que se portó anoche con todo este dramón tan desagradable y las buenas migas que ha hecho con doña Rosa, la desmemoriada. ¿Te apuntas?

No rompería esa fabulosa armonía familiar por nada del mundo. ¿Qué pinto yo allí?

—Te lo agradezco, pero dedicaré lo que queda de domingo a repasar la tesis y el discurso de mañana. Ya sabes, para hacer el ridículo lo menos posible, que no salgas jurando que no me conoces de nada.

—Irá como la seda, ¿qué te apuestas?

—Qué ganas tengo de que acabe...

Hoy, el Paraninfo de la facultad me intimida, más tremendo, más solemne que nunca. Me sudan las manos. Si no fuese porque me moriría de vergüenza, creo que podría desmayarme, así, tan tranquila.

Mi lado coqueto se ha enfrentado esta mañana al armario, dispuesto a malgastar treinta minutos que no me sobraban, para escoger una vestimenta formal a la par que sexy. Difícil pero no imposible. Y es en Mario en quien pienso, me gustaría impresionarlo, que piense que estoy guapa y me regale una vez más esa sonrisa suya, indecente y volátil. Al final, esa parte osada de mí que no entiendo y mi yo asustado, escogemos una falda lápiz azul marino, salones color nude y camiseta sport estampada en vivos colores. Junto hace muy bonito, es discreto y moderno. La falda se ciñe a mis caderas de forma vertiginosa y la camiseta se agarra a mis pechos con tal frenesí que quizá el adjetivo «discreto» quede un poco fuera de lugar. Eso sí, bonito, hace.

Cuando llego a la puerta, el profesor Martínez, que ya espera, abre los brazos y me sonríe. Está más viejo y delgado si cabe, y le veo menos pelo, pero los ojos le brillan de entusiasmo y de orgullo. Me estrecha, contento como el abuelete que parece ser.

—Sofía, estás preciosa.

—Lo que estoy es histérica. ¿Y usted? ¿Cómo se encuentra? Recuperado, veo —falto a la verdad con un entusiasmo más falso que las monedas de veintidós.

—Estos achaques ya no están dispuestos a perdonar a nadie, pero vamos tirando. Lamento haberme perdido las puntadas finales de tu doctorado, no tengo perdón. Me ha contado un pajarito que has realizado un trabajo brillante.

Oteo alrededor buscando al pajarito, sin encontrarlo.

—Nada que usted no sembrase de antemano y que en gran parte le deba —respondo modesta.

El profesor me da unas palmaditas en la mano y por detrás aparecen Ximena, su madre relajada y sonriente, y Antonio. Parecen una auténtica familia ya.

¿Y mis padres? ¿Dónde demonios se meten? Siempre tarde, van a llegar tarde hasta a sus funerales. Cualquiera diría, si solo tienen que venir desde Fuengirola, no son ni veinte minutos en coche... Qué manía.

Saludo a todo el mundo, presento al profesor, Ximena intercambia conmigo una miradita interrogante y aprovecha el abrazo para cuchichearme al oído:

—A ver, ¿cuándo llega ese tío bueno que te ha dirigido la tesis? ¿Es que no piensa aparecer?

Y dale. No tengo respuesta que ofrecerle, qué más quisiera yo.

—Que no me ha dirigido la tesis, solo me ha dado el último empujón.

Se le pone cara de guarrilla viciosa.

—Ya quisiera que te metiera un empujón, pero de los que yo me sé, a ver si se te alegra la jeta, hermana.

—Mira que eres burra...

—Sincera. ¿Qué? ¿Por qué se esconde el doctorcito morboso?

—No tengo la menor idea, nunca me aseguró que vendría, simplemente lo di por hecho—lamento sin disimular mi decepción—. ¡Y no es morboso para nada!

—Qué rabia quedarme sin echarle el ojo, ya me había hecho mis ilusiones.

—Y yo, no creas, aunque si no está, mejor, no estaré tan atacada.

Un bedel uniformado asoma la cabeza, pregunta mi nombre y nos invita a pasar. En cero segundos, mis rodillas se tambalean y temo no ser capaz de articular ni una sola palabra. Mi mente está más blanca que los manteles domingueros de mi madre la tardona.

Pero todos me confortan con sus miradas de aprecio y de dos zancadas, me planto en la sala delante del tribunal, dispuesta a jugarme el todo por el todo.

Se inicia la cuenta atrás.

Antes de arrancar con mi exposición, la puerta doble se abre una última vez y apresuradamente se cuelan mis padres y, ¡oh, sorpresa!, el bueno de Víctor.

#ElQueNoEsperaba

Ha sido espantoso. Al menos al principio. No ubicaba los datos de los informes y parecía imposible que mi cerebro estructurase nada coherente. Pero tras un par de respiraciones hondas que por poco me dejan en coma, termino olvidándome de todo lo no fundamental, y me centro en el tema al que llevo dedicando los últimos dos años de mi vida. Son ruedas sobre raíles engrasados, suena esquemático y sencillo, tengo la certeza de que me están comprendiendo hasta mis padres. Los miembros del tribunal asienten con la cabeza de cuando en cuando. Ese gesto cercano me da alas.

No sé a quién echo más de menos, si a Alex para pavonearme, lucirme y convertirme en algo deseable, o a Mario para que se sienta orgulloso de su esfuerzo. El caso es que a ninguno lo tengo, lo más cercano es un viejito casi jubilado que me contempla arrobado, y a un altísimo Víctor sentado al fondo, tras mis padres, que me devora con ojos codiciosos y me envía señales que no logro descifrar.

Cuando vengo a darme cuenta, todo ha pasado y ha sido un éxito. Los jueces me felicitan efusivos y yo hago lo imposible por secar mis manos sudorosas antes del apretón. Los veo a todos tan contentos, oigo alto y claro un «enhorabuena, doctora», mi madre se arroja en mis brazos gimoteando emocionada y empiezo a percatarme de que todo es real.

Joder, qué alivio, solo faltaba que lo hubiera soñado.

Mi padre avanza un paso y me agarra como si fuese una estatuilla de porcelana. No se atreve a achucharme como haría con un chico. Con mi hermano, sin ir más lejos, que me ha deseado toda la suerte del mundo, literal, con un mensaje de móvil.

—Mi niña, doctora en psicología, qué satisfacción. Hay que celebrarlo, elegid sitio, vamos a comer.

Ximena acaba de permitirme respirar y se cuelga del brazo de su madre.

—Bueno, nosotros mejor nos vamos retirando.

Mi padre no está dispuesto a que nadie le chafe los planes, es su gran día. Lo comparto, para mí también lo sería, si a la inútil de mi hija por fin se le acabaran los pretextos con nombre de universidad.

—Nada de eso, vamos todos. Y usted, profesor Martínez, será un gran honor que nos acompañe.

Se dirigen hacia la puerta y yo los sigo como un muñeco a cuerda. Es curioso, Víctor no

ha hecho amago de desvincularse como sería de esperar. ¿Ximena sí respeta la intimidad familiar y él no? Menudo caradura, todo sea por almorzar de gorra.

—Qué chico más guapo, hija.

Ya está mi madre. No te cuento, si pusiera el ojo encima de Alex. Niego tajante con la cabeza y pienso en él.

—Es un amigo, mamá, solo un amigo.

Me lo temía, en estas lides nunca me equivoco. Durante la comida, mi madre interroga a Víctor a conciencia y yo me pongo rojo sandía. ¿Cuándo aprenderá esta mujer a mantener callada la boca? ¿No ve que me abochorna con su empeño de buscarme novio a la desesperada?

—¿Y tú cuánto mides, Víctor? —ronronea como si lo quisiera para ella—. Mira que eres alto...

—Mamá, por favor —suplico con los ojos en blanco.

Pero Víctor se infla como un pollo relleno y jura que no le molesta en absoluto la indiscreción.

—Algo menos de metro noventa, señora.

—Qué barbaridad. Un hombre así te protege de todo mal —me alecciona.

No hace ninguna falta, me sé de otro igual, que me agarra por el trasero y me empotra contra la pared con una soltura pasmosa. Alejandro «el Grande». No es cuestión de maña, es fuerza y poderío.

Señor, ya he mojado las bragas, el efecto Alex es poco menos que instantáneo.

Pero no está.

El que resulta que sí estaba, pero se ha comportado de una manera ciertamente rara, ha sido Mario. Lo divisé al final de un pasillo antes de abandonar el edificio de la facultad. Me miraba descarado, con el hombro apoyado en una columna. Supuse que nos saldría al encuentro, que la ocasión y la presencia del doctor Martínez lo requerían, pero para mi total pasmo, pasado un minuto, desapareció por un corredor lateral sin saludar siquiera con la mano.

Raro, raro, raro. ¿A que sí?

Salgo del limbo, porque mi madre me endiña un codazo para a continuación, batir las pestañas delante de Víctor. Estoy desconcertada.

—Sí, soy un buen amigo —afirma él con voz untuosa, mientras me coge la mano y pasea el pulgar por mi muñeca, dando a entender que hay mucho más.

Mi madre hace palmas con las orejas, mi padre resopla, y yo me irrito bajo la atenta mirada inspectora de Ximena Dunne.

Algo no va bien.

Retiro furiosa los dedos en cuanto puedo, y miro a mi amiga. Enarca las cejas, sé que es un mensaje en clave, luego hablaremos largo y tendido. Lo surrealista de la situación empieza a desquiciarme y estoy a puntísimo de soltar una buena burrada, cuando Víctor pronuncia las palabras mágicas.

—He prometido a alguien que cuidaré de ella.

Oh, frase balsámica. Ahí está la explicación de todo. Mi calma, mi stop remordimientos. Alex le ha pedido que me cuide hasta su vuelta, sí, acabo de recordar lo que me dijo el domingo.

Resulta que Víctor no es ningún acosador, no persigue fines siniestros ni me espía. Es solo mi guardián, mi protector hasta que mi amor regrese.

Me destenso, sonrío de oreja a oreja y de repente la comida está mucho más sabrosa y el vino más frío.

¿Mi amor? ¿Yo he dicho eso? ¿Después de una mera colección de polvos increíbles ya mariposeo? Definitivamente, estoy para que mediquen.

Posponemos los planes de tomar café y pasteles con Ximena y Antonio, por la preocupación que supone dejar sola a la señora Dunne. Mis padres se han ofrecido a acompañarla lo que haga falta, pero mi amiga prefiere dar por finalizado el festival y si encarta, retomar otro día. La noto preocupada, tanto como contrariado a Víctor, que me propone ir los dos a tomar una copa.

¿La verdad? No me apetece.

—Estoy muy cansada, agotada de tanta tensión. Menuda quincena esta mía —me quejo, recordando en un flash fugaz los ojos negros de Mario en mitad de sus explicaciones—. Lo único que quiero es llegar a casa, darme un baño caliente y acostarme temprano. Tengo novedades a las que hacer el cuerpo.

El profesor Martínez da un paso adelante y toma mis manos con cariño. Sigue marchito, pero sus mejillas se han sonrosado un poco y sus ojitos brillan alegres. No cabe duda de que comparte mi triunfo, se ha dedicado a calentarle la oreja a mis padres con la ristra interminable de mis talentos, la mayoría de los cuales, juro no reconocer.

—Espero volver a verte pronto, que no desaparezcas de nuestras vidas para siempre. ¿Te has vuelto a plantear dar clases, aunque sea en régimen de sustitución?

—Nunca se sabe, profesor. De momento, me aventuro con el ejercicio de la profesión y a ver qué pasa.

Nos besamos y nos despedimos. Mis padres regresan junto al mar de Fuengirola. Con Víctor, Ximena y Antonio quedo para el viernes, y la rosada Martita me devuelve al hogar.

Hoy es la primera tarde del resto de mi vida.

#PorqueNoEstásYTeEchoDeMenos

Alcanzo el viernes atravesando una semana menos placentera de lo que hubiese deseado. Alex, desaparecido en combate, si exceptúo un mensaje de móvil con un florido *¡¡¡Enhorabuena!!!* y un sinfín de muñequitos flotando alrededor.

Su hermana sí. Silvia me llama el mismo lunes, para interesarse por el «fin de tesis».

—¿Preparada para lo que se avecina? —me intimida —¿Ilusionada?

—Mucho —convengo con cierta debilidad.

Tengo yo mis dudas... Dar saltos en un gimnasio al ritmo de la música es tan gratificante y tan sin riesgo de demandas por impericia laboral… Creo que me quedaría como profesora de *Gimdance* el resto de mis días, tengo demasiado miedo. Pero todos están en lo cierto, Ximena, Silvia, mi familia. Hay que dar nuevos pasos, armarse de valor y agarrar la sartén por el mango. Pregunto por el abuelo, las perspectivas no son lo que se dice halagüeñas.

—Está peor de lo que nos adelantaron. Es duro verlo tan apagado, el abuelo era el árbol que nos cobijaba a todos, parecía indestructible y ahora...

La congoja quiebra su voz y me siento tan mal recordando a mi propio abuelo, que lágrimas de solidaridad acuden a mis ojos.

—Ya verás cómo se recupera —digo sin creerlo del todo.

—Con que no sufra nos conformamos.

Leo en su tono una triste resignación. Controlo las ganas de preguntarle por Alex ya que ella no lo nombra, pero su ausencia me pellizca la boca del estómago como una pinza con dientes de sierra.

Nuestra conversación se diluye en trivialidades y acabo dándome cuenta de que no podré incorporarme al despacho, como quería, hasta la vuelta de Silvia y que tengo por delante, un reposo de demasiados días.

Me embarco en una limpieza general de mi apartamento, al ritmo de *Pet Shop Boys*, a continuación, organizo los armarios, separo la ropa apta para mi futuro profesional, y hasta me entretengo en montarme conjuntitos. Parece mentira, lo que la necesidad y un puñado de básicos pueden dar de sí.

Me mato con la mopa, visito a mis padres, tomo café con las amigas y con Luluis, acudo al gimnasio a dar mis clases y solo es miércoles, puñetas.

¡Me aburro! ¡Como una mona!

No es que todo esto sirva de justificación a nada, pero son las razones por las que finalmente, cedo a la invitación de Víctor para tomar algo. A insistente no le gana nadie, lo lleva proponiendo desde el mismo lunes por la noche, como si mi confesión de cansancio y derrota tras la lectura de la tesis, se la hubiese llevado el viento.

Vale. Pues al final acepto.

Lo hago porque no veo maldad ninguna en tapear algo con un amigo, y porque de algún modo, estar con Víctor se asimila un poquito a estar con Alex. Lo reconozco, en mi mente calenturienta y en ningún sitio más, pero esa fantasía loca es el resorte que empuja mi cita.

Lo que no admito son recogidas en su coche. Hasta el centro, llego sola con mi Martita.

Víctor acude diez minutos tarde.

Es, de una larga ristra de cosas que no me espero, lo primero que hace.

Lo segundo es darme dos cariñosos besos y lo tercero, sonreír con timidez. Iba preparada para lidiar con un puñado de miradas depredadoras, pero resulta que no, Víctor es todo cortesía y buenas maneras. Me he vestido en un abrir y cerrar de ojos y me he maquillado solo una pizca. Estoy convencida de que el mismo Alex que a mí no me llama, con él sí que habla, y que Víctor le contará este encuentro. Quiero tener buen aspecto, aunque no seducirlo, de modo que: vaqueros azul oscuro, una camiseta de U2 con el retrato del niño soldado, y una chaqueta sastre de lino también azul oscuro, con unas bonitas sandalias de tiras de medio tacón.

Voy cómoda y se nota, y la relajada conversación con mi acompañante acaba por calmarme del todo. Estamos hablando de música, y riendo. Descubro que es un imitador excelente. Luego, la conversación vira: el tema es ahora Alejandro, pero no soy yo quien lo saca.

—Debe de estar pasándolo fatal —comenta dándole un par de vueltas a su jarra de cerveza—. Seguramente no lo admitirá nunca porque procura hacerse siempre el fuerte, pero me consta lo unido que está a su abuelo, prácticamente lo ha criado.

Me agrada el tono tierno que emplea para referirse a su amigo.

—Os conocéis desde hace mucho, él y tú, ¿verdad?

—Desde el colegio. Éramos dos tapones de alberca, pequeñajos, todos se reían de nosotros hasta que dimos el estirón. Y si juntos nos defendimos cuando no abultábamos, juntos disfrutamos de la ventaja de sacarles tres cabezas a los demás.

—*Umm*... Dos guerrilleros.

—No, para nada —ríe—, siempre hemos sido muy pacíficos. La gente se lo piensa dos veces antes de meterse con nosotros. Bueno, te hablo como si fuésemos camorristas callejeros, esos tiempos de autodefensa ya pasaron.

—Se nota lo mucho que lo aprecias —observo con delicadeza.

Su sonrisa se ensancha.

—Somos como hermanos. Volvimos a coincidir en la universidad, en muy pocas ocasiones nos hemos separado.

—¿También eres arquitecto? No lo sabía.

—Es que no ejerzo. Compongo música, es a lo que me he estado dedicando hasta ahora. Pero no da para vivir, son malos tiempos para la lírica. —Se encoge de hombros—. Alex me ha convencido de que me sume a su estudio.

Vaya, así que van a ser mosqueteros de nuevo. Este Víctor es una caja de sorpresas, tanta sensibilidad en un cuerpote tan grande, es algo que no me esperaba. Creo que hasta le perdono la putada de la fiesta.

—Puede que sea una buena idea, supongo que vas a aceptar.

Su mueca encubierta, por primera vez expresa disgusto.

—¿Te digo la verdad? No me apetece un pijo. Ese curro implica tratar codo a codo con mucho ricachón engreído y exigente, de los que se empeñan en una marquesina volada de un kilómetro cuadrado y no aceptan un no por respuesta. Piensan que porque pagan tienen derecho a pedirte la luna. —Su tono agrio me indica que habla desde las tripas, que es sincero—. No los aguanto, Alex se ha criado entre ellos, pero yo... Supongo que con los años y la inactividad me he vuelto demasiado bohemio.

Sonrío para tranquilizarlo. Se contagia enseguida.

—Le diré que sí, claro está. Necesito comer y Alex es mi amigo. —Sus ojos emiten un destello—. ¿Con quién podría estar mejor?

Repito con Víctor una tarde más, lo que teniendo en cuenta que salimos por primera vez el miércoles y quedo con Ximena para el viernes, equivale a salir juntos todos los días. Tanto es así, que cuando llegamos en amena charla al restaurante El Clandestino, donde vamos a cenar con Ximena y Antonio, mi amiga apunta a él con el mentón y me interroga con la mirada. Yo me hago la sorda, es fácil desviar la conversación hacia otros derroteros.

—¡Xime! ¡Gafas nuevas! ¡Qué preciosidad! Son rojas, qué bien te combinan con el pelo rubio.

Mi mejor amiga no se anda con chiquitas, se pone de pie, grazna algo de un pis, me atrapa el brazo y tira de mí hasta acorralarme en el pasillo que conduce a los baños. Miro apurada a los chicos que se quedan recibiendo mesa. Cuando me suelta, me froto el bíceps y protesto:

—Hija, qué bruta, ¿qué quieres, aparte de desmenuzarme el brazo?

—¿Pero qué haces todo el día pegada a ese? —ruge.

—¿Pegada? —Pongo mi mejor cara de inocencia, la más recurrente y efectiva, parezco el gato de Shrek— ¿Qué dices?

—¿A ti no te gustaba Alex?

—Y me sigue gustando.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? Ximena, creo que te estás montando una película de terror. Por si no te has percatado, Alex no está, no sé para cuándo tiene previsto volver, aunque tampoco es que importe mucho, porque no se ha molestado en llamarme ni un solo día.

Mis argumentos llenos de rencor tienen peso, no me lo puede negar. Por eso se ha quedado sin habla. Pero mierda, es solo un segundo. Ximena se recompone a una velocidad que da miedito y vuelve a la carga.

—¿El aburrimiento justifica que le des esperanzas a su mejor amigo?

—¿Esperanzas? Yo no le estoy dando esperanzas a nadie. —Me lo pienso mejor, esto no tiene ni pies ni cabeza—. Perdona, ¿esperanzas sobre qué?

—A ver... —Ximena pone los ojos en blanco, como si tuviera por amiga al ser más idiota del universo y tuviese que explicarlo todo despacito y mascado—. Víctor está loco por ti.

Reculo un paso.

—Anda ya.

—No te has dado cuenta, claro, tú en tu línea —deduce acompañándose de una palmada de triunfo.

—Claro que no me he dado cuenta, porque eso no está pasando, te lo has inventado todo, lianta, que eres una lianta.

—No he sido yo, es Antonio quien me lo ha dicho —se defiende. Eso no mejora las cosas.

—¿Él también lo piensa? Si es un despropósito —me horrorizo, pálida como la cal.

—No, cariño, él no lo piensa, él lo ha visto como cualquiera con dos dedos de frente. Ese chico te mira con deseo desde el día uno. Eres su Brownie coronado con helado de crema.

Por un instante me planteo que el descabellado planteamiento de Ximena pueda ser real y me estremezco.

—No me ha dado razones para... Quiero decir, hemos salido apenas dos veces a tomar algo, nada íntimo, ya sabes. Se ha portado amigablemente, educado, ni por asomo una insinuación. —Me froto agobiada las sienes—. Alex le pidió que cuidara de mí antes de irse… No sé qué pensar.

—Cielo, piensa lo que te parezca, pero piénsalo rapidito y corta de cuajo estas salidas en parejita que pueden traer de la mano muchos malentendidos.

—Tengo derecho a salir —me rebelo.

—Nadie te dice lo contrario, pero vigila con quién. Si quieres guardar las ausencias a Alex, como las antiguas, por mí fenómeno, pero sal en grupo y nada de favorecer a uno por encima de los demás.

Creo que tiene razón. No toda la razón, pero parte. Yo no actúo de mala fe, por eso no calculo las consecuencias de mis actos si alguien los retuerce. Ahora lo pienso en frío, y admito que podría pensarse... ¡No, qué locura! Víctor y yo, qué chorrada, si hasta anteayer lo odiaba y lo miraba como a un acosador peligroso.

Mi estómago que ruge es el detonante que pone punto y final a mis cavilaciones.

—Vamos a la mesa, se estarán preguntando qué nos traemos entre manos con tanto secretito —decide Ximena mirando por encima de sus gafas.

—Que sepas que me has amargado la noche. Ya no podré mirar a Víctor de la misma forma sabiendo lo que sé —escupo con amargura.

Ella desplaza sus ojos y me hace un mohín.

—Lo que creemos saber —corrige.

Un fueguecillo de indignación sube cuello arriba y me explota directamente en las mejillas.

—¿Ahora es «creemos»? La madre que te parió, Ximena, vas a volverme loca.

Qué bueno es el vino que todo lo cura. O lo adormece. O lo disfraza.

En menos de una hora, con cuatro copas seguidas a bocajarro, me importa mierda y media lo que persiga Víctor, lo que piense la gente y el color de la corbata del mayordomo del rey. Tengo muy claro quién me gusta a mí, a quién deseo y por quién palpitan mis hormonas locas.

También sé que soy un ser ruin y despreciable que desea al hombre de una prójima. Y lo deseo al punto de perder la cordura, pasaría por encima de cualquier cosa o persona con tal de tenerlo. Pero al final, mi cabeza sobrevuela tanto al hermoso Alex como al misterioso Víctor, y caigo en las redes del recuerdo de Camila. Me deprimo tanto pensando en la novia fantasma, que

me invento un súbito dolor de cabeza que me permite escabullirme y refugiarme en casa.

¿La verdad? Querría meterme bajo la cama y no salir hasta que Alex volviese, me sacara a rastras y me comiera a besos.

No sé si son los remordimientos por mi deseo prohibido, o la borrachera. El caso es que esa noche duermo como un ceporro rubio.

#CometiendoErrores

Abro un ojo. Solo uno.

Lo justo para recordar que es sábado y no tengo grandes planes en la bandeja de pendientes. Alex no está, la tesis no está, Víctor no me interesa, y la amiga que más quiero, seguramente retoce entre sábanas con un muchachote de buen ver, llamado Antonio.

Me arrastro fuera de la cama, grogui todavía, y a tientas, mis manos localizan la hervidora y el resto de cacharros que me permitirán fabricar un té decente. No soy persona hasta inyectarme teína en vena. Sostengo la taza con las dos manos y me encaramo a la encimera, sorbiendo el delicioso líquido ámbar.

Estoy a punto de comenzar mi segunda semana sin Alex, un capullo sin ninguna prisa por ponerse en contacto conmigo. Nada en el móvil, ni un triste correo electrónico. Ninguna señal, por leve que sea, que me permita deducir que piensa en mí. Este silencio se me hace insoportable. ***Vino, folló, venció y se las piró.*** Con una novia oculta en alguna parte, y por lo visto, cero respeto a los sentimientos de las personas.

La culpa es mía por no atender a las alarmas, debí tener muy presente que él mismo, la noche que nos conocimos, me advirtió de esa imagen externa no tan impecable como deseara, y con su tono socarrón de hipnotizador de serpientes, logró venderme el cuento chino de que las apariencias engañan y que no era lo que parecía.

O sí.

Desde luego, engañan, por ejemplo, en Víctor, pero no en el caso de Alex. Ese indomable devorador de hembras incautas está acostumbrado a salirse con la suya y a que los ligueros se desabrochen y caigan al suelo a su paso, empujados más por su magnetismo que por la fuerza de la gravedad. Maldito seas, pedazo de...

Mi móvil suena y me lanzo desde lo alto del fregadero, dispuesta a encontrarlo antes de dar por perdida la llamada. Podría ser él, podría haber decidido dejar de hacerse el duro, o estar sufriendo un montón mi ausencia. Podría... ¿dónde demonios dejé el móvil anoche? Ya lo veo,

dentro de uno de los zapatos. Lo agarro y aprieto el botón verde en el último nanosegundo.

Ni siquiera dispongo de tiempo para ver quién llama. Por eso respondo con un dulce y sugerente «dígame». Por si acaso.

Es Silvia. Y parece alterada. Le pregunto por la salud de su abuelo, pero impaciente y decidida a cambiar de tema con prisas, me asegura que se encuentra mejor.

—¡Es André, ese cretino del diablo cree que voy a pasar por alto todas sus chorradas!

Me suelta un ciclón de palabras atropelladas sin respirar. Me froto los ojos a ver si consigo despejarlos de la modorra que todavía me cuelga.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis discutido?

—No, eso es lo peor, no hemos discutido porque con André no se discute. Es una pared muerta que ni siente ni padece, tratar de razonar con él es como querer que hable una piedra. Todo se convierte en un monólogo de dirección única.

—Debe de ser frustrante —digo, a juzgar por lo agudo de su voz al final de la frase.

—Más que frustrante. Te entran ganas de estrangularlo y sabes que se dejaría. Esa pasividad total, esa calma chicha...

—Silvia, te rechinan los dientes.

No me hace el menor caso.

—¿Significa que no le importo lo suficiente como para discutir en busca de un arreglo?

Bostezo con disimulo.

—No lo sé, cariño, de entrada, deduzco que por alguna causa evita los enfrentamientos.

—Es un cobarde, como todos los tíos —remacha—, ¿es eso?

—No podría afirmarlo —me escabullo. Desde luego, no pienso aventurarme con un diagnóstico a lo loco que condicione la reacción de la temperamental Silvia—. De todos modos, aclárame de qué va la cosa.

—André es modelo. —Empieza contándome lo único que ya sé—. Desde que lo conocí está acostumbrado a hacer su santa voluntad, a no depender de nadie ya que todas sus novias pasaron por el aro, por pánico a perderle. Y digo novias, porque soy muy respetuosa; antes de mí, André no había tenido una relación seria absolutamente con nadie.

—¿Y?

—Yo no soy así, Sofía, si me comprometo con lo nuestro, exijo que él haga otro tanto y necesito que me dedique atención y tiempo. Ahora mismo lo estoy pasando fatal con lo del abuelo y me sale con que se marcha seis meses a Nueva York, a trabajar para una agencia de publicidad en exclusiva. ¡¡Seis meses!! —aúlla— ¿Sabes lo que eso significa? Seis meses que pueden convertirse en muchos más, si la cosa funciona. —La oigo sorber. Debe de estar llorando, pero no me deja meter baza ni para consolarla—. Esto es el fin, ¿cómo se atreve a abandonarme con tan poco estilo?

No se me ocurre qué responder que no la irrite todavía más, no está siendo demasiado razonable, pero cualquiera lo insinúa.

—A ver, Silvia, es su trabajo.

—Y yo soy su novia —replica cortante.

—Sí. ¿Tienes la impresión de que se quita de en medio para evitar resolver algún conflicto entre vosotros?

—¿A qué conflicto te refieres? No tenemos ningún conflicto que yo sepa —responde a la defensiva.

—Eso quería oír —la sereno con mi voz pausada—. ¿Ves? No es que esté evitando resolver nada, tampoco huye. Es simplemente un trabajo, una oportunidad surgida que le conviene y que no quiere desaprovechar. Implicará sacrificios, desde luego, pero tú ya sabías a qué se dedicaba André desde...

Me interrumpe hecha un basilisco.

—¿Se puede saber tú de qué parte estás?

¡Señor! Aparte de furiosa, parece decepcionada.

De algún modo he de hacerle entender que soy psicóloga, y trato de ayudar analizando el conflicto desde la distancia, bajo un prisma imparcial. Si lo que busca son palmaditas en la espalda y gratificaciones fáciles... También puedo dárselas, soy como Groucho Marx, tengo de todo, aunque no al mismo nivel de sinceridad.

—Solo trato de aislar el problema. ¿Qué es exactamente lo que temes? ¿Que te olvide, que te sea infiel?

—André me adora, no se iría con otra, ni de coña.

Lo afirma con tal contundencia que ni por un instante me atrevo a dudarlo.

—Eso es bueno, esa seguridad que tienes, prueba que lo vuestro tiene cimientos sólidos. Piensa en positivo, a veces, un alejamiento controlado reaviva las llamas de la pasión.

—Nuestra pasión está más sana que una pera, no necesita fuelles ni charambainas —refunfuña.

Casi puedo verla cruzando los brazos bajo el pecho.

—Te echará de menos, eso es genial. E irás a verlo en vacaciones —continúo dando rienda suelta a un entusiasmo febril que no sé de dónde ha salido. El té, que ya empieza a hacer su trabajo— y antes de que te des cuenta estará de vuelta.

—Menuda faena quedarse sola, yo era hasta ahora una chica comprometida con plan fijo los fines de semana. Ahora, ¿qué se supone que soy? ¿Una soltera sin libertad? ¿Una comprometida sin acompañante? Porque tendré la soledad de una soltera y la falta de libertad de una ennoviada…

—Bueno, Silvia, entiendo que quieres a André y que la situación ideal es estar juntos, pero él está luchando por despuntar en su carrera, igual que tú en la tuya, y a veces hay escollos que superar. Estoy segura, de que nada que ponga en peligro vuestra relación. Si acaso, saldrá reforzada. Mientras esperas, trata de no comerte mucho el coco y simplemente disfruta, tienes a tus amigas, sal y entra con ellas y en paz.

—*Umm*...

—¿Cómo que *umm*?

—Llevo demasiado tiempo enganchada de André, me he ido alejando de mis amigas, ahora llevan otro rollo, o también tienen novio.

—¡Pues las recuperas! —me desespero. De hecho, tanta negatividad empieza a agotarme,

le proponga lo que le proponga, siempre acabamos en un callejón sin salida—. Vamos, Silvia, que no te reconozco, muchacha, ¿dónde está la rubia echada para adelante que siempre has sido?

—Estoy cabreada —se justifica—. Mucho. André no tiene derecho a arruinar así mi vida de la noche a la mañana.

Resoplo y aprieto los párpados. Tres, dos, uno... Aguanta, Sofía, aguanta el parraque.

—Ni que lo hiciera adrede —espeto.

—Deja de defenderlo, joder, si fuese yo la que se marcha lejos, comprobarías lo poco razonable que llega a ser él.

—El reconocido gen egoísta de los hombres —bromeo casi sin ganas.

¡Dios! Me ha dejado exhausta.

—Bueno, ya veremos en qué desemboca toda esta tragicomedia. Te dejo, tesoro, espero volver pronto y salir juntas un rato a desfogarnos, que falta me hace. Este pueblo es precioso, pero siento que me asfixio. —Ya ves, ni que Málaga fuera Nueva York—. Y otra cosa: disculpa que me haya desahogado contigo, menuda brasa te he dado, mona.

Chasqueo la lengua.

—Bah, para eso están las amigas —digo con la boca chica.

—Tú sí que eres una de verdad. Cuídate mucho, Sofía, ya estoy deseando volver.

Colgamos sin haber mencionado el nombre de Alex, y no puedo evitar sentir un pellizquito en el corazón. No hay otra forma de quitármelo de la cabeza que ponerme a sacarle brillo a los accesorios del baño y de la cocina. Eso sí, a ritmo de «*I will survive*» de Gloria Gaynor, que para algo es todo un himno de las que creemos poder sobrevivir al desamor.

Por la tarde, quien me llama es Ximena. Me pilla vagabundeando desparramada en el sofá. El esperado y lógico bajón, tras el chute de adrenalina de la quincena con Mario, los revolcones múltiples con Alex, y la lectura de la tesis, ya está aquí y ha venido para quedarse. Me invade un terrorífico abatimiento que pienso curar durmiendo, viendo pelis y zampando guarrerías, porque yo lo valgo.

Y porque solo se prolongará un puñado de días más, los que tarde Silvia en volver, y yo en incorporarme al súper despacho, a fabricarme un prometedor futuro.

Por desgracia, los problemas de Ximena son mucho más serios. Ha cometido el grave error de comentarle a Antonio sus planes de ingresar a su madre, y él ha puesto el grito en el cielo.

—¿Se puede saber en qué le afecta? —pregunto, con franqueza, muy perdida.

—Aparte de la buena onda que tiene con ella... —Lanza una pausa y suspira—. Mi chico es huérfano de madre desde los siete años. Creo que por eso se ha encariñado tanto con la mía. La lleva y la trae al médico cuando hace falta, se preocupa tanto que a su lado yo parezco

Maléfica sin tocado de cuernos.

—No te quejes, esa implicación es genial —la reprendo.

—*Meeec*. —Imita el sonido de una bocina—. No, no lo es, para nada. Es un horror, sobre todo cuando para evitar el conveniente ingreso de su aspirante a suegra, me propone que nos vayamos a vivir juntos y que, entre los dos, la cuidemos.

—¿Que os vayáis a...? —Me quedo sin palabras. No es que no sea un ofrecimiento generoso, pero es, a todas luces, muy precipitado.

—¿Lo entiendes ahora? ¡Virgen de las bragas vueltas! Llevamos saliendo dos meses y pico, hasta ahora me limitaba a divertirme sin pensar en nada más, y me viene con esto... Vivir juntos y encerrarnos a cuidar de mi madre. Sofía, no quiero sonar desalmada y acaparadora, pero no es eso lo que busco en la vida, aspiro a algo más, a llegar a alguna parte. ¿Hago mal en desearlo? —Se le quiebra la voz y a mí el corazón se me raja por la mitad.

—No, cariño, ¿qué vas a hacer mal?

—Me siento culpable.

—Y es comprensible, pero no necesariamente cierto.

—Necesito que alguien a quien respeto, tú, por ejemplo, me diga que lo estoy haciendo bien, que no soy un ser despreciable, solo humana.

—No eres despreciable, eres una humana maravillosa y la persona más empática que he conocido nunca. Escucha, Antonio acabará entendiendo que lo que propone no es maduro ni puede funcionar. El día que decidáis vivir juntos, necesitareis intimidad, plazos de adaptación, combinar vuestras rutinas... ya sabes. No sería saludable comenzar una etapa tan nueva, atados al cuidado de una enferma. Podría dar al traste con vuestra relación.

—Menos mal que tú también lo piensas, necesitaba oírlo.

—Medita despacio lo que quieres hacer —le aconsejo—, sin prisas y decide por ti misma, sin presiones. Es tu vida. Además, está ese posible traslado a Madrid...

Que tan triste me pone, pero que me cuidaré muy mucho de expresar. Si es su sueño, lo respetaré por más que me duela.

—Eso, sí. Los jefes me han sorprendido con que hay muchas posibilidades de que resulte elegida y la verdad, tampoco sé qué decidir llegado el momento. Era mi gran ilusión hasta que conocí a Antonio, ahora no podría abandonarlo por nada del mundo. Joder, quiero que me despierten a besos por las mañanas, y él lo hace, ¿por qué todo se complica en el peor momento?

Me muestro de acuerdo. Las pocas cosas buenas que nos pasan deberían venir dosificadas, cada una pedirle permiso a la anterior: oye, cosa estupenda, ¿has acabado? Bien, es mi turno. Pero no, las muy puñeteras llegan cuando les apetece y se apelotonan de modo que tengas que elegir una u otra, y lo malo de eso es que te obliga a renunciar a alguna de ellas.

—Lo único que puedo aconsejarte es que no te calientes la cabeza a priori. Cuando te

anuncien «Ximena Dunne, ha sido usted seleccionada para el codiciado puesto en la capital», entonces y solo entonces, pesas los pros y los contras y tomas una determinación.

—Sí, claro —acepta poco convencida—, al menos mientras llega, viviré tranquila.

—Porque también puede ocurrir que no llegue.

—Lo sé, he aprendido a no fiarme de los jefes. Sin embargo, es una posibilidad que no sé si quiero contemplar, me dan demasiadas esperanzas.

—Tranquila mientras tanto —le aconsejo con ternura y una chispa de cansancio—. A otra cosa, mariposa.

—¿Tienes planes para la noche?

—Sí, quedarme tumbada poniéndome al día con un montón de series, leer algo que no sea psicología aplicada y recuperar fuerzas. La adrenalina me ha mantenido en tensión todo este mes y ahora que los niveles vuelven a la normalidad, empiezo a desmoronarme. Estoy como lacia.

—¿Y mañana?

—Más de lo mismo —me atrinchero.

—Perfecto, parece un magnífico plan. Oye, amiga... —deja en suspenso la frase y me niego a cortar el silencio porque quiero que continúe—. Esta tarde he visto a Sergio.

Calla en espera de alguna exclamación por mi parte, o una pregunta que manifieste interés, pero no me inmuto.

—Iba solo —añade con cautela.

—Me importa poco. No —me corrijo—, poco sería algo. No me importa nada si va solo, acompañado o vuelto del revés. Sergio ha salido de mi vida.

Ximena sabe de sobra lo que eso implica. No me caracterizo por ser una persona rencorosa, soy buena gente, pero cuando acabo con alguien, he acabado para los restos. No planearé una venganza, no hablaré mal de él o ella a sus espaldas, tampoco preguntaré por su vida. La gente que me falla de un modo tan doloroso como hizo él, de repente es como si no existieran.

Lo cual trae a mi mente al perfectísimo Alex, el que viene, te posee y desaparece. El hombre de los mil misterios. El que de algún modo también me ha fallado o está en vías de hacerlo. Puede que debiera empezar a olvidarlo, pasar de él, pero algo poderoso me lo impide. Cada vez que lo recuerdo, no soy dueña de mi voluntad, pierdo la cabeza y solo deseo arrebujarme entre sus brazos, acogerlo en mis entrañas y jadear medio asfixiada de gusto.

—Puede que haya cortado con esa chica con la que salía —oigo comentar a Ximena.

¡Ah, coño, hablábamos de Sergio!

—No volvería con él ni aunque se arrastrara de rodillas lamiendo el suelo. Aunque fuese el último hombre sobre la faz de la tierra, y la ecuación fuera o Sergio, o coserme la entrepierna.

—Escogerías el hilo —adivina mi amiga divertida.

—Ni lo dudes. Bueno, rubia peligrosa, te dejo, que el sofá me llama y está demasiado guapo hoy como para despreciarlo. ¿Sales con Antonio?

—Eso pensaba, pero me ha propuesto cenar y ver un par de pelis en casa de mi madre para no dejarla sola. Me parece bien, la verdad, hoy la he notado muy distraída.

Nos despedimos con cariño. Ximena se merece lo mejor, no debería sentirse culpable por desear un futuro brillante y un poco de tranquilidad en la vida.

Yo tampoco. A ver si me lo grabo entre ceja y ceja.

#VíctorYYo

Llega el lunes, y de la percha que sostengo en la mano, cuelga un vestido veraniego de flores y falda de vuelo que combina a las mil maravillas con mis sandalias de cuña rosa fucsia.

Ayer recurrí a mis más ingeniosas excusas para evitar salir con Víctor.

La verdad es que, al margen de sus intenciones más o menos honrosas, es un pelín persistente de más. Me da la impresión de que tiene mucho tiempo libre y de que se aburre tanto como yo, de que la ausencia de su amigo le afecta de manera similar a la mía. Parece perdido y tristón. Me compadezco tanto que debo atarme corto para no sucumbir (una vez más) y aceptar esa cervecita con tapa de ibéricos, que me está tentando.

Soy una blandengue, lo sé, vivo con ello. Pero tiro de algún resorte prodigioso y me mantengo firme. Desperdicio el domingo haciendo nada.

Sin embargo, como os digo, hoy es otro día, un lunes de principios de verano y tengo unos planes fabulosos. Voy al centro, a encargar unas tarjetas profesionales, donde un señor con mucho gusto estampará mi nombre y la ilustre dirección del despacho de Silvia, junto al rimbombante título de «psicóloga». ¿O «doctora en psicología»? ¿Suena muy presuntuoso? Y si suena, ¿para qué demonios me he esforzado tanto luchando por un doctorado de mierda del que ahora me avergüenzo?

Decidido. Pondré «doctora en psicología».

Salgo de la imprenta con un cosquilleo nervioso en la boca del estómago, y cientos de planes tomando forma en mi subconsciente. El subidón de ánimo me vuelve imprudente. Tanto que me aventuro a subir a intimar con Carla, y si se tercia, hasta invitarla a un café.

Toco el timbre sorbiendo todo alrededor con los ojos. Me parece incluso más bonito ahora que el primer día que vinimos. Cualquier profesional se sentiría incentivado con un entorno tan sugerente y cara a los clientes, no cabe negar que suma puntos y prestigio. Mientras me abren la puerta, canturreo y meneo el culete. Toda yo destilo felicidad.

Tras la madera tallada aparece una cara preciosa, con unos relucientes ojos castaños y una simpática sonrisa adornada con impecables dientes.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Soy... Sofía Echegaray —logro articular. Los nervios me traban la lengua.

—Disculpe...

Mi nombre, es evidente que no le dice nada.

—La amiga psicóloga de Silvia Conde. Estuve aquí hace tiempo. Voy a incorporarme al

despacho vacío de la oficina en cuanto ella regrese...

La luz se hace en el rostro de la secretaria y sus ojazos brillan aún más si cabe. Tiende una mano franca que me apresuro a estrechar.

—¡Claro que sí! Por favor, qué torpe, discúlpeme, ya la recuerdo, y Silvia me habló de usted. Pero ¡pase, pase!

El que no me tutee no le resta cordialidad a su tono y aunque no me hace precisamente dichosa esa formalidad, interpreto que es una regla que mi amiga ha impuesto en su bufete y me propongo respetarla. Salgo del descansillo y la morena cierra la puerta a mis espaldas.

—Bienvenida. Soy Helen. Helen C. Rogue. Secretaria y alma de esta oficina. Necesitaré saber si prefiere café o té y en su caso, cómo le gusta que lo prepare. Si desea que le pase las llamadas directamente o se las filtre. Puede acordar una palabra clave con la que me indique a quién no quiere ver... Si los lápices los usa de mina fina o gruesa, los bolis de gel o normales...

Helen es tan eficiente como encantadora, lo decido sobre la marcha, mientras la veo contabilizar con los dedos pasillo adelante, hasta conducirme a la que en breve será mi guarida de trabajo. No lo soñé, es tan acogedora, bien decorada y luminosa como recuerdo. Suspiro ilusionada y giro sobre mis tacones.

—Acordaremos todo eso, Helen, no te preocupes. ¿Está Carla en la oficina?

—Sí, claro, ¿quiere que la avise?

—Me gustaría invitarla a un café... Si no la interrumpo, claro —preciso.

Helen me hace una seña discreta con la mano y asiente.

—Enseguida vuelvo.

Me deja delante del ventanal, largo hasta el suelo, disfrutando de las vistas del caótico lunes en la calle más céntrica de mi Málaga natal.

A veces la vida sonríe y no está mellada.

—Puede pasar al despacho de al lado —me informa Helen con su eterna sonrisa—. Por cierto, precioso vestido.

Sonrío agradecida. Allá voy.

Puede que la primera impresión de la chica con la que compartiré espacio no fuese muy prometedora, pero estoy dispuesta a ganármela como sea. Detesto que alguien que ni siquiera me conoce, me haga la cruz porque sí y me juzgue en negativo, tanto como odio ir a trabajar con ambiente tenso. Decididamente, esto aquí tiene que cambiar.

Pero cuando leo el desplante pintado en la fría expresión de Carla, ya no estoy tan segura de lograrlo. Esta chica intimida lo suyo.

—¿Ya te incorporas? ¿Tan pronto?

Es un escupitajo verbal en toda regla, un «*¿tanta prisa tienes? Porque nosotras no es que te echemos en falta precisamente*», que me cargo a la espalda, pero la desarmo con una sonrisa. A ver si consigo recordar que soy psicóloga, debería poder hacerlo.

No obstante, eso implicaría que he pensado y racionalizado las cosas antes de vomitarlas y yo no soy así, soy todo impulsos, hipocresía cero, demasiada transparencia, que dice Ximena.

Me da lo mismo. En peores plazas hemos toreado, Sofía.

—La verdad, no. Prefiero esperar a la vuelta de Silvia, pero he venido a encargar unas tarjetas y quise pasar a saludarte.

Arquea ambas cejas. Su sorpresa es evidente, no fingida.

—¿A mí?

—A ti. E invitarte a un café si no estás muy liada.

Leo el desconcierto más absoluto en su rostro y luego, el esbozo de una tímida sonrisa que enseguida se enfría, me sorprende. Se pone en pie y alinea con precipitación un montón de expedientes.

—Hoy, imposible, salgo para el juzgado en un rato, pero... Te lo agradezco.

—Otra ocasión, entonces —sugiero sin venirme abajo.

—En otra ocasión —certifica.

Le hago una seña con la cabeza y salgo de sus dominios para aventurarme en los míos. Tengo el despacho más bonito del mundo, a ver qué detallitos puedo comprar en Ikea para personalizarlo y hacerlo especial.

Una foto tamaño natural de Alex en bolas me mantendría entretenida, seguro.

¿Le parecería bien a su hermana?

#MeMiraMal

Al día siguiente aparco mis planes de visitar el almacén sueco del diseño, por ajustarme a la agenda de Ximena que me quiere acompañar, y puestas a hacer estupideces, mi vacío interior me lanza a la mayor de todas: dirijo a Martita al departamento de la facultad de psicología, dispuesta a saborear el mejor té de mano del guapísimo Mario Vallés.

Me llevo el corte de mi vida, más o menos como el del día anterior con Carla, solo que más humillante y amargo. Definitivamente, no es mi semana de la suerte.

Os cuento:

Golpeo con los nudillos la puerta del departamento. Tardan una eternidad en abrirme y cuando lo hacen, es la rubia descafeinada la que aparece. Sus ojos grandes y un poco saltones me revisan de abajo arriba. Me alegro de no llevar puesto nada demasiado llamativo a lo que pueda sacar punta: unos pantalones harem negros, un top multicolor sujeto por finos tirantes con un broche de piedras brillantes en mitad de la espalda y unas sandalias escotadas casi planas.

La culpa la tiene el verano.

—¿Hola? —Doy el primer paso ya que ella parece catatónica.

—Señorita Echegaray —silabea con mala baba y evidente disgusto al reconocerme.

—Doctora Echegaray —rectifico con sorna—. Por fin.

—Sí, es cierto, debo darle la enhorabuena por su reciente título.

¿Son figuraciones mías o la muy cabrita se ha encargado de recalcar el «reciente» lo que equivale a llamarme «novata de mierda»? Atravesada en el umbral como si protegiera el foso del castillo, asomando apenas tras la rendija.

—Se lo agradezco —replico cortés—. ¿El profesor Martínez no está?

—Se jubiló de forma definitiva hará unos veinticinco días.

Acuso el golpe.

¿Nadie me ha avisado? Me habría gustado despedirlo con algún detallito personal, además, cuando un profesor de la antigüedad y jerarquía del doctor Martínez finiquita su larguísima carrera, suele hacerlo con una pequeña fiesta a la que acude casi todo el mundo. ¿Acaso la han celebrado sin mí? Noto el regocijo en los ojillos de búho de la rubia. Ella me habrá impactado el hígado, pero yo también conozco sus puntos flacos.

—¿Y el profesor Vallés?

Paula, la vigilante de la puerta que no me permite pasar, frunce el morro.

Seeeeeeh .

—Está dando clase —resume escueta.

—No sabía que se hubiese incorporado a la actividad docente —aparento estar al tanto de su vida privada. Eso le sienta aún peor.

—Será solo circunstancial, sustituyendo a Casas López que se ha tomado el permiso de paternidad.

—¡Vaya! Así que el bueno de Carlitos ha sido papá —exclamo con una felicidad rayana en lo delirante— ¡Cuánto me alegro!

—Voy a tener que dejarla, doctora, se me acumula el trabajo.

Iba a proponerle esperar allí sentada hasta el final de las clases, más por fastidiar que por otra cosa, pero la muy jodida me cierra la puerta en las narices.

Planteándome cuánto de culpa tiene Pauloca en que hasta mi director de tesis me haya arrojado al baúl de los recuerdos, desaparezco pasillo adelante, echando humo por las orejas con los puños apretados. Está claro, sin el amable profesor Martínez en la jefatura y con esa bruja engreída por allí dando órdenes, creyéndose la emperatriz de Persia, el departamento no volverá a ser el confortable antro de mis tiempos.

Pensar eso supone enterrar muchos buenos recuerdos, me duele tanto que quizá por eso no reacciono al divisar a Mario subiendo la escalera, embebido en la lectura de un pequeño librito, pero desencadenando el caos entre la población femenina universitaria. Con sus pantalones chinos verde oscuro y su camisa blanca impoluta y bien planchada, arremangada hasta los codos, ceñida a los hombros. El pelo oscuro algo alborotado y los ojos azabache brillando hondos.

Mejor marcharme. Otra vez será.

Al final son veintidós largos e interminables días, los que Silvia y Alex tardan en regresar de Asturias. El desenlace, nefasto. Tras una engañosa mejoría, el abuelo ha empeorado y finalmente, fallecido. Están tremendamente afectados por el golpe. El anciano se fue sin que ellos se hicieran a la idea. Quedo con ambos hermanos para tomar algo y darles personalmente mis condolencias.

Muero de ganas de ver a Alex, al menos con Silvia he mantenido contacto telefónico regular.

Al borde de la histeria, me cambio veinticinco veces de ropa y al final escojo un mono negro de punto de seda sujeto al cuello y lo adorno con varios brazaletes metálicos anchos. La ansiedad va a matarme, aunque lo que me golpea como un puño es la decepción al ver aparecer a Silvia, sola como la una. Le abro los brazos y ella se refugia de buena gana. Está pálida, más delgada y tiene ojeras. Creo que jamás la he visto tan triste.

—¿Cómo andas de ánimos? Siento muchísimo lo del abuelo.

Me hace una señal con la cabeza y ocupamos una mesa en la cafetería. Pido capuchino y Earl Grey tea. Observo el modo en que agacha la cabeza y se retuerce los dedos.

—Ha sido espantoso, el pobre... Ha sufrido tanto. Habría preferido no verlo. Y ahora solo pensar en lo que me espera en el despacho, el retraso, los casos, los clientes descontentos...

—Tenía entendido que Carla se hacía cargo.

—Y se ha hecho, no me quejo. Es una buena letrada, pero tan hosca... No me quedan fuerzas para asumir lo que se me viene encima.

—Estás más flaca —observo sin pretender ofenderla. Ella me da la razón con un débil cabeceo, mientras le seco una lagrimilla escapada de la esquina del ojo.

—Supongo que solo queda reponerse y seguir luchando.

—Es cuestión de tiempo —la animo—. Todo termina encajando y si somos inteligentes, nos quedamos con los buenos recuerdos.

—Que en el caso de mi abuelo son muchos, te lo aseguro.

Se pasa una mano acelerada por el rostro, como si con el gesto deseara borrar algo de esa infinita tristeza y me sonríe.

—Y bueno, ¿qué tal tú? ¿Qué tal el trozo de verano que me he perdido? ¿Qué tal de amores?

Sé que no tengo derecho, pero me hiere tanto que me pregunte eso, como que no mencione a su hermano. ¿Tan requetebién disimulo mi interés que ella no lo ha notado? ¿Y qué hay de cuando nos ha visto escaparnos juntos? ¿Por qué nunca saca el tema? Me desespero confiando en que lo haga, podría provocarlo yo, pero no me decido. Es puro terror a lo que pueda oír. ¡Señor! ¡Qué cobarde soy!

Decido responder algo, lo que sea que aparte a Alex y su gloriosa polla de mi mente.

—Tengo la lastimosa sensación de estar malgastando la mejor época de mi vida.

—No te flageles, cuando llegue septiembre, te arrojas de cabeza a la piscina del mundo del currante. Has sufrido mucho con esa tesis, tienes los ingresos del gimnasio, tómalo como unas merecidas vacaciones.

Me reprende por mi insatisfecha hiperactividad. Y tiene razón, pero me permito aclararle.

—A eso me refiero, son mis vacaciones, probablemente las únicas que tenga en mucho tiempo y no hago nada de provecho. Ir a la playa de cuando en cuando, ver pelis...

—Encargar preciosas tarjetas de visita —me sorprende Silvia.

—¿Lo sabes? ¿Te lo ha contado doña Carla *tíacotillademierda*?

Constato que Silvia recupera el buen humor con una alegre carcajada.

—No, me lo dijo Helen, le has caído fenomenal, vamos a ser un gran equipo. Si no fuera porque tú también estarás ahí a partir de ahora, me espinaría la idea de volver y retomar la rutina.

—Pues me alegro de servir para algo.

No sé cómo ha ocurrido. Una conversación que iba bien encaminada ha dado un giro imprevisto y me encuentro hablando otra vez de Silvia en lugar de repasar mi catálogo de penalidades. Habría sido estupendo, por ejemplo, oírla preguntar: ¿Qué te falta, Sofía? ¿Qué le falta a este verano de intersección entre tu vida de estudiante y la de adulta, para ser perfecto? A lo que yo habría respondido sin dudar: «le falta el amor».

Pero por mucho que lo desee, hay cosas que no ocurren si no las fuerzas, y cuando apuramos nuestras consumiciones y temo que llegue la despedida, saco valentía del saco, aspiro aire y suelto:

—Me habría gustado poder darle el pésame a tu hermano, ¿por dónde anda?

Silvia pone los ojos en blanco, algo que no me tranquiliza precisamente.

—Su novia se presentó en Asturias al enterarse de lo del abuelo, para asistir al funeral y allí mismo, delante de mis padres, tuvieron una enganchada de las suyas. No quiero entrar ni salir, pero a esa chica le falta un tornillo. Recorrer mil kilómetros para apoyarlo en un momento terrible y a continuación, echarlo todo a rodar por un estúpido ataque de celos sin fundamento. —Silvia se detiene a observar mi cara trémula e inexpresiva—. No conoces a Camila, ¿verdad?

Sacudo la cabeza a un lado y otro. Intento que mi mímica no desvele nada, pero noto que

el asombro se aparta y deja hueco a la rabia. Claro. Ella sí ha podido viajar y convertirse en su apoyo porque él la mantenía informada del estado de las cosas. A mí no. A mí me folla hasta por las orejas, pero no se digna a mandarme ni un triste mensaje.

Es obvio el interés que tiene porque yo forme parte de su vida familiar.

Cero.

#ExcluidaPorqueSí

Pero ¿qué digo?

Tampoco debería extrañarme, joder, soy la chica a la que una noche de calentón echó una interminable colección de polvos en todas las posturas imaginables; que yo sepa no me ha prometido la luna, no tengo derecho a esperar las deferencias que Alex reserve para su pareja oficial, ni a ofenderme por no recibirlas.

Sin embargo, soy muy contradictoria, al tiempo que me digo esto, contengo las lágrimas para no montar el numerito delante de Silvia. Me duele no haber dispuesto de ninguna oportunidad. Yo habría cruzado sin dudar el mapa de España y habría acogido la pena de Alex entre mis pechos. En el buen sentido, en el de consolar. Y por descontado, no me habría puesto como una hidra por nada en unos momentos tan delicados, cuando todo el mundo alrededor se siente destrozado por la pérdida.

Resumiendo: yo sería una compañía mucho más recomendable que la tal Camila, a la que todos tachan de desquiciada, dónde va a parar.

—Está como un cencerro —despotrica Silvia.

Parpadeo al recordar que Víctor, al definirla, dijo más o menos lo mismo. Y Antonio. ¿Es que a nadie le parece normal? Puede que no lo sea, entonces, si es así, ¿qué hace Alex saliendo con ella? Lo tengo por inteligente...

Silvia y yo nos despedimos después de un breve paseo cogidas del brazo, con un beso de hermanas y me reconforta pensar que al menos la tengo a ella. Voy a disfrutar de lo que queda de verano, centrarme en mis clases de *gimdance*, distanciarme de Víctor cuanto pueda, y almacenar a Alex y su inolvidable forma de hacerme el amor en el rincón más paria y legañoso de mi cerebro.

Hay una tal Sofía Echegaray, a la que debo demostrar que hay vida después de Alex Conde y de su aterrador atractivo. Puedo hacerlo.

Vivir olvidándolo, digo. Demonios, no debe de ser tan difícil...

Quizá no sea la mejor idea enterrar una emoción cuando está aún tan viva. Rebota y se retuerce dentro de su ataúd hasta que sale fuera y cuando ocurre, no hay vuelta de hoja.

Vale, no lo he admitido, para ser franca creo que ni se me ha notado, pero cuando Silvia

ha nombrado a Camila, se me han hecho las tripas un nudo. Ya tiene poca gracia que la primera vez que menciona a su hermano en mi presencia, sea para referirse a su puñetera novia, alias «la cencerro».

Maldita sea mi suerte veraniega.

Me escabullo hasta mi apartamento y sin entretenerme por el camino, voy directa a la ducha. Un buen remojón en frío me pondrá las pilas y lavará las tonterías que me rondan la cabeza. Con eso solo consigo llegar al punto de congelación, así que castañeándome los dientes a pique de rompérmelos, manipulo los mandos y permito que el calor me devuelva la consciencia. Así sí. Mucho mejor.

Dejo caer la esponja al suelo y observo ensimismada su movimiento de latido. Es mi pobre corazón, comprimido y agujereado. La ducha no ha domado mis instintos, ni mis ardores, ni mi mala leche y cuando vuelvo a aterrizar en el mundo de los vivos, me encuentro, con la melena aún húmeda, en la puerta del estudio de arquitectura de Alex.

No sé ni cómo he llegado.

Hay una encantadora recepcionista vigilando la entrada, que me mira con muchísimo interés. Interés que se incrementa cual cohete propulsado, cuando aclaro a quién quiero ver. Por el modo en que sus pupilas recorren mi minifalda pantalón negra, mi camisa de gasa blanca de manga de murciélago, y mi colgante de cadenas y cuero, por empeñarse en anunciarme en persona en vez de usar línea interna, y por el cómo se contonea en mi propia cara con una sonrisilla irreverente entre sus labios maquillados, deduzco que su intimidad con el jefe supera con creces la que cabe esperar en una secretaria.

Que Alex se la ha pasado por la piedra, vaya.

En ese mágico microsegundo, soy de repente consciente de que lo que me atormenta, no es que Alex tuviese novia cuando nos acostamos. Eso yo ya lo sabía y fue mi decisión, yo opté por arriesgarme.

No.

Es que no lo afronte.

Ese engaño a sabiendas me rompe en dos el alma y la conciencia. Es asqueroso. ¿Se avergüenza de ella? ¿No le preocupa que lo vean tonteando con otra? ¿Con qué disculpa justifica sus ausencias?

Tengo la urgente necesidad de echarle en cara dos o tres cosas, pero también asumo que no es el momento, se supone que vengo a darle el pésame, lo de su abuelo está tan reciente... Soy una desalmada, egoísta y putón. Me pongo en pie como un resorte. Tengo que marcharme de aquí ahora mismo, antes de que sea tarde. Agarro el bolso y corro hasta la puerta, único obstáculo que me separa de la calle. No sé ni para qué he venido.

Seré metepatas...

—¡Sofía!

Esa voz de erótico terciopelo serpentea a través de la distancia que nos separa y se me cuela en los oídos para explotar en el cerebro. Me giro a mirar y sonrío para mitigar mis temblores. Alex me observa desde su despacho, vestido con un pantalón de traje gris grafito y una camisa celeste con corbata a juego. Sin chaqueta, pero absolutamente divino. Quedamos así, enganchados y silenciosos, de un modo tan brutal que todo mi interior arde bajo la mirada resentida de su secretaria.

—¿Pasas? —añade él.

Menos mal, yo me he quedado muda.

—Sí, sí, claro. Solo un momentito —manifiesto con torpeza. Apunto a la puerta—. Acabo de recordar que tengo una cita.

Es lo primero que se me pasa por la cabeza, si bien los ojos esmeralda de Alex sueltan un estallido de apasionado interés que actúa de reclamo. Me envuelve con su electricidad estática, me rodea como si fuese algo vivo. Me cede el paso y me mide entera cuando entro rozándolo.

Cierra la puerta y la arpía se queda fuera echando chispas.

Que te den, mona.

—Cuanto tiempo, ¿verdad? Estás muy guapa.

Antes de besarme en las mejillas, me clava unos ojos devoradores. Me dejo caer, sin invitación, donde primero pillo.

—Sí, bastante. Quiero decir bastante tiempo, no bastante guapa. Casi un mes —Me ruborizo hasta la punta de las orejas. Él sí que está guapo hasta que no inventen otras cinco mil palabras mejores para definirlo—. Siento muchísimo lo de tu abuelo. —Estoy sentada en uno de los confidentes, él rodea la mesa y ocupa su lugar, aunque sigue en pie—. En realidad, he venido solo para decirte eso.

—Ha sido difícil, no lo voy a negar.

El boli gira entre sus largos dedos y mi maquiavélica mente rememora el instante en que me ha besado, peligrosamente cerca de la comisura, embriagándome con su perfume, que ya forma parte del rompecabezas en que se está convirtiendo mi patética vida.

#YoPiensoYoSueño

Alex

Ha venido. Ha venido y no puedo apartar mis ojos de ella.

Las heridas abiertas y sangrantes que me he traído del pueblo sanan mejor con su presencia. Todo es más llevadero si la tengo cerca. Quiero tocarla, la tengo ahí, sentada enfrente, sonriéndome con timidez, mientras sus sobrenaturales iris de plata bailotean por el despacho buscando con ansiedad algo dónde posarse.

Me ha hecho tanta falta Sofía, que me ahogo al recordarlo. Tengo en carne viva la piel, cada centímetro que ella no acaricia. Y sin embargo me siento culpable. Terriblemente culpable. Por todo, por nada, por lo que deseo, por lo que debo.

No sé si lo confesaré en algún minuto antes del fin de mis días. Es algo que jamás le he dicho a nadie.

Sofía, te quiero.

Sofía

Alex no necesita invadir mi espacio personal con su poderío, cosa que hace divinamente, para conseguir que se me seque la boca. Entiendo que esa seguridad con la que se maneja deriva, en parte, de encontrarse en su madriguera, pero su soltura es indignante.

Alex, seductor venenoso. Maldito. Me desnuda con su insistente mirada.

—¿No vas a darme un beso?

Ya estoy sentada, es un poco ridículo todo.

—Me has besado al llegar.

—Ese he sido yo. Lo que te estoy pidiendo, es que ahora seas tú quien tome la iniciativa. Es lo justo, ¿no crees?

Su tono es desenfadado, se le ve tranquilo, pero sus ojazos verdes laten un poco apagados por la tristeza. Me resisto, atrincherada en mi confortable silla de cuero. Él parece darse por vencido de momento y posa su redondo trasero, firme y deseable, en la esquina de la mesa.

Me da un *flusss*. Digamos que me mareo, pero me recupero enseguida por la cuenta que me trae.

—Tenía muchas ganas de verte...

Su pie se columpia adelante y atrás, enfundado en un lustroso zapato negro de cordones y los dedos de sus manos se entrelazan. Me hipnotiza, me derrito con el menor de sus gestos, no es justo. Soy vulnerable a todo él, hasta a su desprecio. Aunque eso no es precisamente lo que su lenguaje verbal transmite.

El miedo es fuerte, por eso me domina.

A duras penas supero la inspección a que me someten sus pupilas. Este curioso y turbador efecto que logra conmigo, que presumo de tener mi genio y que hace un cuarto de hora mataba por retorcerle los cataplines, me anula. Bajo el influjo de su luna estoy más domesticada que un pekinés. Me falta alzarme sobre las patas traseras y babear moviendo el rabo.

¡Ay!

Es pronunciar mentalmente «rabo» e írseme los ojos disparados al bulto de su pantalón. Sí, lo tengo a tiro, bien a la vista, porque mientras divago y me muerdo los labios hasta hacerme sangre, él ha vuelto caminando al punto de partida y se sitúa a mi lado, con la única intención de atormentarme.

Mis sospechas se convierten en certeza al sentir la punta de sus dedos correr desde mi oreja a la mandíbula, y de ahí al contorno de mis labios. Me erizo como un puercoespín. Alex lo percibe y ronronea satisfecho.

—No creerías lo mucho que te he echado de menos —se atreve a decirme el muy sinvergüenza.

¿Cuándo? ¿Antes o después de recordar que tenías novia? ¿Antes o durante el folleteo? ¿Cuando compartías con ella tus delicados momentos familiares o cuando te doblegaste como un cordero ante su estallido de enfado supino?

¡*Haberme llamado, cachocabrón*!

Todo esto me sacude como una descarga eléctrica. Me contengo. Un poco.

¡No, qué demonios!

No voy a atragantarme con mis propios reproches, no me da la gana ya que he venido hasta aquí. Así que voy y lo digo, omitiendo el insulto, que no me parece una vía demasiado conciliadora.

Alex no se inmuta.

—Pensé hacerlo, pero mi humor no era el mejor, la verdad. No, al menos, el que tú mereces.

¿Es que tiene respuesta para todo?

Caigo en la cuenta de que me estoy ofreciendo en bandeja como un pollo relleno para la cena. Este hombre hermoso y sin remordimientos acaba de despreciarme durante casi un mes y en cuanto sonríe, me vuelve a seducir sin ningún esfuerzo. Básicamente, tengo que salir de aquí... zumbando.

Me pongo en pie, fuera de su alcance. El galope en mi pecho no se detiene, espero que solo yo pueda oírlo. Insegura, llevo la mano a mi cabello húmedo que se está secando como quiere.

—Me marcho, es tarde —anuncio trémula.

—Una visita breve de verdad —lamenta con un puchero.

—Pasaba por aquí y me apeteció decirte cuánto lo siento, en persona.

¡Qué *patéticaaaaa* !

Siempre juré que me quitaría la vida diez veces antes de echar mano del socorrido «pasaba por aquí», pero ya veis. La mano de Alex cuelga lacia a su costado y yo, sin querer, la miro con deseo.

«Tócame. Rodea mi cintura y pégame a ti. Lámeme el cuello como hiciste esa noche. Extrae los gemidos más profundos y dulces, los que guardo para ocasiones especiales, sentimientos especiales, gente especial. Fóllame o hazme el amor, pero al menos, dime que te importo»

—¿Nos vemos un día de estos?

Lo plantea con tal naturalidad que mis sueños eróticos se rompen en mil pedazos. A la mierda todos.

—Sí, seguramente, un día de estos.

Antes de llegar a la calle ya he decidido mi estrategia. No volver a verlo. Es el único modo de resistirme a la tentación.

Lo que resta de verano no es mucho, pero puede hacerse eterno si te lo pasas huyendo. Sucumbo a los planes con las amigas, salgo de juerga fuera de Málaga con Luluis y su panda de zens locuelos, pero mi inventiva a la hora de frenar con excusas la fiesta nocturna en mi ciudad, no tiene desperdicio.

Ni Alex ni Víctor.

No quiero hombres atractivos, altos y fornidos revoloteando alrededor. Tampoco Mario, que estará de vacaciones. El verano es un abismo cruel que marca un antes y un después en algunas relaciones. Como la guerra.

Me las he apañado bastante bien.

Si no cuento las lloreras nocturnas cuando me daba por recordar el tacto y los besos de Alex y mi jodida mala suerte, si obvio el hecho de que cierro los ojos y no veo más que su cara, de que estoy a punto de volverme loca, puedo decir que me he liberado del miedo de volver a verlo. Total, esa gente nunca fueron mis amigos hasta hace unos meses, aunque tampoco puede decirse que me lluevan las amistades tras tres años encadenada a Sergio y su séquito de fieles. Ninguno se ha dignado a llamarme tras el episodio «cornamenta» ni por ver cómo ando de salud.

Qué majos.

Volviendo a Alex, puede que esté preparada para enfrentarlo sin babear y sin desearlo ciegamente.

#LaVenganzaSeSirveHelada

Lo más duro de sobrellevar ha recaído en Ximena, pobrecilla. El estado de salud de su madre ha caído en picado, ya no se limita a dejarse las llaves dentro de casa o a salir a por el pan con los rulos puestos sin coscarse, no. Se nos ha perdido dos veces. Y la segunda recorrió muchos kilómetros antes de que diésemos con ella. Vi la angustia límite pintada en la cara de mi amiga, su llanto inconsolable que dice mucho, siendo, como es, una chica dura que no se arredra con facilidad. Es muy valiente, pero esto que le ha tocado vivir, a veces la supera, por más que ella lo revista de normalidad y lo lleve con humor.

La quiero a morir.

Esa noche se movilizaron policías y bomberos y entre todos, la encontramos en la linde del barrio de Eugenio Gross, agazapada tras unos contenedores, muertecita de miedo. Tardó unos minutos en reconocer a su propia hija, estaba confusa y aterrorizada, fue espantoso. Tras este dramático capítulo, aconsejada por los facultativos, Ximena decide ingresar a Rosa en un centro especializado y me toca trabajar a fondo su complejo de culpa, para conseguir que remonte.

Por desgracia, con esa decisión tan desagradable de tomar como necesaria, su relación con Antonio se resiente. Ahora estamos en los Baños del Carmen, frente al mar, repantingadas en unas butacas que más bien parecen tumbonas, disfrutando de unos mojitos con mucha yerbabuena mientras los rayos del sol de atardecer nos acarician la cara, a falta de ser humano que se preste a hacerlo.

Al menos en mi caso.

El ambiente es bullicioso y bohemio. La gente apura las vacaciones, igual que nosotras. El lunes arranca septiembre y con el mes, mi nueva vida en el despacho de calle Larios.

—El sexo con él es de primera, es comprensivo y amable, y eso que parecía un chuletas cuando lo conocí.

—Era un chuletas, Ximena —le recuerdo—, otra cosa es que se haya dejado domesticar por amor...

—Anda ya, no soy capaz ni de que el gato de mi madre me haga caso.

—Porque los gatos son punto y aparte. Prueba con una chuchería en la barandilla de tu terraza.

—Asesina… —ríe. Y me gusta ver que se descarga, al fin, de tanta tensión con mis bromas—. El caso es que podría haber sido menos perfecto y así, yo no sufriría tanto cuando

termine.

Se me elevan, juntas y sorprendidas, las dos cejas.

—¿He oído bien?

—Esto no funciona, Sofía, Antonio está resentido conmigo por el ingreso de mi madre, tenemos unas broncas terribles cuando antes todo iba como la seda. Me ha llegado a decir que soy mala persona.

—Eso es ahora y es una idiotez, ya verás cómo se le pasa. Tienes perfecto derecho a ordenar tu vida.

—Y él a aceptarme o repudiarme por mis actos, tampoco puedo criticárselo. Noto que ya no me mira igual, es como si hubiese descubierto mi parte oscura y le horripilara. Soy la *horripiximena*.

No estoy dispuesta a permitir que mi amiga se flagele de un modo tan cruel.

—Vamos, que él no tendrá también sus cadáveres en el armario. Todos podemos parecer diabólicos en un momento dado. Mira Alex... —Mierda, ya he vuelto a mi monotema recurrente — ¿quién diría que lleva doble vida?

Ximena me mira con algo que se parece bastante a la compasión.

—¿Quién? Cualquiera.

La miro sin entender, con expresión bobalicona.

—Cualquiera lo diría, cielo. Es de esos tíos pluscuamperfectos que las arroja babeando a las losetas con solo chasquear los dedos, y puede permitirse las excentricidades que le den la gana, hasta montárselo con un harem.

Eso es verdad. Yo, por ejemplo, entre otras, babeo. Me quedo callada y Ximena me toma una mano con ternura.

—Sigues sin verlo, ¿verdad? —asiento—. Haces bien.

Eso me duele. No es lo que quiero escuchar.

—Tú sí lo habrás visto en estas semanas... Supongo. —Trago saliva insegura de querer que responda.

—Sí, claro, hemos coincidido con el grupo.

—¿Iba con ella?

—No siempre.

No siempre, significa algunas veces.

—¿Y cómo es? ¿Es guapa?

Ximena hace amago de acariciarme el pelo. La rehúyo.

—Cielo, no hace falta que te tortures.

—No, en serio, dímelo. Dime que la tal Camila es una muñequita linda con la que no puedo competir, te juro que me sentiré mucho mejor.

Mi nariz crecerá y crecerá por mentirosa. Lo niego, me niego a mí misma, pero no logro olvidarlo. Deseo con desesperación que nuestros tórridos encuentros se repitan, cuanto antes. Y no estoy del todo segura de que solo sea por el sexo.

—Bueno, Camila es... extraña. Atractiva a su modo, pero rara. Es alta, bastante. Y corpulenta.

—¿En serio? No me la imaginaba así.

—Junto a él no desdice, es tan grandote...

Estiro un dedo a modo de advertencia.

—No sigas por ahí, acabarás diciéndome que hacen buena pareja.

—Ella es posesiva, ya sabes, de esas mujeres que agarran a sus chicos de la mano, de la cintura, de la manga de la camisa, del cinturón, de donde sea, y no los sueltan ni para mear. Marcando terreno.

El suyo. No el mío. El de ella. Mi saliva se vuelve amarga.

—¿Y sabes qué? —El tono de Ximena vira de la cautela al entusiasmo frenético— ¡Víctor tiene novia!

—¿Él también?

—Puede que sea un ligue pasajero, pero allí estaban, cogiditos de los dedos, con menos conversación que dos maniquís de escaparate. Otro par raruno a más no poder. No es por fastidiar, pero creo que me he quedado con el único decente de toda la pandilla.

Hago como que la golpeo y ella se ríe.

—Miguel y Raúl también soy muy majos. Y Alex. ¿Qué le pasa a Alex?

—Es el chico a cuyo paso aplauden los chichis. Demasiado guapo, demasiado. Sería imposible que no se lo tuviese creído. Im-po-si-ble.

No quiero tener esta conversación desastrosa. Quiero saber qué tal pinta tiene la dichosa Camila, que no acabo de enterarme.

—Pese a todo, ¿dirías que ella es guapa?

—¡Y dale con lo mismo! A mí no me lo parece. Quizá, dada mi subjetividad y el cariño que te tengo, no sea una opinión por completo justa.

—Déjalo, así está bien. —Me masajeo las sienes de forma compulsiva—. Acabo de decidir que cuanto menos sepa acerca de esa chica, mucho más feliz seré. Me siento sucia y mezquina por colarme en medio de su historia. Yo no soy así.

—Digamos que Alex te abrió la puerta...

—Digamos. Pero soy yo la que decidió entrar.

Observo los despiertos ojos de Ximena parpadear veloces tras sus gafas, y cuando precipitadamente me sugiere que nos vayamos, se levanta y me rodea con su brazo, no puedo evitar perseguir la dirección allá donde se dirige su mirada.

Y entonces lo veo.

Maldita sea, debí quedarme quietecita, incluso marcharme. ¿Por qué no? ¿Qué mal iba a hacerme ahorrarme el berrinche?

Alex no me ha visto aún. Lleva a una chica morena y alta muy pegada al costado. Ella le sonríe continuamente, atrae su atención de modo constante con frases cortas cerca del cuello y sutiles caídas de pestañas. Sobre todo, si él se distrae. Tiene razón Ximena, de Camila no puede decirse que sea un bellezón, pero tiene un halo de dramatismo alrededor, que imanta. A saber a qué se debe, pero como me descuide, yo misma quedaré atrapada en su influencia.

De repente actúo por impulsos. Sin pensar.

—Voy a por dos helados.

Mi voz suena a falsete, y antes de que mi amiga abra la boca para bien o para mal, corro hasta el bar atestado de gente, y me valgo de mis notables armas de mujer para comprar dos cucuruchos de nata ultracremosos. Como caída del cielo, acompañando el balanceo guerrero de mis caderas, la erótica hecha canción: *«Beds are burning»* de *Midnight Oil*, empieza a tronar. ¿No la conocéis? Buscadla y escuchadla, ya me diréis si es o no rock sensual.

Va a ver ese gaznápiro de Alex.

Modifico mi posición lo necesario para quedar a la vista y cuando sé que me ha localizado, evito que nuestras miradas se crucen, pero saco la lengua y lamo el helado del modo

más lujurioso y provocativo posible. Ximena contempla mi actuación con los ojos de par en par y su cucurucho empieza a chorrear en goterones gruesos.

—Cómo te pasas, tía —me espeta.

—Chupa tú también, que se te derrite —ordeno.

Lo estoy pasando en grande. Puedo sentir la atención de Alex centrada en mi persona, su desconcierto, la energía que emana me traspasa. Esa virtuosa sensación me da alas y en menos de cuarenta segundos, tengo a toda la clientela del bar pendiente de mis libidinosos lametones.

Poco me cuesta imaginar, que lo que mi lengua recorre con tanto gusto, es el miembro de Alex que vibra entre mis labios. La música ayuda. Debe de estar poniéndoseme cara de ninfómana disfrutona, porque Ximena, con todo lo liberal que es, me suplica entre susurros que pare. Ni la miro. No solo no me detengo, sino que añado algún gemidito de placer de esos que excitan e incentivan durante el sexo. Prácticamente estoy en trance, lo admito.

Y no salgo de él hasta que el helado se acaba.

Entonces, juguetona, abro los ojos, mordisqueo la galleta y vuelvo unas inocentes pupilas hacia mi amiga. Es para morirse de risa, tiene abierta la boca, y la mano pringada de nata derretida. Apunto con la barbilla a todo ese helado desperdiciado.

—¿Te la chupo?

—Vete a la mierda, Echegaray. Menudo espectáculo pornográfico nos has dado a todos.

Le guiño un ojo.

—¿Y lo bien que lo habéis pasado? No refunfuñes. —Me pongo en pie, feliz y resuelta, echo una miradita de reojo, sin querer, a la mesa ocupada por Alex y Camila. Él me clava unos ojos verdes incrédulos, y a ella se le ha descompuesto la jeta. Bien por mí—. ¿Nos vamos? Y límpiate esas manos. Si no, no te subes en la Martita, que me la pringas.

#ContentaPorOtrasCosas

Hago un resumen mental de todo lo ocurrido hasta la fecha. Mes y pico sin ver a Alex, bueno, sin hablar ni tener nada con él porque verlo, lo vi en los Baños del Carmen, cuando me vengué a lengüetazos.

Vale que hice como que no, pero ya os he contado que era mentira. Vaya si lo sorbí con aquel reojillo...

El caso es que mis sentimientos fueron, en ese instante fabuloso, más de resentimiento, rabia y venganza, aliñados con una pizca de soberbia, que de desolación o desamor. De lo cual deduzco que estoy más que curada de esta terrible enfermedad, y que puedo ser natural y feliz delante de él y de la gaznápira de su novia.

Pero tal cosa no ocurrirá hasta la noche del viernes.

Hoy empiezo a trabajar y pienso entregarme a mis funciones con total devoción durante toda la semana. Escojo un traje de chaqueta y pantalón sastre azul marino con una alegre blusa estampada en rojos, rosas y blancos que se encarga de robarle la seriedad. Martita y una servidora nos dirigimos al centro, bebiéndonos el aire fresco de primeros de septiembre. Siento que la emoción burbujea bajo mi ombligo, esto es el comienzo de mi nuevo curso en la vida.

Cuando entro, solo Helen sale a recibirme. Lleva planchada la lustrosa melena y un lunar que luce a dos dedos del labio inferior, resalta su expresión pícara y divertida. Me da la bienvenida con un abrazo que inmediatamente me hace sentir como en casa.

—¿Té, café? —me ofrece.

—Un té estará bien para empezar, gracias.

—Algo más tarde, Silvia la arrastrará hasta la tienda de los horrores, no se podrá resistir.

—¿La tienda de...?

—De los horrores, el maravilloso Lepanto. Toma allí al menos un café al día, el de por la mañana, rodeada de la más tentadora pastelería. Lo dicho —hace una mueca simpática—, un horror.

Suelto una carcajada que me alivia del pánico que llegó a encogerme.

—¿Y dices que no hay modo humano de librarse de esa visita?

Helen mueve la cabeza de un lado a otro.

—Al menos de momento, no lo han inventado. Es el ritual diario de la jefa. Hasta que no se toma el café de Lepanto, sufre de ansiedad extrema. Le aseguro que lo va a notar.

—Bueno, tengo la ventaja de ser muy flexible. ¿Aún no ha llegado nadie?

Helen abandona su posición tras el moderno mostrador de recepción y encamina sus

pasos al pequeño pero bien surtido office que se encuentra detrás, y que yo conozco de mi primera visita.

—No, usted es la primera. Puede ir a su despacho, le llevaré el té. ¿Con o sin acompañamiento? —añade sacando la cabeza por el hueco de la puerta.

Y yo, que presumo que este despacho con sus rutinas habituales supondrá una dura prueba para mis apetitos golosos, respondo riendo que más solo que la una.

Mi oficina es preciosa, no me canso de decirlo. En la esquina de la mesa con sobre de cristal, he colocado un florero plateado con un ramo de rosas de pitiminí, rojas, artificiales, que no lo parecen. Alegran tanto el ambiente blanco y satinado, que los ojos vuelan hasta ellas en cuanto entras. Una atracción semejante a la que sacude al mundo, cuando los iris verdes de Alex Conde aparecen en escena.

Imposible no quedar enganchado a su magnetismo, seas hombre o mujer.

Me asomo a la ventana mientras espero mi brebaje, y reparo en que no tengo ni un cliente. Corrijo: no tengo ni un cliente, todavía. He repartido un montón de tarjetas por colegios y guarderías, el profesor Martínez dijo que me recomendaría a varios de sus conocidos, y si sumo todo lo que puede llegar con los informes que me anunció Silvia, puede ser que tenga mucho más trabajo del abarcable. Así y todo, de momento los ingresos no me preocupan demasiado, tengo ahorros y seguiré con mi trabajo de profesora, me mantengo en forma gratis y encima cobro.

Un chollo.

—Aquí tiene su té. —Helen pasa sin llamar, con su precioso vestido estampado y una deslumbrante sonrisa de verano—. Carla acaba de llegar y Silvia está al caer.

En efecto, oímos un ruidoso ajetreo de llaves, seguido de un firme taconeo por el pasillo, que se desvanece a la altura de su despacho. Curioso, un rato antes, Carla se ha sentado en su silla sin hacer el menor ruido. No más de cinco minutos después, la melena rubia de Silvia y su cara maquillada a la perfección asoman por la puerta.

—Bienvenida, señorita psicóloga. ¡Qué ganas tenía de ver ocupada esa mesa! Enseguida te traigo los expedientes que quiero que revises. Te adelanto que algunos son urgentes.

La noto aceleradilla...

Y eso hacemos. Examinamos uno a uno los casos judiciales que mi amiga tramita, y decidimos la conveniencia de que vayan o no respaldados por un informe pericial psicológico. Discutimos un poco las decisiones previas de Silvia y descubro la fortaleza de su carácter, no se baja fácilmente del burro, no, pero cedo porque al fin y al cabo son sus clientes y ella sabrá mejor que yo, quién necesita qué.

En un momento dado, controla su reloj de pulsera, dorado y pequeñito. Es un milagro que pueda ver ahí la hora.

—¡Cielos! —aúlla— ¡El café! ¡Vamos, levanta el campamento!

Recoge las carpetas a velocidad de relámpago y en menos de un parpadeo, la veo esperando en la puerta con el bolso colgado al hombro y expresión de impaciencia. Señalo con un dedo discreto el despacho de Carla.

—¿Ella no viene?

Silvia se encoge de hombros, frunce la nariz, pero me deja hacer.

Golpeo suavemente con los nudillos y cuando oigo el «pase», me adelanto con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te vienes a Lepanto a pecar con café y algo más?

Detecto su gesto de sorpresa, su inmediato pestañeo y su intención de volver a lo que

tiene entre manos, que es un bolígrafo y un ciento de papeles.

—No, te lo agradezco, estoy hasta arriba de plazos.

No me ha sonreído en ningún momento. Me rindo. Cierro la puerta con cuidado y me reúno con Silvia.

—¿Nunca bajáis juntas? No puedo creerlo.

—Al principio sí, claro. Pero es tan aburrida que acabé saliendo sin avisarla siquiera. Total, ¿para qué? Éramos dos pasmarotes mudos enfrentados en una mesa. Prefiero leer el periódico sin la molesta sensación de estar ofendiendo a mi acompañante.

—Mujer, sé que a la oficina no se viene a hacer amigos, pero ya que está...

—Carla llegó a ocupar ese despacho por su currículum inmejorable, en serio, por nada más. Puse un anuncio en el Colegio de Abogados y ella está sobradamente preparada, eso jamás lo he discutido, pero no somos amigas. Y si atiendo a sus habilidades sociales... son para morirse.

—Hay personas a las que les cuesta mucho abrirse, la timidez juega muy malas pasadas y hasta te hace parecer antipática cuando lo que estás deseando es que alguien, simplemente, te alargue una mano.

Silvia levanta sus preciosos ojos claros y sonríe con condescendencia. Carecen del matiz intenso de los de su hermano, pero son rasgados y de largas y espesas pestañas.

—Ya salió la psicóloga, estabas tardando. Carla es así, mejor la olvidas, que la ratita vive muy a gusto escondida en su madriguera.

—No me pienso dar por vencida.

El brillo del desafío ilumina sus mejillas.

—No llegarás a ninguna parte. ¿Va una porra?

—Va, no creas que me amilanan las apuestas fuertes.

—Un fin de semana en Tarifa, en algún hotelito moderno. La que pierda paga.

Estira la mano y la estrecho sin dudar. Voy a conseguir que Carla se abra al mundo, como que me llamo Sofía. Es mi reto personal del mes. O del año, si de verdad es tan difícil como la pinta Silvia.

—¿Alguna novedad con lo de André?

Viramos del blanco al negro. La guasa se borra de su cara. Separa la mano y encaja los dientes.

—Sigue empeñado en irse en cuanto lo llamen. Ya ha cumplimentado todo el papeleo y forma, oficialmente, parte de esa agencia tan rimbombante. Te juro que como se vaya me pierde, tienes mi palabra.

—Pero si lo quieres, ¿a qué ser tan extrema?

—Muy sencillo: no va a dejarme aquí tirada mientras él se divierte rodeado de modelos. No pienso engañarme, amiga, en esas condiciones y con tantos kilómetros de distancia, sería prodigioso que se mantuviera fiel, no soy tan necia como para creérmelo.

Ni yo para recordarle que el otro día opinaba justo al revés. Las pasiones de Silvia nadan en remolino y de repente, explotan.

—¿Y qué tal si enfrentas los sucesos tal cual vayan llegando, en vez de martirizarte con suposiciones? Siempre es mejor analizar el presente, y te aseguro que estás malgastando una indecente cantidad de energía que puedes necesitar luego.

Los ojos de Silvia brillan de agradecimiento. Gira sobre su trasero y reclama al camarero dos cruasanes especiales, llevan dentro una gruesa barra de chocolate semiderretido.

—Esto hay que celebrarlo, te necesitaba en mi vida, psicóloga. ¿Dónde has estado todo

este tiempo?

#SombreroDeMexicano

Me empeño en comprar un café para Carla y con la constante risotada de Silvia, que me acusa de hacerle la pelota y jugar sucio de cara a nuestra apuesta, lo subo y vuelvo a adentrarme en los dominios de la fiera, con cara de circunstancias y un dedo tieso que le planto con habilidad delante de las narices, dándole a entender que no pretendo interrumpirla.

—Solo pensé que ya que no puedes bajar, te gustaría tomarlo aquí. Ya me marcho.

No solo lo digo, a continuación, lo hago, y a mi espalda suena un sorprendido y timorato:

—Gracias.

La semana vuela, para mi placer, y ha sido muy productiva. Estamos a viernes y hoy toca salir a divertirse. No tengo miedo, sé que hay muchas probabilidades de que por fin me presenten a Camila de modo oficial, y he ensayado la cara de indiferencia que pienso poner. Eso sí, puede que esté libre de su dañina influencia, pero no de malos pensamientos: les deseo lo peor, a ella la envidio por tenerlo.

Sé que suena horrible, estoy teniendo un ataque de sinceridad, deberíais tenerlo en cuenta y ser un poco agradecidas. En este mundo, la honestidad parece que no se premia, es mejor ser políticamente correcta o hipócrita, y confesar con la boca chica que, ya que no puede ser mío, le deseo a Camila que lo disfrute con salud.

Y una mierda como el sombrero de un mejicano.

Lo que esos dos merecen es que a él se le escurra el trabuco hasta convertirse en una diminuta pistolita inservible (y creedme, la transformación conllevaría trabajo) y que ella lo abandone, insatisfecha y frustrada. Por lo pronto, viendo el mágico efecto que tuvo en Alex el «engullimiento a la erótica» del helado del otro día, pienso ponerme el vestido más atrevido que me cuelgue en el armario, que para eso tengo bronceadas las piernas.

Es azul tinta y muy corto. Escote Halter que se abre a la espalda dejando a la vista mi trabajada musculatura. Me siento sexy y cómoda con él. Recojo mi pelo lacio en una coleta tirante y alta, me maquillo con cuidado. Hoy los labios serán de un magnético e irresistible rojo pasión con un ligero toque de brillo.

Diabólico Alex «el Grande»…, prepárate para sufrir. Llevo puesto el vestido de la venganza.

El viaje a lomos de Martita con una falda tan escasa me da más problemas que alegrías cada vez que me detengo en un semáforo. Ya no tengo veinte años, no disfruto con los piropos lanzados al viento a grito pelado, más bien me avergüenzan y me hacen sentir ridícula.

Soy rara, lo sé, lo tengo más que asumido, en eso radica mi discutible encanto.

Por fin llego a la Plaza de la Constitución, aparco y me sumerjo en la marabunta de gente ávida de diversión nocturna. Entro en el bar y no me cuesta divisar la peña de caras conocidas apelotonadas al fondo. Barro el espacio con mirada ansiosa y allí está, imponente y divino como lo creó la naturaleza, una belleza imperdonable que me golpea rotunda, igual que la primera vez que lo vi.

Ojalá no le hubiese permitido nunca entrar en mi alma, porque hasta ahí es donde ha llegado con un par de encuentros clandestinos, pero tan sobrados de hechizo y pasión, que me ha desquiciado.

Lo sé bien, estoy perdida.

He venido a ponerlo celoso, a convertirme en el instrumento de su tortura, y aquí me veo, recorriendo su metro ochenta y ocho con las piernas temblonas. Un pantalón vaquero desgastado, una camiseta de algodón fino del mismo verde que sus ojos pegada al cuerpo, de modo que los músculos de sus brazos al descubierto se hinchan y deshinchan cuando los mueve. Su pelo oscuro, desenfadado y revuelto por culpa del casco. Su boca, esa boca…

Y a su lado, vestida de inmaculado blanco, la distingo a ella. No cabe duda de que me ha reconocido y su mente asocia de inmediato las ideas «*helado, lengua, zorra impúdica, peligro*». Me hago la sueca aprovechando que lo tengo a él de espaldas, y la tregua me concede una pizca de merecida tranquilidad.

Saludo a todo el mundo. El grupo parece completo: Ximena, Antonio, Silvia, André, Víctor con la novia desconocida que no me presenta, y algo más retirados, el grupo de los impenitentes solteros desesperados por dejar de serlo, Miguel y Raúl.

Da igual. Todo da igual. Soy fuerte y he venido a bailar, a beber y a desmelenarme a lo salvaje.

—Chica, estás hecha un auténtico bombón pastelero —exclama mi Ximena, tan expresiva como de costumbre— ¡Hombres del mundo! ¿Habéis visto qué maravilla?

La muy boba me agarra del brazo y pretende que pivote sobre mí misma. Ni hablar. Me zafo como puedo con una risilla histérica y una mirada de soslayo a Alex, que acaba de girarse a mirar.

¡Dios! ¡Oh, Dios!

Nos miramos y de repente, es como si el mundo se esfumase alrededor o nos tragara un agujero negro. Solo a los dos. ¿A dónde ha ido a parar mi fortaleza? Esto que siento es tan intenso que me asusto.

—¿Alguna vez has pensado en ser modelo? —oigo que pregunta André. Silvia lo obsequia una miradita atravesada.

A duras penas contengo la risa floja.

—Por favor, André, tengo casi treinta años, ¿adónde voy?

—Se trabaja con cuerpos estupendos, no con edades. Y tú lo tienes, y una cara preciosa, mejorando lo presente.

Veo que se apura en hacerle una carantoña a su chica para que no se enfade. Qué poco conoce a Silvia, ella no es tan infantil ni por asomo.

¿Verdad que no?

—Para qué vamos a engañarnos, las grandes agencias seleccionan niñas de trece años, debería estar prohibido. Y disculpa —me adelanto a su réplica—, entiendo que es tu profesión y conocerás mil excusas que lo justifiquen.

André adopta un aire profundamente profesional. Silvia lo mira arrobada.

—Está claro que una piel de dieciocho años no da igual ante una cámara que una de treinta, eso es innegable, pero tu piel es perfecta.

—¿Y para qué diablos tanto sacrificio y tanta exigencia si luego las *photoshopea*n hasta dejarlas irreconocibles? —irrumpe Ximena con mucho sentido—. Vamos a hincharnos de cerveza y que le den al mundo de la farándula, que son todas unas anoréxicas infelices.

Silvia le propina la madre de todos los codazos justo en las costillas, y la manda callar. Xime se repliega y protesta, sin entender demasiado de qué va la historia. Alex y Camila se acercan al grupo y yo, de inmediato, me echo a sudar.

Mente fría, Sofi, mente fría.

—Creo que eres la única que no conoce a Camila —deja caer tras saludarme con dos besos en las mejillas, tan corteses como precipitados. La verdad, demasiado, teniendo en cuenta los revolcones de campeonato con los que nos hemos homenajeado—. Camila, Sofía.

No me da tiempo a vomitarle encima. La aludida se me abalanza con una euforia fuera de lugar. Me abraza como si fuese esa prima querida a la que hace años que no ve. Me aturullan bastante sus besos sonoros y sus exageradas demostraciones de afecto.

—Ya tenía muchas ganas de conocerte... despierta. En la fiesta de Alex... Bueno, estabas algo perjudicada —suelta una risilla contenida—. Entré a llevarte un vaso de leche, pero dormías.

¿Leche? Zorra mentirosa...

—Es cierto lo de tus ojos, son increíbles, chica, ¿psicóloga?

¿Quién demonios le ha mencionado mis ojos y por qué?

—Sí, psicóloga recién doctorada. Una pardilla integral, en resumen.

Mi tonta broma consigue que todos menos ella, se rían. Su estirada sonrisa se congela y me revela lo falso de su recibimiento. Esta tía me odia desde lo más profundo de su alma, aunque está tratando de disimular. ¿Por cuánto tiempo será capaz de mantener esa fachada de piedra?

Se reparten las cervezas. Alguien, no sé exactamente quién, se ha encargado de pedir. Una especie de loco frenesí se apodera de todos.

¡Bebamos hasta desfallecer! Vamos a ser hoy un poquito irresponsables.

#MasoquismoDelGüeno

Al inclinarnos sobre la barra para alcanzar cada cual su caña, Alex y yo coincidimos demasiado cerca. Dos brazos que se rozan, dos caras que quedan más próximas de lo conveniente, una tensa sonrisa acompañando una torpe marcha atrás, y un dardo envenenado que me envía Camila a través del aire turbio.

—Coge, cógela tú primero —me dice Alex cediéndome caballerosamente terreno.

—No, da igual, para ti, no tengo prisa.

Ximena se desespera. Trinca dos jarras del mostrador y olvidándose por completo de la presencia de Camila, nos entrega una cerveza a cada uno.

—Acabad ya, leñe, o estarán calentorras antes de que brindemos.

Pero claro, la destinada a Alex acaba en manos de esa chica morena de mirada siniestra, que alto y bien deletreado, responde:

—Gracias, amor.

Brindo como un autómata por no sé qué y a continuación, Camila despliega una vertiginosa estrategia de acoso y derribo que lleva mi nombre. Cada cosa que hace o dice, me la dedica. En realidad, está más pendiente de mí que de su novio. Veo que la batalla se presenta cruda, esta es del tipo obsesivo y le ha dado por mí.

Pero será solo si yo se lo permito.

Me deslizo fuera de su alcance hasta el extremo opuesto de la barra, donde los chicos desemparejados hablan de sus cosas, decidida a integrarme de la mejor forma y de paso, coquetear una pizca. Para mi desgracia, su animada conversación se corta de cuajo en cuanto aparezco. Arqueo las cejas entre perpleja y molesta.

—¿Hablabais de algo perverso y prohibido? —bromeo para que se relajen—. Vamos, soy psicóloga, puedo oír todo tipo de espantos.

Raúl me mira dubitativo.

—No sé qué decirte, las mujeres soléis ser bastante corporativistas. —Esboza una simpática media sonrisa que evita que me sienta excluida.

—¿Criticáis a las mujeres en general, o a alguna en particular?

Con un aliciente de complicidad, el mentón de Miguel apunta hacia Camila.

—Alex ha tenido mala suerte —afirma críptico.

Un miserable gozo me inunda el vientre. No soy yo, son los celos.

—¿Tan complicada es? Todos decís lo mismo y me consta que a él lo apreciáis.

—Es una celópata anoréxica y desequilibrada.

Exanoréxica. Ahora comprendo las cautelas de Silvia frenando los comentarios de Ximena.

—Un buen paquete para tratamiento anual —intento limarle hierro al asunto.

Todos a estas alturas, sospechan más o menos de mi atracción por Alex, no se creerán que me resulte sencillo congraciarme con la que se pavonea siendo su novia, pero tampoco quiero dar la impresión de que disfruto con su despelleje. Aunque así sea.

—Para más de un año, te lo aseguro —rumia Miguel entre dientes.

—La debe de chupar como los ángeles —aporta Raúl con tono libidinoso. Miguel simula darle un puñetazo a la altura del hombro.

—No seas bestia que hay damas delante.

—De eso es de lo que estabais hablando cuando llegué, ¿verdad? —Todas las piezas encajan—. Me pregunto por qué los hombres, por costumbre, achacáis el enganche con una mujer a sus talentos sexuales.

—Porque a la vista está que de los otros escasea —sentencia Miguel rotundo— y Alex lleva enganchado... a saber el tiempo. Lo retoman, lo dejan, vuelven a empezar, se aman, se odian, pero siempre pelean... Está como trastornado.

—Cambiemos de conversación, que pueden oírnos, ella no nos quita ojo —sugiere Raúl.

Mierda, ahora que esto empieza a ponerse interesante, no tengo otra que mostrarme de acuerdo.

—Espero que no empecéis a hablar de fútbol, que me las piro —los intimido entrecerrando los párpados.

Miro más allá y el panorama se me antoja desolador. Todo son parejitas haciéndose arrumacos: Ximena y Antonio parecen haber hecho las paces. Silvia y André, que por más que ella lo niegue se derrite por su modelo, de otro modo no habría puesto el grito en el cielo con lo de América, y Camila.

Enroscada como una serpiente alrededor del cuello de Alex, besuqueándolo con lengua y sin pudor, en mitad de la cervecería. No se corta un pelo, claro, porque de sus caricias hace la peor provocación dirigida a mi persona. Pretende humillarme exhibiendo esa especie de «posesión absoluta» sobre alguien que, dado su lenguaje no verbal, simplemente se deja querer sin disfrutar demasiado. Pero se deja. Y eso es jugar sucio, porque yo estoy delante y es, fuera de toda duda, un golpe bajo en el estómago. Vomitivo y desagradable. No sé si me lo merezco.

De repente me siento pequeñita con todo este derroche de amor y corazones rosa alrededor. Me pregunto qué hago yo entre esta gente, que sí, me caen bien, por descontado, son mis amigos, Ximena mucho más que eso, pero están todos enamorados y gozan de la suerte de tener pegado al costado al objeto de sus deseos. Yo por contra, lo tengo frente a mis narices, restregándose con una lagarta a la que me agradaría arrancar de raíz los pelos.

Qué ridícula soy a veces: creerme curada de su hechizo, de la magnética atracción que provoca. Estoy tan en sus redes como tras la primera noche. Tan sedienta de él, de sus besos, de su tacto, como sea capaz de imaginar. Quiero que Camila se desvanezca como un mal sueño y ocupar su lugar. Ser yo la que acaricie su boca, la que lo abrace, la cintura que él rodea casi por casualidad...

Tratando de olvidar, ya me he bebido cuatro copas de vino.

Basta.

Me refugio en el baño antes de que sea demasiado tarde y mi sentido del honor se

derrumbe a la vista de todos. Dirijo mis pasos tambaleantes hacia los aseos, repitiendo mi mantra mental en plan «poseída»: no estoy celosa, puedo superarlo, no estoy celosa.

Me cago en la mar, qué mal me encuentro.

Miro mis ojeras en el espejo, de pronto triste y decepcionada. Va a ser una dura prueba olvidar a Alex, trabajando con su hermana. Todo se alía para que lo que en un principio me pareció una oportunidad fabulosa, ahora aceche como una trampa mortal. No puedo verlo, no puedo tener contacto con este hombre adictivo, y está claro que no bastan un par de meses. Parece mentira que lo que tanto me martiriza, sea también lo que más me ha hecho disfrutar en la vida. Esta lucha absurda que mantengo conmigo misma, me está dejando sin energía.

Recojo una lágrima revoltosa con la punta del dedo, cuando la puerta se abre bruscamente, y un desencajado Alex se me echa encima. Me retiro del paso y de su radio de influencia.

—¿Qué haces aquí dentro?

—Buscarte.

Y lo dice rugiendo ansioso, enfadado y sexy. Dios me valga, *muuuy* sexy.

—Es el aseo de chicas. —Menuda estupidez, seguro que ya se ha dado cuenta—, van a echarte.

—Sofía —hace ademán de atrapar mi brazo, no se lo permito, me escurro, me cuelo de una zancada en el aseo de minusválidos y le cierro la puerta en las narices.

Para mi total pasmo, la golpea con el puño y repite mi nombre a gritos. Me siento encogida en el váter cerrado y aprieto mis orejas con las manos para no oírlo. Mi nombre en sus labios es venenoso y letal.

—¡Sofía...! Abre la puerta de una jodida vez, tenemos que hablar.

Me trago las lágrimas para evitar que salten.

—¡Lárgate! ¡Como entre Camila y te pille aporreando...!

—¡Me importa un cuerno quién me pille y cómo! ¡Si no abres la puerta, te juro que la echo abajo y te saco a rastras!

—¡No me amenaces! —le grito indignada.

#AGritoPelado

Esto es como Gran Hermano, pasados los cinco primeros días, te olvidas de las cámaras y andas tan metido en tu drama personal que pasas de que te estén viendo o escuchando.

La necesidad de exponer las emociones y expresarnos, supera a la prudencia. Sabemos que cualquiera podría entrar y oírnos, pero nos da igual. Sí, a mí también.

—¡Pues madura y deja de comportarte como una cría encerrada en el baño! ¡Sofía!

Su última llamada no es una orden, es más bien un ruego que me lleva a flaquear, ceder y franquearle el paso. Cuando ocupa con su enorme estatura el cubículo minino, se parapeta con la puerta ya cerrada a su espalda y los ojos verdes brillando de hambre por mí, es cuando sé que estoy jodida.

La que da primero da dos veces. Ataco antes de que se ponga tierno y me arrastre al abismo.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Cuándo ibas a contarme que Camila existe y es tu novia? —Me escuecen tanto los ojos que casi no llego a verlo. Su imagen se desdibuja y se vuelve a dibujar ante mis doloridas pupilas.

—No es mi novia —afirma con gravedad.

—Ah, ¿no? Pues para no serlo, se comporta como si te hubiese comprado.

—Siento no haber sido del todo sincero —replica.

Pero en lugar de bajar avergonzado la cabeza, lo reconoce muy digno, con el mentón bien alto, desafiándome con sus ojos que centellean.

—¿Del todo sincero? —imito su tono, burlona— Alex, ¡no la mencionaste siquiera! Yo sabía que existía, pero solo porque os oí discutir la noche de la fiesta en tu casa. —No es justo, yo estoy aquí sentada como una mema en el váter y él ahí, comiéndome el terreno y el arrojo—. Lo que pasa, es que dado mi estado penoso de aquella noche y que tú actuabas como si ella no existiese, llegué a dudar de si había sufrido una alucinación con nombre de mujer, pero no, por lo visto está viva, coleando y dando bien por el culo. —Ahora consigo trasladarle mi rencor en una mirada desesperada—. Y aún tienes la desfachatez de pasar la noche conmigo.

—Sofía, cuando estuvimos juntos había sacado a Camila de mi vida.

—¡Vaya! ¡Qué previsor! ¿Y cómo es que ha vuelto a entrar?

—Se presentó por sorpresa en el funeral, me pilló destrozado, fuera de juego... —Se pasa nervioso los dedos por entre el pelo. Ah, parece que el fiero león titubea—. No sé cómo ocurrió, fui un completo gilipollas, lo sé, pero...

—Pero era tan fácil dejarse llevar, ¿verdad? —adivino con amargura.

Él asiente con desgana. Yo borro las lágrimas que resbalan por encima de mis pómulos con el puño apretado, y toda la rabia que puedo encerrar en ellos.

—Ella siempre está ahí, siempre. Y conoce mis puntos flacos como la palma de su mano.

Está roto. Por un instante la envidio. Su cercanía, la información privilegiada de que dispone, a mí se me niega. Al segundo que sigue a mi momento de reflexión, Alex me ha cogido la mano y tira de mí hacia su cuerpo.

—Ven. —Ocupa mi lugar en el inodoro cerrado y me sienta en su regazo, amoroso y atento. Sus largas piernas apenas caben en el aseo, sus dedos se pasean por mi coleta, se enredan en los mechones.

Y mi corazón se desboca.

—No ha habido un solo minuto que no haya pensado en ti. Y en el recuerdo de ese puto helado en los Baños del Carmen... —Busca mis labios con los suyos.

Alex, el chico duro que con solo mirarme incendia mis bragas, sale con otra.

O está atrapado en una relación sin sentido, para mí es lo mismo, porque la causa no modifica el resultado: no es libre para amarme y eso me destroza el alma. Debería ser sensata, desembarazarme de su abrazo y salir corriendo para salvar mi cordura, en lugar de permanecer anclada a su entrepierna que noto crecer, acunada entre sus brazos, por completo domesticada por su lengua que se abre paso entre mis dientes y me explora.

Un estallido de hormigas traviesas corretea por mi estómago, arriba y abajo, igual que su boca me saborea y me sella con su marca.

Mientras lo hace, su mano viaja hasta mi mejilla y la acaricia con el revés de los dedos, arrancándome un estremecimiento que me recorre, violento, de pies a cabeza. Mi cerebro es un hervidero de sensaciones encontradas chocando unas con otras. Va a desencadenarse una catástrofe. Lo sé, lo presiento. Apoyo las manos en su pecho, percibo su dureza, y la forma de abanico de sus pectorales bajo la ligera prenda que viste, dispara mi lujuria.

Así y todo, logro apartarlo de mí. Mis labios acusan la distancia al nanosegundo.

—¡Joder! ¿Por qué? ¿Por qué tienes que tener un pasado tan cercano que es más bien presente? —reclamo lastimera.

—Lo solventaré, nena, te lo juro —promete áspero y ronco.

Adivino su intención: va a devorarme de nuevo, no puedo permitirlo o no llegaré a echarle en cara todo lo que guardo dentro. Tengo derecho.

—¡No es cuestión de solventarlo! Te has metido en mi vida cuando no tenías libertad para hacerlo, ¿por qué? Yo era feliz sin ti, estaba en uno de esos momentos estúpidos en que una se restriega las manos y grita: ¡Es jodidamente genial estar soltera! Recién empezaba a disfrutarlo. Tuviste que aparecer sonriendo, y decirme «*hola, aquí estoy, dispuesto a arruinarte la vida*».

Atrapa mi cara con ambas manos, aprieta, me obliga a mirarlo.

—Dispuesto a arruinarte los próximos cincuenta años —afirma tan tranquilo.

—No digas tonterías. —Trato de girar el cuello, de liberarme, pero su fuerza es mayor y no le cuesta impedirlo.

—No eres un capricho, Sofía, no lo eres. Sé que necesitarás que te lo demuestre y aún no sé cómo, pero encontraré el modo de que confíes en mí.

#PromesasPromesasPromesas

¡Jesús! Oigo esas promesas desgranadas con voz de oscuro terciopelo y me derrito como un Magnun en Dubai.

Ya me tiene. Entera y entregada, como posiblemente quería.

Ha ganado y lo peor es que no pienso luchar. Me gusta demasiado, me enloquece el modo en que me siento cuando me sostiene pegada a él.

Corrige mi postura, me pone de pie frente a frente, y sus manos sedientas recorren mis piernas desnudas desde los tobillos al nacimiento de mi vestido. Su frente se apoya en mi pubis y tiene los ojos cerrados. Es un momento ráfaga que se transforma en algo sublime, intenso, íntimo y definitivo. Sus dedos giran hacia el interior de mis muslos buscando espacio y se cuelan por debajo de la tela para regresar a los laterales.

Su actitud conlleva una cierta rendición que me grita el poder que posiblemente tengo, aún sin ser consciente, sobre él. Por eso levanto las manos y las entierro en su pelo espeso y sedoso. El aroma asciende e invade mi nariz, mi cerebro, mis sentidos. Quiero besarlo de nuevo, pero estoy aquí de pie, presintiendo el próximo movimiento de sus juguetonas manos, que se deslizan hasta mis caderas y ciñen la cinturilla de mis diminutas bragas.

—Alex —musito sin atreverme a alzar la voz.

—*Shhh*. —Él permanece hundido en mi vientre, inmóvil. Y solo cuando tira de mi ropa interior hacia el suelo liberando mi sexo húmedo, sube un poco la cabeza y besa mi cadera por encima del vestido.

La sensación es arrolladora. Me indica con un suave golpecito que levante un pie, luego el otro, y las bragas que ya están en el suelo, vuelan encerradas en su mano hasta su nariz. Inspira, las besa y me dedica un guiño canalla enloquecedor.

—Mi trofeo.

El muy cabrón se las mete en el bolsillo. Intento decirle que no puede pretender dejarme sin ropa interior vistiendo un traje tan corto, pero me atraganto con mi propia saliva. Todo es tan erótico, esas manos de nuevo en movimiento, serpenteando en torno a mis muslos, empapando mi vagina excitada.

Apenas puedo creer que esté prestándome a este irreverente momento, cuando apenas un par de puertas y un biombo de madera nos separa de la masa bulliciosa y... de ella.

En los baños, los altavoces disponen de música propia, una especie de *chill-out*

insinuante que me envuelve y favorece el ambiente sensual, aunque no creo que fuera ese exactamente el objetivo cuando los instalaron. Levanto la cara al techo y me permito cerrar los párpados para concentrarme en la exquisita sensación de ese tacto que cosquillea recorriendo mi piel.

—Alex, no...

—Desde que te he visto entrar con este vestido —me susurra tan bajito que casi no le entiendo—, tus piernas, tu cuerpo entero, me han hecho perder la razón.

No puede esperar decirme esas cosas y que me quede tan tranquila. Mis sentidos alerta notan que el vestido sube y se repliega sobre la cintura, que las manos de Alex se posicionan contra mis glúteos para empujarme delicadamente hacia su boca entreabierta, que entra en contacto con mi pubis.

—Adoro mirarte. Separa las piernas —me indica.

Suspiro, pero obedezco.

¡Dios! Estoy disfrutando como nunca el peligro de lo prohibido. Los aseos están vacíos y en completo silencio, sin embargo, cualquiera podría, en cualquier momento, entrar rompiendo la telaraña de intimidad fingida. No estamos a la vista, solo nosotros sabríamos lo que está sucediendo tras esta puerta cerrada, pero esa fantasía es suficiente para disparar mi libido a la estratosfera.

Separo las piernas y me adoso a su boca con una ansiedad que no me molesto en disimular. Separa mis labios, se centra en la vulva. El aliento caliente en torno a mi sexo depilado está volviéndome loca. Levanto una pierna y apoyo el pie en su rodilla. Le cedo por completo el acceso. La lengua de Alex es habilidosa, experta en caricias húmedas capaces de transportarte al séptimo cielo al primer lametazo.

Y eso es lo que ocurre.

Me convulsiono entera, me tambaleo, debo sujetarme a sus hombros para no caer. Nos encajamos más y mejor, me chupa, succiona, mordisquea. El clítoris reacciona con una brutal erección que parece contentarlo. Se me escapa un gemido y en respuesta, acelera, su boca se hace más exigente. Estoy a punto de perder el conocimiento.

—Ven, baja —me instruye con un hilo de voz.

Desciendo del limbo, abro los ojos de nuevo, y allí lo tengo, su delicioso miembro hinchado clamando atención. Se ha desabrochado la cremallera y el botón del pantalón, solo lo justo para no resultar cómico, todo lo contrario, es sumamente erótico, presiento que no voy a poder negarme.

Por encima de mi propia voluntad, ilusa de mí, lo intento.

—No podemos... aquí... no podemos —tartamudeo.

—Sí podemos —insiste—, claro que podemos.

Lo envuelve en un preservativo y con la presión de sus dedos actuando sobre mis caderas, dirige el modo como debo moverme. Lentamente me coloco en posición y mi sexo se abre para él de forma natural. Noto cómo entra y me empala hasta el fondo. No existe otro lugar de la tierra en el que quisiera encontrarme ahora que no sea aquí, a horcajadas sobre su regazo, con su polla acariciando sedosa mis entrañas, mis brazos rodeando su cuello, los suyos mi cintura, mis dedos dibujando letras sobre su nuca.

Me levanta con suavidad y me deja caer. Estamos tan perfectamente acoplados y la excitación es tan intensa que solo necesitaría un par de giros de cadera para explotar como un fuego de pirotecnia. Ya no respiramos, lo nuestro es un jadeo contenido que anticipa el placer

que está por llegar.

Esa fina capa de sudor que apenas me refresca...

—No puedo, Alex, no puedo más...

—Aguanta, nena, aguanta un poco, solo un poco...

En ese momento sublime, nos arrolla el ruidoso exterior: alguien ha abierto la puerta y no precisamente con sutileza. Amarramos el aliento, petrificados y atentos a los movimientos que se suceden en el baño, los pasos apresurados que barren el espacio, mientras nuestros sexos hambrientos palpitan por un clímax que no quiere esperar.

#EstamosEnPeligro

—¿Sofía? ¿Sofía?

¡Es Camila!

¡Joder! ¿Cuánto tiempo llevamos aquí amándonos?

Hemos perdido por completo la noción de lo que nos rodea. Dirijo a Alex unos ojos desesperados y él, despacio, se lleva un dedo a los labios fruncidos y me aconseja silencio. No quiero morderme la lengua, lo que quiero es agitar mi pelvis, quiero que este orgasmo brutal explote y quiero gritar su nombre cuando eso ocurra.

En lugar de ello, encarcelo mi excitación, trago saliva y noto la temperatura dispararse.

Los pasos se alejan, el ruido del establecimiento vuelve a inundar los aseos por unos segundos y a continuación, se oye un portazo. Con una sonrisa gamberra casi maléfica, Alex regresa a la carga con la danza interrumpida, que lleva y trae mis nalgas hasta sus muslos.

Se lo doy todo. Todo y mucho más. Atiendo a su reclamo desesperado, a su impaciencia expresada con jadeos. Y no hace falta casi nada para correrno s a lo salvaje, dejando caer yo la cabeza hacia atrás, apretando él los dientes. Lo que dura la demoledora explosión, le clavo las uñas en los hombros y me sujeto fuerte para no marearme. La boca de Alex aparece, impositora, y me roba el último aliento de entre los labios.

Mi orgasmo muere sobre su lengua en forma de delicado suspiro.

—Estamos locos —río, enfrentando por primera vez su mirada sin ningún reparo.

—Bendita locura —conviene él frotando la punta de su nariz con la mía.

Nos permitimos unos segundos de relajación aún vinculados por la carne, exhaustos y dichosos, fantaseando con que somos libres para querernos con total desenfreno. No es así, por descontado, pero es un regalo que nos hacemos antes de planear cómo salir airosos de este tremendo lío.

Me levanto con mimo, su pene continúa semierguido como si no acabase de estallar hace un minuto y producido semen como para inundar el condón. Se lo retira con cuidado y lo envuelve con papel higiénico. En tanto se coloca el pantalón, yo sufro mi primer ataque de histeria.

—¿Ahora qué?

Parece muy tranquilo. ¿Es que sus nervios de acero no se alteran con nada, o es simple caradura?

—Ahora nada. Camila no está segura de haberte visto entrar en los aseos, estaba de espaldas, para ella, simplemente desapareciste. En cuanto a mí, escapé aprovechando que salió a la calle con el móvil, la llamó su madre. —Pinza mi barbilla con el pulgar y el índice y calla mis protestas con un beso impetuoso—. No te preocupes, yo he estado en el baño, tú no.

—¿Tanto rato? —Reviso el estado de mis mejillas arreboladas.

—Eso es lo de menos.

—Esto no me gusta, no me hace sentir precisamente bien.

Sé que me entiende, lo leo en sus ojos de increíble verde que se ensombrecen en un pestañeo.

—Voy a solventarlo, te he dado mi palabra de que lo haré. Esto no es justo para ninguno de nosotros, pero lo que quiero es estar contigo. —Vuelve a acercarse demasiado, atrapa mi barbilla—. Cada día, cada noche, cada segundo de cada minuto de cada hora...

Nos enzarzamos en una nueva y virulenta batalla boca a boca que ninguno quiere perder. Alex literalmente me engulle, y yo me pierdo en sus besos maestros.

Cuando nos separamos, con un cierto sentimiento de renuncia que nos apaga, me hace una seña simpática para que espere, y se prepara para salir. Hemos acordado que se llevará a Camila lejos de allí y clarificará las cosas.

Así es como me quedo sola, satisfecha y bien follada, dentro de un aseo, aislada del mundo exterior.

Aguardo más de lo previsto para asegurarme de que cuando me reúna con el grupo, mi conciencia no tendrá que enfrentarse a la mirada inquisitiva de Camila. Deseo con todo mi corazón que tanto Alex como ella se encuentren a kilómetros de distancia del local, del centro, y a poder ser, de la provincia de Málaga. Trago un nudo inesperadamente amargo, estiro al máximo la falda de mi vestido, consciente de que el encaje que llevaba debajo ahora duerme el sueño de los justos en el bolsillo de Alex, y salgo a enfrentarme con mi vergüenza.

Alguien ha tenido que fijarse en dónde íbamos, alguno será muy mal pensado y acertará.

Me palpo las mejillas ardientes con la punta de los dedos, estoy ruborizada hasta las cejas, lo sé, me temo que resplandezco cual bombilla de cien vatios. Pero para lo que no estoy preparada es para los ojos acusadores de Camila que me salen fieros al encuentro, nada más verme despuntar.

—¿Dónde has estado metida? —ruge.

Y tú, ¿por qué demonios estás tú aquí todavía?

Impido que mi mirada se cruce con la de Alex, porque un gesto de complicidad así nos delataría. Bien, genial, por el motivo que sea, no ha cumplido con su parte del plan ni la ha retirado de la circulación. Ahora yo, que querría asesinarlo con un vistazo como el disparo de un cañón, tengo que contenerlo, porque todos comprenderían mi mensaje mudo. Compongo una sonrisa hipócrita y hasta me muestro sorprendida.

—¿Yo? Estaba ahí detrás, saludando a una amiga.

—Pensé que estabas en el baño. Tardabas tanto que creí que te encontrabas mal otra vez —deja caer con sibilina malicia.

«Sí, aciertas, me siento mal, miserable, rastrera y otro ciento de cosas igualmente terribles, pero prefiero callármelas, porque me han pagado de maravilla».

—No, no he pasado por el baño —repito lentamente—. Una amiga a la que hacía siglos que no veía.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Perdona?

No soporto su entrometimiento, ni el modo atravesado en que me mira. Reparo en lo

rojos e hinchados que debo tener los labios, amén del carmín desaparecido y me muerdo el inferior en un vano intento por esconder las pruebas del delito que me incriminan.

Ximena atiende en silencio.

Cuando estoy a punto de mandarla a la mierda porque sigue insistiendo, Alex la agarra por un brazo con escasa diplomacia y tira de ella. El pliegue que anuda sus cejas es prueba evidente de su mal humor.

—Ya está bien de preguntar lo que no te incumbe, la estás atosigando.

—Pero...

—Nos marchamos —resuelve firme. Gira hacia el resto, que nos observa con cara de póker, y arroja un billete de cincuenta sobre el mostrador—. Tenemos que irnos, chicos, invito a la próxima ronda, brindad por nosotros.

Hasta ese «*nosotros*» se me clava en el pecho y me desangra.

—Pero yo no quiero... —Camila todavía se opone.

Alex no le hace el menor caso, la arrastra hacia la puerta abriendo camino entre el océano de personas que ríen y beben, y no se vuelve a mirarme ni una sola vez.

A los quince minutos de perderlo de vista, toda la diversión de la noche del viernes se esfuma para mí. No tiene mucho sentido seguir fingiendo felicidad cuando lo que en realidad quiero, es una larga ducha que lave mis remordimientos, y abrazarme fuerte a la almohada para rememorar cada microsegundo de lo vivido ahí dentro.

Es curioso, lo que me hace sentirme sucia, al mismo tiempo, me hace levitar.

#HuracanesEmocionales

Alex

Conduzco hasta casa de Camila a velocidad endiablada. Estoy pagando la frustración y la rabia con la maneta del acelerador. Cuando me detengo frente al portal, desconecto el motor, activo la patilla, estiro las piernas hasta el suelo y dejo que la máquina, suavemente, se venza hacia la izquierda. Me libero del casco y como adivino que Camila no tiene la menor intención de moverse, abandono el sillón y desde mi posición de firmes en la acera, la presiono.

—¿No piensas bajarte?

—Yo no quería venirme. ¿Para qué hemos tenido que volver tan pronto? Es viernes, tocaba divertirse.

—Me temo que esto es lo que hay —sentencio pragmático.

—¿Qué pasa? ¿No soy lo suficientemente buena para tus amiguitos? —Cruza airada una pierna por encima de la motocicleta, se pone en pie y de un tirón se arranca el casco. Oh, ya está, aquí la tenemos, Camila histérica en estado puro— ¿Te crees que no me he dado cuenta de cómo me miran?

Suspiro hondo. Voy a necesitar dosis ingentes de paciencia para superar esto.

—¿Y cómo se supone que te miran?

—Con odio, como si fuese una paria o un bicho raro.

—¿No te planteas que a estas alturas ya han sido testigos de demasiadas pataletas y se cuestionan si estoy en mis cabales?

—¿Por qué? ¿Por aguantarme? —Da un paso adelante y clava su nariz en mi barbilla. La ira escapa por sus poros, a punto de explosionar—. Supongo que estarías mejor con la mema de... ¿cómo cojones se llama? Ah, sí, Sofía, estarías mejor con ella, que tiene la culpa de todo.

No pienso contestar, como tampoco pienso permitir que ofenda a mi princesa. No le voy a dar cuerda en esa dirección a su enfado, la conozco bien.

En un par de segundos se viene abajo. Rodea ansiosa mi cuello con sus brazos y busca en vano mi boca.

—No peleemos, amor. ¿Subes a casa? Todavía podemos arreglarlo.

Tratando de no ser brusco, me deshago de su abrazo.

—Me temo que no, Camila, me temo que esto ha terminado. Aquí y ahora.

Sus ojos se abren desmesurados como si de verdad, mi decisión la pillase desprevenida. Jamás dejarán de asombrarme los violentos cambios en su estado de ánimo.

—¿Vas a dejarme? ¿Es eso? ¿Estás dejándome? —recalca.

—Ya hace que te dejé. No puedo más, discutimos a diario.

—¿Quién no tiene problemas de comunicación? —expone como si fuese lo más natural sobre la faz del planeta.

—No se trata solo de eso, por amor de Dios, me montas una escena con solo que sonría a la cajera del supermercado, controlas el cuentakilómetros de mi moto, los mensajes de mi móvil, de verdad, Camila, no lo soporto y lo sabes.

Sus pupilas se dilatan aterrorizadas y sus dedos se enganchan ávidos al cuello de mi camiseta. Tira hasta clavarme las costuras en la carne.

—¡Cambiaré, cambiaré, te lo juro! —gime.

La expresión de su cara ha vuelto a cambiar, de la incredulidad al pánico.

Hasta de su locura me siento responsable.

—¿Cuántas veces me has prometido lo mismo? —digo cansado. Sus manos buscan mi pecho. Me aparto antes de que sea demasiado tarde—. No puedes cambiar, Camila, no puedes porque simplemente eres así, celosa y obsesa del control.

—¡Porque no quiero perderte! —chilla con los ojos enrojecidos y mojados— ¡Y ya ves que no me equivoco!

—No te equivocas esta noche, pero te equivocabas todas las anteriores veces que discutimos por nada hasta agotarnos.

—¡Es Sofía! ¡Es esa zorra hija de...!

—¡No es nadie! ¡Eres tú! ¡Somos los dos juntos! Saco lo peor de mí en esta relación intoxicada que no quiero prolongar.

Oigo un sollozo lastimero que me parte en dos el corazón.

—Alex, por favor...

—No, no quiero —repito como un mantra.

Ya no la miro a ella, miro la punta de mis zapatos, no veo nada, alrededor todo es borroso. Por eso, cuando con toda su fuerza arroja el casco contra la acera, el estampido me toma por sorpresa.

—¡Vete a la mierda! ¡Es mejor así, no me mereces! No eres más que un tío con un bonito cascarón, vacío por dentro, lleno de complejos y de ángulos oscuros.

No le respondo porque despegar los labios implicaría encender la mecha y acercarla más a la montaña de dinamita. Las ardientes pupilas de Camila me atraviesan con resentimiento.

—A ver cuánto te aguanta... quien sea.

Escapa hasta su portal y cierra con un portazo que hace tiritar la puerta; a mí me queda la energía indispensable para agacharme y recoger del suelo el casco agrietado. Me siento físicamente exhausto, pero mis sentidos se han liberado, y los ojos de plata de Sofía invaden mi recuerdo.

Busco un contenedor y me deshago del casco de Camila, ingenuo por sentirme libre.

Esta vez, ¿por cuánto tiempo?

#DeNuevoSola

Sofía

Matar la noche del viernes y todo el día del sábado esperando oír caer la lluvia con nombre de Alex, está acabando conmigo. Chequeo una y otra vez los relojes por si se han descacharrado, consciente de que la posibilidad de que se fastidien a la vez todos los que tengo en casa, resulta remota.

A las cinco de la mañana del sábado, por cierto, no he salido, estoy sentada sobre la encimera de mi cocina sorbiendo una tila, a ver si de una puñetera vez concilio el sueño.

¿No anhelaba emociones en mi vida? Ahí las tienes, Sofía, todas a mogollón para que te hinches. Nada mejor para ponerte patas arriba, que enamorarte de un tipo indeciso, guapo de morirse, pero voluble, que antes de dedicarte un minuto libre, debe cortar con la neurótica de su novia.

Me retuerzo las manos, ojalá pudiese cambiar todo lo que ha pasado, borrar de mi memoria emocional lo ya sentido, porque me va encadenando a una expectativa difusa, apenas dibujada en la realidad. No ha llamado, no ha venido, ni siquiera sé si finalmente la mandó o no a paseo. Puede que en tanto yo me consumo de angustia, ellos estén follando en el sofá.

¡Cómo me gustaría ahora mismo ser Ximena y disponer de un arsenal de ofertas de trabajo en Madrid o en el Himalaya! Poner tierra de por medio.

Hablando de Ximena... Llamó por teléfono, ansiosa a más no poder, en busca del parte noticiero, claro.

—Cuéntamelo todo, amiga, hasta la última coma —exige.

—¿Qué quieres que te cuente, jodía? Son las diez de la mañana de un sábado, debería colgar y ponerte una denuncia.

—¿Tan tarde acabaste anoche? —insinúa maliciosa— Porque no es que te marchases del bar de madrugada...

—Guárdate el tonito impertinente, mona, ya sé lo que estás pensando, pero no, volví y dormí sola.

Por desgracia.

—Vaya por Dios. Entiendo que los fuegos se sofocasen, te lo encalomaste en el baño, ¿me equivoco?

Me quedo sin respiración. Dicho así suena tan... Carnal. Toso y mi amiga se descojona.

—¡Lo hiciste! ¡Lo hiciste!

Me da la risa sin poderme contener.

—Pero... ¿un « quiqui »?

—¡Qué coño de « quiqui »! Un polvazo como no hay Dios, en toda regla. Mejor que muchos de cama y colchón.

—Qué fuerte lo tuyo, rubia, menudo valor le has echado, con la fiera allí mismo.

—¿Se notó mucho? —pregunto con verdadero miedo— Quiero decir, ¿los demás también pensaron...?

—Debería decir que estaba más claro que el agua. Vale, quizá alguno no estuvo muy atento y otro iba algo borracho, pero en cómputo general... La respuesta es sí.

Cuando debería invadirme la vergüenza, lo que me invade es un inexplicable sentimiento de compasión por Camila. Pareciera que nadie la acepta, que todos en el bar se regocijaron con mi putada y su ridículo.

—Me dejé llevar —musito a modo de disculpa.

No demasiado valiosa, lo reconozco.

—Hasta límites insospechados, guapa. —Vuelve a carcajearse.

Me tapo horrorizada la cara con las manos, sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro.

—¿Se... oyó algo?

¿Mis aullidos de hiena en celo, por ejemplo?

—Nada, no temas. Tuvimos que echarle imaginación.

—No seas cerda, Ximena.

¡Jesús! Ahora que lo pienso en frío, me muero del bochorno. Maldita sea, ¿es que los pocos polvos que echo tienen que ser del dominio público? Soy una desgraciada de primera división.

—No, ya en serio. Fue un pelín arriesgado, Sofi, pero ¿qué es la vida sin una chispa de peligro?

—Todo esto es una mierda mayúscula, Xime —lloriqueo.

Presiento que se acabaron las bromas. Lo que ahora compartimos es serio, trascendental incluso.

—¿Cómo habéis quedado?

—Él iba a cortar con ella.

—Muy oportuno —deletrea irónica.

Me hiere su crudo análisis de la realidad.

—No dijo exactamente eso.

—Ah, ¿no? ¿Y qué dijo entonces?

—Que lo solventaría —rememoro sin fuerzas. La oigo gruñir. Me impaciento—. Lo prometió.

—Ah, bueno, si lo prometió eso ya cambia las cosas.

—¿Estás siendo cínica?

—Por favor, Sofía, tú eres la psicóloga, no yo. Además de adulta —remacha con mala uva.

Tiene razón, por descontado. Otra cosa muy distinta es que yo esté lista para aceptarlo.

—Básicamente, crees, al igual que yo, que esto es un entretenimiento sin futuro —expongo con acritud.

—Mientras lo tomes como un pasatiempo, no llegará a grave. Me preocupa que el recreo se convierta en tu tortura.

Guardo silencio. Sofía en modo pensante. Mi amiga del alma arremete.

—De uno a diez, ¿cómo estás de colada?

—*Ummm*... —No me decido.

—¿Siete?

Me da la risa floja.

—Alrededor de doce. Catorce.

—¿Catorce? —Suelta un chillido de gato al que le pisan el rabo, que me deja sorda— ¡Jo-der!

—Ximena, folla divinamente, es lo más de lo más —me justifico con brío.

—Hay mucho buen follador por ahí suelto, y algunos son solteros. ¡Búscate otro ya!

—No como él —me atrinchero.

—Chungo, nena, chungo.

—Así me llama él —resalto con tono bobalicón—, nena.

—¡No te creo! Acaba de ponérsete voz de gilipuertas, apuesto que la cara te acompaña —me acusa sin misericordia.

Una pequeña llama de indignación me nace en medio del pecho.

—¿Qué pasa? ¿Acaso a ti no se te ablanda cuando te refieres a tu Antonio?

—A ese, mejor ni me lo nombres. ¿Sabes dónde acabamos la noche?

—Imagino que uno sobre el otro, encima del colchón.

—Viendo fotos antiguas de mí cuando pequeña, con mi madre. Y esta tarde volvemos a la residencia a visitarla. No querrás venir... —insinúa a modo de pregunta.

—La verdad es que no pinto mucho, otra cosa sería que fueses sola. ¿Cómo sigue?

—Tiene sus momentos, hay días que me reconoce y nadie diría que sufre ninguna alteración. Otros... ni siquiera sabe quién soy.

Qué alivio insano me provoca el giro de la conversación. Se acabó dar explicaciones.

—Es espantoso, no puedo imaginar lo que sentiría en tu lugar. Recuerda que no es ella, cielo, no es que haya dejado de quererte, es esa odiosa enfermedad.

—Lo sé, lo sé. —Sorbe unas lágrimas que me desconsuelan.

—Has hecho bien ingresándola.

—Sofía...

—Dime.

—Creo que voy a marcharme a Madrid, unos meses al menos y si no de jefa, de becaria.

—¿Y Antonio?

—Que me eche de menos y se la casque a diario a mi salud —El arrebato emotivo se le ha pasado, a velocidad de turbo—. Ahora me acusa de no implicarme emocionalmente en lo nuestro, de otro modo aceptaría irme a vivir con él.

—¡Eso es chantaje emocional! ¡Si apenas lleváis unos meses saliendo!

—No es eso lo que me frena. Me iría, y si no funciona, me vuelvo a mi cueva y santas pascuas. El problema es que es un cepo, una trampa. Tras entrar yo por la puerta, la siguiente en acoplarse sería mi madre. Y por ahí sí que no paso.

Estoy aún recordando nuestra movida conversación, cuando mi móvil vibra con la

llegada de un mensaje. Es domingo, rozan las doce del mediodía y es el número de Alex. El estómago me da un triple salto mortal:

«Baja al portal. Tienes un paquete esperando»

¿Un paquete? ¿De qué habla? ¿Me habrá mandado flores a modo de disculpa? ¿Un regalo? Y sobre todo, ¿reparten en festivo?

Reviso mi indumentaria: short vaquero, camiseta ceñida de manga corta con el monstruo de las galletas vendiendo oro, y unas Converse blancas. Voy que chuto. Estoy deprimida, enclaustrada en casa, y es domingo. No pienso ver a nadie y un repartidor que no conozco me importa un bledo. Encierro las llaves de mi apartamento en un puño y bajo por las escaleras, que para algo vivo en un segundo.

Pero al abrir la puerta de la calle, literalmente, se me para el corazón.

#ElPaqueteQueElCarteroNuncaTrajo

Tengo a Alex esperando, guapo a reventar, con un vaquero negro raído que se ciñe a su trasero pecaminoso y respingón, el pelo húmedo tras la ducha y una camiseta roja con el mismo dibujo de la mía. Jodida casualidad.

Se me abre la boca y encajo la mandíbula incapaz de articular un simple «hola».

—Buenas tardes, bonita camiseta —saluda con un esbozo de sonrisa colgando de la comisura, capaz de reventar termómetros.

—Pensé que me esperaba un paquete —gruño malhumorada.

Él avanza un paso en mi dirección y quedamos muy juntos, ya que yo esta vez no escapo, y me clava su incipiente erección.

—Aquí lo tienes, loco de alegría por verte —me susurra a la altura del cuello. La reacción de mi cuerpo traidor no se hace de esperar, se eriza todo mi vello—. Si alargas un poco más la mano derecha dirección a la entrepierna, encontrarás el mejor paquete de tu vida.

¿Debería hacerme gracia? Me tiene encandilada con sus ojos verdes, y caliente como una perra, pero también me siento frustrada, enfadada y a punto de aullar.

—Engreído —lo insulto recuperando espacio y calma.

Alex frunce graciosamente los labios.

—Te levantaste refunfuñona.

Aprieto los puños. Quiero gritar mi indefensión, que esté ahí indolente, apoyado contra la pared, mirándome como a una tarta que está a punto de devorar, mientras a mí se me caen al suelo las balas de las pistolas. Quiero arrojarle a esa bonita cara, las horas de sufrimiento sin saber del desenlace de la historia con Camila, pero al mismo tiempo, pretendo no parecer desesperada.

—Odio que jueguen conmigo —espeto grave y simplemente.

Alex no se turba, vuelve a inundar mi espacio y su brazo rodea posesivo mi cintura. Me mantengo rígida.

—¿No me invitas a pasar? Estoy tratando de no abalanzarme sobre ti aquí mismo, y la culpa la tiene ese pantaloncito que llevas puesto...

—No me lo he puesto para ti —me apresuro a aclarar.

La punta de su nariz roza juguetona la mía. Me mojo los labios resecos.

—Vamos, nena, yo sí traigo algunas cosas para ti, deja que te las dé antes de que se enfríen.

No me da la gana de que todo le resulte tan sencillo. Pero cuando me alejo, él sufre una mutación semejante, como si nuestros sistemas nerviosos estuviesen interconectados.

—Oye, Sofía, mírame a la cara. Mírame y dime que me marche, si es eso lo que quieres.

¡No! ¿Qué dices? ¿Estás chalado?

—Déjame en paz—susurro.

—No, quiero que lo digas, alto y claro. Si es lo que quieres, te lo daré.

¿A quién pretendo engañar? Este tío me pone cachonda con solo mirar la hora. De mala gana, esclava de mi pulso acelerado, me aparto y entramos. Se dirige al ascensor y yo niego con la cabeza, apuntando a las escaleras.

—¿Está estropeado?

—Son peligrosos —respondo internándome en la penumbra. Alex me sigue—, demasiado estrechos.

—Entiendo. Oye, Sofía —parece que su tono haya perdido definitivamente el deje burlón —, nadie está jugando contigo.

Me giro en la intersección entre dos peldaños.

—Sí, tú. Juegas a desesperarme. Se supone que te marchaste para solventar las cosas con Camila.

—Y lo hice.

—Olvidaste llamarme cuanto antes para contármelo.

—Aborrezco los teléfonos, son fríos e impersonales, ciertas cosas hay que hablarlas cara a cara. Además... no me sentía nada bien.

Me revuelvo como una leona herida.

—¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo? ¿Yo sí estaba bien? ¿No se te ocurrió pensar que me carcomían los celos, la incertidumbre?

En mis ojos hay reproche aliado con el dolor. Cuando me mira, los suyos brillan con la intensidad de la certeza. Me arrepiento en el acto de haber empleado la palabra «celos» y de este tono de histérica terminal.

—Dejarla y venir corriendo a quedar contigo era lo menos honorable y moral que podía hacer.

Me pilla con la guardia baja y las llaves en la mano. Me quedo un instante suspendida en el aire y a continuación, la introduzco y la giro dentro de mi cerradura.

Empujo.

—Tienes razón.

—¿La tengo?

Entiendo lo que me pide. Sin embargo, todo esto es demasiado difícil de soportar. Demasiado sufrimiento.

—Lo siento —pronuncio en un leve susurro.

« Soy culpable de desearte más de lo que me conviene »

Cuando me doy cuenta, Alex me ha acorralado contra la puerta de mi propia casa. Sus brazos extendidos a ambos lados de mi cabeza, sus manos soportan su peso, se inclina sobre mí y yo apenas alcanzo su mentón.

—He cometido muchos errores en el pasado —declara emocionado—, no he sido precisamente el mejor de los novios.

—O no has sabido escoger —apunto cortante.

—Es un error, igualmente. Y los errores traen aparejadas consecuencias —afirma con

cierto tinte de resignación.

—¿Cómo se lo tomó?

Alex entiende sin mucha dificultad que me refiero a Camila y su semblante se oscurece, se torna sombrío.

—No quiero hablar de eso. Fue bastante desagradable.

—Pero...

«¿Volverá? ¿Volverá a molestarnos? ¿Insistirá en recuperarte? Yo lo haría, no podría soportar la idea de vivir sin ti».

Alex me interrumpe. Me ha cogido la mano y logra que, con solo un roce sobre los nudillos, yo tiemble.

—Ahora, por el motivo que sea, porque me importas, porque sentí algo especial desde la primera vez que te vi, me gustaría hacer las cosas bien, Sofía. —Le mantengo la mirada, espero que no advierta cómo me derrito gota a gota—. Déjame intentarlo.

—Tienes vía libre y el puente sobre el foso de los cocodrilos, tendido —aseguro sonriendo con timidez.

#ElCaminoAMí

Se inclina sobre mí buscando mis labios, y empiezo a convencerme de que el día será antológico, para anotar en los anales de mi, ya no tan lamentable vida sentimental.

—Preparaos, princesa —me advierte pícaro, apoyado en la esquina de mi boca—, pienso conquistar vuestro castillo hasta los cimientos.

Me acordona contra la puerta, y yo apenas si puedo razonar, invadida por el aroma de tío bueno recién duchado que me marea. Sus ágiles dedos recorren la línea de mi mandíbula y se desvían peligrosamente hacia mi cuello, mi punto flaco, flaquísimo.

—¿Qué te parecería encerrarnos aquí mismo todo el domingo, encargar comida india en abundancia, y que apaguen el mundo ahí fuera, si les da la gana?

Su voz me acaricia, me envuelve y me hipnotiza. El sofocón me sube directamente al cerebro.

—¿Puedo?

Tardo en darme cuenta de que está pidiéndome permiso para dejar el casco que lleva colgado del brazo, sobre la consola de la entrada. Estoy *empanaíta* perdida. Cuando reacciono, mi cabeza parece la de un tentetieso.

—Suena muy prometedor —dijo agitada—. Me refiero a lo de encerrarse y pedir comida y todo... —trago saliva con dificultad. Algo entre mis piernas empieza a hacer palmas—, todo eso.

—No permitiremos que se quede solo en eso, en sonido, ¿verdad?

Tal cual lo propone, busca mi boca y yo me entrego toda. En bandeja de plata, desnuda y cubierta de sushi, si pudiera.

Paso de calcular cuánto llevo con los ojos cerrados. Acunada por los brazos de Alex, es una delicia dejarse llevar sin oponer resistencia, sintiéndome querida, deseada hasta los huesos. Fantaseo con la felicidad absoluta, rebobinando repetitivamente en mi memoria, ese momento con mayúsculas, en el que mi amante, ahora por fin liberado, me roba el primer beso, y su boca se las arregla para sorberme la razón, hacerme temblar como una onda sísmica que se propaga por una meseta, en la que la tierra arde.

Por primera vez, me siento vulnerable ante un hombre al que le daría todo, sin dudar un instante.

La oportunidad de cruzar el umbral de mis propios miedos.

Poso mi volátil imaginación de nuevo en el parqué, movida por el jugueteo constante de

sus dedos dibujando líneas rectas en mi espalda. Estamos rendidos, hemos recuperado las semanas malgastadas amándonos en todas las posturas posibles. Creo que mis ejercicios de contorsionismo hoy, se merecen un notable, eso que nunca he sido especialmente virtuosa ni creativa en la cama.

Pero descubro que actuar bajo los efectos de la calentura, sin lógica, solo por instinto, te transforma en diosa. No somos otra cosa que dos animales delicados a la hora de lamerse o tocarse.

—¿Puedo hacerte una pregunta profesional? —La voz grave y seductora de Alex irrumpe en el torbellino de mis pensamientos.

—Claro, pero que sea facilita.

—¿Qué opinas acerca de los sueños premonitorios con la mujer de tu vida?

Contengo la risa con un aspaviento travieso.

—No sabe, no contesta, no tengo mujer de mi vida.

Alex simula golpearme el costado, aunque lo que realmente hace es apretar nuestro abrazo.

—Va, venga, es en serio. Quiero saber si crees en ese tipo de sucesos paranormales.

Hago lo que puedo por mirarlo por encima de mi hombro, sin variar demasiado mi postura. Me complace sentirlo ahí tan cerca, las piernas enredadas y las pelvis en peligroso contacto. Él insiste.

—Me refiero a cuando te presentan a alguien cuyo rostro ya has visto antes, y todo se convierte en un reconocerse más que en un mero conocerse.

—Interesante ¿Te ha pasado?

Ruego a todos los ocupantes del santoral, que Alex no destroce este momento simpar hablándome de Camila, o directamente hundo la cabeza en el depósito de la cisterna.

Me suelta y de repente siento frío. Sus musculosos brazos, su pecho firme, todo desaparece, porque de un brinco abandona la cama. Y yo me quiero morir. Incluso, cuando animado me dice:

—Espera, ahora vengo.

Percibo su separación y el súbito helor que recorre la espalda que él ya no protege. Sale corriendo del dormitorio, completamente desnudo y glorioso, el ser más perfecto del universo conocido. Sin pudor alguno.

Alex, oh, Alex. Me estás matando.

—¿Sabes por dónde anda mi cazadora? —me pregunta desde el pasillo.

—En algún punto intermedio entre el recibidor y la cama —río—, tirada por el suelo.

—Ah, sí, aquí, gracias.

Invierto mi momentánea soledad para desperezarme, feliz y casi saciada. Y digo «casi», algo que después de la frenética actividad sexual desarrollada en las últimas horas podría parecer un disparate, porque estoy convencida de que del tacto, las caricias y los besos de Alex no me cansaría mientras conserve el juicio.

—Cierra los ojos —me pide.

Y los suyos acompañan la petición con un destello descarado y verde.

—¿En serio...?

—Cierra los ojos —repite bastante más serio.

Obedezco entre risas. El estado de euforia desquiciada en el que me sume su presencia, el rastro de su identidad aún tatuado a mi piel, me aproxima a la víspera de Reyes cuando era una

cría. Esas sensaciones fabulosas se repiten, lo juro.

—Mira esto.

Hay algo muy cerca de mi cara, un objeto que no puedo precisar hasta que separo los párpados para quedarme muda de asombro.

—¿Qué...? ¡Soy yo! —identifico, posando los dedos sobre el lienzo desenrollado que me tiende.

Sus pupilas centellean. Sonríe y es adorable, la materialización de un verdadero ángel.

—En efecto, eres tú. Cuatro meses antes de que nos conociéramos —explica con una emocionada mezcla de sentimientos.

—¿Y cómo puede ser? —pestañeo— ¿Nos habíamos visto antes, en el centro, en alguna fiesta, en el autobús? ¿Amigos comunes? —Apuro todas las opciones, a sabiendas de que ninguna encaja en nuestro caso particular.

Alex me observa con fijeza y el brillo sobrenatural de sus iris, me marea.

—Te dibujé a ciegas.

Mi boca marca una «o» perfecta pero no consigo articular sonido alguno. Estoy muy ocupada escuchando cómo en mi corazón explota algo que libera miles de libélulas blancas. Lloran emocionadas, igual que yo.

—Me... ¿me dibujaste? —balbuceo— ¿Así de fiel?

Repaso una y otra vez el delicado retrato. Soy yo, de las cejas a la barbilla, la melena rubia suelta, los ojos grises, la nariz pequeña y respingona. Es tan real que da miedo. La conmoción asciende en tromba, forma un agradable nudo en mi garganta. Alex me retira el pelo de la cara y acaricia mi sien con un beso.

—Antes de que asaltaras mi vida, ya te soñaba —me cuenta con exquisita dulzura.

No sé si estaréis de acuerdo conmigo, pero para mí esta es la declaración de amor más bonita que me han hecho nunca. Y el resto, incluidos los tropiezos del pasado, Camila..., carecen de importancia. Estoy viviendo mi instante entre las hadas, mágico e irrepetible.

Aparto el retrato y le enrosco los brazos al cuello. Temo romper a llorar como una tonta. Tres, dos, uno...

—¿Ves que no me quedaba otra salida que buscarte?

Me lo como, me lo como. Me lo como tres veces.

—Has tenido suerte —hipo, mimosa.

Él arruga la nariz y me besa con soltura los labios.

—No llames suerte a mi brújula prodigiosa, ni a mi infalible instinto.

Conforme desgranamos palabras que no hacen justicia a lo que sentimos, nuestros cuerpos hacen mejor el trabajo y se buscan con desesperación. Rodamos juntos por la cama, quedo atrapada bajo el peso de Alex que me besa con adoración.

Desde que llamó esta mañana a mi puerta, hemos derrochado toneladas de sexo del mejor, ahí, sin miramientos, como si nos sobrara. Mis pezones, mi espalda, mis costados, el interior de mis brazos y muslos han conocido el sabor de su lengua y sus dientes, mi cuerpo ha reaccionado a sus exigencias como si de verdad estuviese entrenado para ello.

Pero ahora, en este instante, más presentes que nunca, la energía que intercambiamos es tan pura, tan genuina que desde el fondo de mi alma, la convicción me grita que estamos sellando algo duradero.

Su lengua explora mi boca mientras sus manos recorren mis hombros y brazos desnudos, se deslizan por mis clavículas, redibujan su contorno y luego bajan por el esternón rozando

apenas mis pechos, provocando que se agiten sedientos de su tacto. La escalinata de mis costillas es su siguiente parada y no necesita abrir los ojos, el camino lo hacen a tientas sus dedos, Alex está recostado casi sobre mí y me regala sus más codiciados besos, entregado hasta la demencia a este cruce de sensaciones.

Cuando lo noto descender por mi estómago, describir una colección de pequeños círculos alrededor de mi ombligo para finalmente conquistar mi vientre, mis caderas suben de un salto, mi pubis lo reclama y los más íntimos canales de mi sexo se llenan de jugos.

—No puedo creer que estés lista otra vez —me regaña.

Por su tono, sospecho que no está nada contrariado. Poso las manos en su espalda y me recreo en cada músculo cincelado de aquel semidiós habitante de la tierra.

Lo que no es posible, es ser tan afortunada.

¿En serio me lo merezco, o no es más que una broma pesada que se esfumará cuando más confiada y feliz me pille?

#PosiblementeUnoDeLosMejoresMomentos

Las grandes manos de Alex resbalan a lo largo de mis muslos y se cuelan entre mis piernas.

Sé lo que viene a continuación, mi cuerpo se anticipa excitado y la temperatura de la sangre se dispara. Esa lengua lamiendo caliente y húmeda, sabiendo exactamente qué puntos tocar, qué mordisquear, cuándo succionar y dónde detenerse, me incendia.

Me carbonizará si no se detiene, y me asfixiará la angustia si lo hace.

El efecto de sus besos, justo ahí, es inmediato, me domina el deseo más irracional, los latidos de mi corazón viajan a galope tendido y solo puedo pensar en tenerlo dentro. Sentir el modo en que su miembro me empala y me llena, lo íntimamente suya que soy cuando eso ocurre, cuando nuestras caderas se balancean a la par buscando el placer, el estallido de la carne. Es él, soy yo, somos nosotros, algo especial y sublime, algo a lo que nunca pensé poder aspirar.

Clavo las yemas de los dedos en sus hombros esculpidos, en una especie de señal en clave para que cambie de postura, aplace sus lametones, por muy fabulosos que resulten, y se centre en la parte animal del sexo activo. Quiero que se entierre en mis entrañas hasta el fondo, desquiciarme y derretirme entre jadeos.

Eso quiero.

Pero también mi compañero de cama tiene claro lo que desea y es, no apartar la lengua de mi clítoris hasta que el más brutal de los orgasmos me sacude, y las paredes del interior de mi vagina, se convulsionan de gusto. Entonces y solo entonces, cambia de postura.

Ya nada será lo mismo en esta casa después de hoy, ni podré enfrentarme con la misma inocencia, a la lavadora ni al lavabo del baño. Sobre la primera, hicimos el amor como dos mandriles y en el segundo, apoyé mis manos con la cara prácticamente adosada al grifo, mientras Alex me follaba desde atrás, pegado a mi espalda, bateando su poderosa cadera contra mi trasero, gozando de la oportunidad de visualizarlo todo en el espejo.

Sexy, erótico y un poco sucio. ¿Por qué no?

—No puedo más —jadeo casi sin fuerzas ya.

—Pues goza, mi amor, no te reprimas.

Tiemblo. La impaciencia que me carcomía, ahora me abruma. No estoy segura de ser ninguna *superwoman* y soportar estos asaltos maratonianos sin consecuencias. Es la vida sexual de las protagonistas de las películas, la que todas las mujeres románticas soñamos tener, la que solo unas pocas afortunadas catan. Debería ser obligatorio y prescrito por los médicos.

Literalmente, noto cómo la sangre avanza por mi cuerpo, cada capilar se hincha con el

preciado líquido, llenándome de vida en una explosión apoteósica que acompaño con gritos y gemidos de tal calibre, que mis vecinos propondrán una junta extraordinaria de comunidad, con el solo fin de expulsarme.

Aún no me atrevo a gritar su nombre, se queda enganchado y tímido en la punta de mi lengua, pero ahí está, pugnando por salir.

Es pronto, pero vamos muy bien encaminados.

Alex jadea y grita al más puro estilo masculino, frunciendo el entrecejo, entreabriendo la boca, convirtiéndose en un dios primitivo, hermoso e irresistible. Nuestra piel suda y se desliza una sobre otra. Como si físicamente nos perteneciéramos. Es increíble la sensación de ser amada, deseada, de este modo.

—Te necesito, nena. Te necesito de tal modo que me duele —susurra contra mi oído. Enseguida, arrepentido de su arranque de debilidad, añade en tono más desenfadado—. ¿Crees que tanto amor es bueno para mi salud mental, doctora?

Respondo siguiéndole la broma.

—Entiendo que se refiere usted a la intensa sesión de ejercicio físico —La intensidad de su «*te necesito*» me retumba en el cerebro—. Pues es posible que cree adición.

—Puedo vivir con ello... siempre que disponga de mi dosis diaria.

—Si se porta usted bien, si acumula méritos... —dejo ir con aires de maestrilla sabihonda.

De todas las cosas absurdas que yo, Sofía Echegaray, podría inspirarle a un hombre, por encima incluso de un retrato a ciegas, está la necesidad. Jamás pensé que pudiera ocurrir, pero ahora lo escucho, lo interiorizo, lo palpo y lo ansío.

Alguna bendita parte de su boca se ancla en la base de mi dolorido clítoris y ejerce una firme y continua presión, mientras su lengua baila describiendo espirales que me conducen a toda velocidad al delirio. No quiero que pare, si hace falta lo mataré, porque si se detiene seré yo quien muera.

Me pregunto cómo he podido sobrevivir hasta el día de hoy sin este sexo glorioso.

Alex

Me paso el día mintiendo a la gente.
A mi hermana, a mis padres, les aseguro que soy feliz. Pero no puedo mentirme a mí mismo.

Me asfixio en el pozo que con perseverancia he cavado, y no hay a quién culpar.

Camila es una cadena que me une a la desesperanza, a una rutina de sufrimiento que me roba la sonrisa, pero que de algún modo me cuesta romper.

¿Por qué me siento responsable de su desgracia?

¿Será porque un día le prometí un cuento de hadas que jamás supe cumplir? ¿Porque la seduje por mera diversión y no resultó ser tan dura como las demás? Camila se desmorona entre mis brazos y no sé de lo que sería capaz si la dejo. La idea martillea mi cerebro sin descanso y no me deja dormir. Los únicos ratos en que consigo apartarla son los que comparto con mi princesa, la chica de los ojos de plata.

Y me siento culpable.

Tan culpable como deshonesto, tengo que apartar a Sofía de toda esta podredumbre, protegerla de la locura de Camila, mantenerla al margen de mi maldición.

Pero ¿cómo lograrlo si la necesito hasta para que mis pulmones respiren? ¿Cómo prescindir de lo único que da sentido a cada latido de mi corazón?

Pulso el *play* de nuevo. Ya van seis veces seguidas. Escucho de modo obsesivo «*All of me*» de John Legend y esa letra me dice tanto…

Ella es, de alguna forma, mi final y mi comienzo.

Miro al cielo y a la luna llena que se refleja en el mar. Son dos, parecen dos lunas gemelas que me gustaría regalarle a Sofía.

Seguramente no podría regalarle más que indecisión, dudas y tormento. Lo sé y para que no me abandone, se lo oculto.

Que Dios me ayude. Ella es mi adicción y yo su castigo.

#ChispasDeMalHumor

Sofía

La jornada del domingo me deja molida. Exhausta, pero feliz hasta los tuétanos. Con una inesperada inyección de energía, que arrebola mis mejillas y consigue que mi pelo y mi cutis resplandezcan como nunca.

Sonrío a mi gemela del espejo.

—Buen lunes, guapa, a por todas. Joder, mírate, si hasta tienes los piños más blancos. Qué maravilla más barata esto del amor, que te arranquen las bragas con los dientes el domingo a la hora del ángelus, y no te las vuelvas a colocar hasta las once cuarenta y cinco de la noche.

Esto es vida. Podría acostumbrarme, palabrita.

Cuando Alex dejó mi casa, me colé dentro de un peto vaquero y, con una camiseta vieja debajo, bajé a despedirlo al portal. Su moto junto a la acera relucía como una pieza de museo. Apuntó a la matrícula con una media sonrisa colgando de sus labios.

—¿Te has fijado? Son nuestras iniciales, SEA, Sofía enamora a Alex.

Me turbó que pensara eso. Yo había leído directamente «mar» en inglés y se lo dije.

—Le pasa a todo el mundo, así también la leía yo antes de conocerte. —Atrapó mi cintura y tiró de mí. De pronto, tenía una nariz impetuosa circulando por mi cuello—. Ahora me encanta la idea de llevar nuestros nombres unidos sobre mis ruedas.

—Suena romántico —susurré. Noté que se envaraba.

—No te equivoques, yo no soy romántico —advirtió con una sonrisa aniñada que me hizo agua el corazón—, dejémoslo en creativo.

—Oh, sí, claro, el señor que construye altas torres torcidas.

—Malvada.

Me pegó a su torso, mi respiración se volvió irregular, su cercanía me provocaba y cuando su boca capturó la mía y la saqueó a fondo, su saliva me supo a caramelo de crema.

«¡Dios, Alex! Te adoro, aunque no me atreva a confesarlo. Quiero que me arrastres a tu cama y me hagas el amor hasta caer rendidos».

Lo cual, conociendo su formidable resistencia, me garantizaba muchas horas de glorioso placer.

—La próxima cita, en mi apartamento. —Depositó un par de besos en mi sien y mi mejilla.

—Me parece per-fec-to.

Ahí queda todo.

Septiembre en Málaga es un mes fantástico, mi favorito. Aún puedes ir a la playa, los turistas se los ha tragado (a Dios gracias) un agujero negro, la ciudad recupera el pulso y su ritmo de calma chicha, y todavía hace calor, aunque por las noches refresca y es una gozada. Soy forofa y *frikifan* confesa de septiembre.

Pero el mes se me está escurriendo de las manos.

Me visto con una minifalda azul oscuro, un top de seda a rayas marineras y una chaqueta sastre del mismo azul, con unos frunces en la copa de las mangas. Lo complemento con unos salones de medio tacón, de esos todoterreno que te permiten patearte las calles hasta caer de boca reventada, y un bolsito del mismo color donde solo cabe lo imprescindible, ya que la artillería pesada viaja a mis espaldas, dentro de una mochila. Es lo más conveniente cuando, como yo, te mueves en moto. Eso sí, hay que ir pensando en cambiarla, la mochila, no la moto, se desmorona a pedazos.

Cuando entro por la puerta, lo primero que veo es a Helen con dos tazas de café en las manos.

—¿A dos bandas? —la ataco en broma— ¿No es mucho chute mañanero eso?

—Resaca infernal —es toda su respuesta.

Sonrío comprensiva. Yo también la sufro, pero no la provocó el alcohol, lo mío es pura intoxicación erótica. De lo bueno, lo mejor. Y quiero más. Pienso repetir en cuanto me dejen.

—Tómalo con calma, Watson —le digo con sorna, mientras mis pies recorren el pasillo acristalado que conduce a mi despacho.

¿Son figuraciones mías o está hoy todo más bonito, más limpio, más elegante?

—*Bueeeenas* —grito al aire con buen humor.

Desde las oficinas colindantes me devuelven un «*hola*» mortecino y una especie de gruñido.

Ummm, Silvia no ha inaugurado la semana con buen pie, me temo. Pongo en marcha el ordenador, reviso los expedientes que tengo sobre la mesa, recupero el informe que dejé por puntualizar el viernes y consigo concentrarme un par de horas y media, sin pausa.

—¿Café o esa agua caliente oscurecida con la que te envenenas? —me pregunta una voz impaciente desde la puerta.

Levanto los ojos y me encuentro con Silvia, encaramada a unos taconazos de infarto, falda de tubo negra y blusa de seda crema que realza su busto, ya de por sí, voluminoso. Aparto los dedos del teclado.

Mierda, me pilla atravesando una racha de inspiración, no querría interrumpir este informe, que me está quedando chachi.

—Necesito cinco minutos más, con cinco minutitos basta.

Veo que se le tuerce el morro. ¿Qué diablos le pasa?

—Espero una llamada súper importante. Como entre antes de nuestro café, me dejas sin desayunar.

Toma ya. «La dejo sin desayunar».

Acaba de trasladar la culpa a mi persona y yo me la he tragado enterita. Si eres buena gente, no basta ser psicóloga, conoces el origen y la consecuencia de las cosas, pero no puedes evitar pasar por el aro. Hago unas anotaciones marginales apresuradas y levanto el culo de un salto.

—¡Allá vamos!

La sonrisa vuelve a iluminar la carita de mi amiga. Ahora que me fijo, traía el bolso

colgado del brazo. ¡Virgen de las bragas vueltas! Qué fe en su capacidad de persuasión.

#Cancelaciones

Los ánimos de Silvia están crispados, no hace falta ser un lince para darse cuenta, así que mejor ni nombro a su hermano. Ella no me ha llamado ni enviado un mensaje en todo el fin de semana, igual sospecha lo que se coció en el baño el viernes, y se avergüenza, no digo que sin motivo, de la calentona salida que tiene por amiga.

Podría entenderla, no creáis.

Pero durante el desayuno, vuelve, en cierta medida, a ser la chica dicharachera de costumbre. Con una evidente sombra de tristeza en el semblante. Evidente, al menos para mí.

—Te noto preocupada —la animo a confesarse.

Ella responde apartándose el pelo de la cara.

—No es nada, cansancio. Odio estas rachas de juicios tan seguidos, cuando el juzgado se apropia de mi agenda, de mi tiempo, y yo no puedo hacer otra cosa que dejarme llevar.

Recuerdo los comentarios de Alex respecto a su hermana, su incombustible fuerza de voluntad, su tesón.

—Pero te gusta lo que haces, eso es importante.

—Sí, me gusta. Casi todo el tiempo.

Desconozco el motivo, pero Silvia hoy, no es del todo la Silvia que yo conozco. Trato de sonsacar la causa, el por qué anda tan taciturna y distraída, pero no cosecho más que vaguedades.

—¿Te importa si volvemos a la ofi? Estoy agobiada de trabajo y después de comer me espera un largo rosario de consultas tediosas, que me robarán las ganas de cenar.

Podría decirle que en cambio yo, pienso salir a dar una vuelta con su guapérrimo hermano y con un poco de suerte, acabaré escocida de tantísimo follar. Pero no sería misericordioso, ella está tristona. Aparte de que son las doce y media, y Alex no me ha mandado ni una triste letra al móvil. ¿Qué tal un «*hola, ¿cómo va san lunes?*».

Mira que no aspiro a un «*ayer fue el mejor día de mi vida*», «*te echo de menos hasta decir basta*» o «*hacer el amor contigo es como comer fresas con chocolate*».

No. No soy tan absorbente. Pero ¿cero?

Dispongo de toda una colección de dudas corrosivas acerca de la personalidad, algo bipolar, del chico del que me estoy enamorando, que va y viene, me tantea, me desconcierta y se esfuma; y el fenómeno me asusta. ¿Puede la misma persona ser atento, amable y detallista, tierno como un bollo de leche y acto seguido, arisco déspota, insensible y despegado? Porque esos temperamentos que viajan sin ton ni son de un extremo al otro, generan montañas rusas

emocionales, fortísimas descargas de adrenalina que conducen al desquicie más absoluto.

Como relación, enganchan. Pero son insanas y altamente tóxicas.

Me miro en el espejo del baño. No quiero eso para mí, debo protegerme, quererme por encima de todas las cosas, ya que la etapa en que cedí a Sergio el control de mis sentimientos para que los tirase al suelo, para que pisoteara mi autoestima y mi corazón, ya pasó. Alex muestra señales de inestabilidad, al menos en lo que a mí respecta, y no debería desatenderlas.

Me lavo compulsivamente las manos antes de volver al trabajo. La dificultad de los informes que tengo entre manos consigue, y eso es bueno, abstraerme de la realidad. Lo que no implica que desaparezca, simplemente la aparco donde no incordie.

A la hora de comer, mi paciencia, que es escasa y cobarde, explota. Aún a riesgo de hacer el ridículo, voy a mandarle un mensaje a Alex. Algo sencillo, cortito, que no me comprometa. Una foto preciosa de un bebé rollizo y un:

«¿Qué tal tu día?»

Miro la pantalla satisfecha y presiono enviar. Mierda, me arrepiento sobre la marcha. ¿Un bebé? Solo a mí se me ocurre saludar a un chico con la foto de un bebé. A ver si se piensa que quiero preñarme y liarlo… La respuesta no tarda ni medio minuto en aparecer. Mi corazón salta a la comba entre las costillas:

«Terrible, espantoso, pero ya sabes... lunes».

Simpático, de acuerdo, nada más. Ni un «deseando volver a verte», nada que me haga sentir anhelada o especial.

No me doy por vencida.

«¿Te pillo mal?»

«Visitando una obra»

Ah, eso lo explica todo. Ponerse tontorrón con un casco amarillo incrustado en el cráneo y un ciento de individuos alrededor gritando que les bajen la caldereta de la mezcla, rozaría lo milagroso. Decido ser comprensiva e independiente. No le molestaré más con mi ansia viva por tenerlo, oírlo, olerlo, probarlo, tocarlo..., lamerlo.

E ídem en sentido inverso.

Me guardo las ganas en el bolsillo y me tiro de cabeza a un festín de carbohidratos en la conocida hamburguesería de la acera de La Marina. Para compensar la angustia. A ver si funciona.

Soy una chica fácil. Fácil de convencer, se entiende. Hasta cuando soy yo la que esgrime las razones. Y he sido tan coherente y lista a la hora de exponer las causas por las que no debo colgarme del deseado Alejandro «el Grande», que paso la tarde casi feliz, zambullida en mis expedientes, y el destino me lo premia cuando menos me lo espero.

«¿Unas tapitas a eso de las ocho?»

Besuqueo el móvil ahí donde las letras del mensaje se iluminan. Por fin se ha quitado el jodido casco y ha pensado en mí. Seguro que le apretaba y le bloqueaba el flujo sanguíneo anulando sus impulsos más primitivos: los sexuales.

«¡Claro!» respondo con un montón de signos de admiración.

«A las ocho en Gorkis»

«Allí estaré como un clavo» bromeo, para a continuación preguntarme si no habré sonado muy desesperada.

Ya no tiene remedio, mejor quedarme con lo positivo. ¡¡Tengo otra cita!!

Es como subir una cuesta. Pero mojaremos el churro, seremos felices y comeremos perdices.

Y una mierda como el sombrero de otro mejicano. A las ocho menos veinte, aparece por mi puerta la causa de todas las anulaciones. Una sombría Silvia con los ojos enrojecidos y los labios convertidos en una fina y peligrosa línea, cargada con cuatro voluminosas carpetas. Las observo aproximarse, con pavor. No me atrevo a preguntar si son para mí, pero ella despeja mis dudas cuando las deposita, nerviosa, encima de mi mesa.

—Los necesito para mañana. Es una emergencia.

Se me abren tanto los ojos que por poco pierdo las pestañas.

—¿Qué me dices? Estaba a punto de irme —lloriqueo.

—Lo siento, lo siento de verdad, han surgido a última hora.

—Pero Silvia...

No se me ocurre que más decir, lo lógico sería que ella, dado lo tarde que es, no siguiera insistiendo, pero se queda ahí de pie, acariciando con histeria los lomos de los expedientes, mirándome con ojos de pollito huérfano.

—Tengo juicios. Son vitales, tienes que encontrar algo en lo que poder apoyarme o estoy perdida —agrega con un hilo de voz.

Trago saliva y miro al techo, no recuerdo si en ese orden, pero sí bastante contrariada. Cuantísima ilusión me hacía pasar un rato esta noche con Alex.

Suspiro.

Supongo que renunciar a ciertos placeres forma parte de la idea que una tiene de madurar y ser responsable; no se acaba el mundo por posponer un vino y unas tapas. Y quizá un par de docenas de besos de los nuestros. Y un quedarse en pelota picada sintiendo cómo las pieles se llaman, se reclaman con deseo y acaban fundiéndose. Y un revolcón detrás de otro en su casa o en la mía…

Joder, ya me duele la cabeza. Agarro las carpetas como si la vida me fuese en ello.

—Sabes que saldré de aquí a más de las doce de la noche, ¿verdad? —le reprocho con una velada acusación, entre sonrisas.

—Nada de eso, no te dejaré sola, pedimos comida china y me quedo contigo todo el tiempo que haga falta.

Valiente consuelo. Lo ideal sería verla reír, recoger los puñeteros papelotes y salir corriendo al grito de «*¡¡inocente, inocente, has picado, bacalado!!*» y que yo saliera a las ocho, como estaba previsto.

—Te debo una, y además muy gorda, en serio. Esto es más que importante.

—Vale, vale, me la cobraré, te lo juro.

—Me siento mucho mejor si me la cobras. Una Conde siempre paga sus deudas, como los Lannister —asegura camino de la puerta.

En cuanto me quedo sola, me invade el desconsuelo. Tomo el móvil y trato de teclear unas frases que no supuren tristeza.

«Lo siento muchísimo, tapeo anulado. Atropellada por un tráiler de trabajo extra»

La respuesta tarda casi veinte minutos en llegar. De hecho, la espera me ha desquiciado tanto, que no he podido concentrarme en nada útil, y he visitado el baño sin necesidad, unas tres veces.

«¡No me digas eso! He anulado mil cosas y adelantado el gimnasio para estar libre esta noche»

Ni me nombres la noche, sus sugerentes oscuridades y lo que implica, que se me disparan sin control los flujos corporales.

«Reclamaciones, a tu hermana» replico, por decir algo.

«Podrías haber dicho que no»

Pierdo el habla. Esta respuesta áspera y desagradable no me la esperaba. Tampoco me pone precisamente de buen humor. Alex está al tanto de las condiciones de mi alquiler sin renta. Ostras, es mi pago, Silvia me lo pide, yo no puedo negarme, es el único desembolso exigido por disponer del mejor despacho del mundo. ¿Acaso es mucho pedir un poquito de comprensión y algo de apoyo moral?

«Pues he dicho que sí» garabateo de mala uva.

«Otro día entonces»

Mierda, no añade sugerencias. Me adelanto.

«¿Mañana?»

«Ok, mañana»

Suena como sin fuerzas, pero al menos ahí lo tengo. Viva lo escueto. Me gusta un chico, guapo más allá de lo permitido, pero de pocas palabras, con el que me temo, la comunicación fuera de la cama se prevé complicada.

Adivino que la charla se ha agotado y con más pena que gloria, aparto el móvil de mi vista, me saco los tacones por debajo de la mesa y abro la primera carpeta.

Cagoentó.

Con lo mona que yo iba pensando en mi cita, con lo que me había acicalado. Con lo que ansiaba sentir los largos dedos malvados de Alex recorriendo mi piel piernas arriba...

Lo dicho: *cagoentó*.

#SofíaRegalaFavores

Hora y media más tarde estoy tan metida en el trabajo que el resto es olvido.

Adoro estos aspectos prácticos de la psicología. Tengo el primer informe casi finiquitado y me encanta cómo está quedando. Decido tomarme un descanso. Cierro y abro los párpados, me escuecen del esfuerzo. En momentos como este, me gustaría un pitillo con la ventana abierta, mirando a la calle, con los brazos cruzados sobre el pecho y ademanes de dama de hielo, como en las películas. Lo que pasa es que no fumo.

Así y todo, me levanto, voy hacia el ventanal y lo abro. El aire fresco del otoño me saluda directamente en la cara y cuando oigo la voz de Silvia a mi espalda, mi concentración y relax es de tal calibre, que me sobresalto.

—¿Un kit-kat?

—Eso mismo —explico—. Ya tienes listo uno de los informes. —Ella se abalanza con entusiasmo contra mi mesa. Yo me apoyo en el quicio del ventanal—. No es por ponerme moños, pero ha quedado genial. Tienes mil excusas razonables para no darle la custodia al tipo ese, de apellido indescifrable.

—Eres una máquina, y el contrario es checoslovaco —exclama mi amiga ojeando a toda velocidad las páginas recién impresas. Luego, como si un relámpago cruzara su mente, el brillo de sus ojos verdes se calma y deja los folios despacio en el montón—. ¿Puedo comentarte algo?

El tono lúgubre y opaco, me preocupa. Asiento con amabilidad. Cierro la ventana y ocupo de nuevo mi lugar tras el escritorio.

—André definitivamente se marcha a USA. No ha habido modo de detenerlo.

—Tendrá trabajo esperando, supongo —aventuro.

—Lo tiene —admite a regañadientes.

—¿Por mucho tiempo?

—Más del que estoy dispuesta a consentir: tres campañas ya firmadas, un cursillo seminario de *yonosequé* y lo que surja sobre la marcha, que es un puto eufemismo peligroso para decir «no tengo ni pajolera idea de cuándo volveré».

Mi impresión es que las palabras son cemento y que las muelas de Silvia las mastican, casi puedo oír el repugnante chirrido. Realmente, no sé cómo alentarla.

—Cariño, trata de ser positiva, André está loco por tus huesos. Cualquiera en su sano juicio estaría loco por ese esqueleto tuyo.

—¿Por cuánto tiempo más? —Se levanta y da vueltas por mi oficina—. ¿Te haces una idea de la cantidad de chicas que le revolotearán alrededor? Tías buenas tipo ángeles de Victoria,

con largas piernas y turgentes tetas.

—Como las que tú tienes. —Enarco las cejas ante lo obvio.

—No —zanja dolorida—. Mucho más largas y mucho más turgentes.

Vaya, parece que hemos aterrizado en un callejón sin salida. De ahí no hay quien la saque. Pruebo otra estrategia.

—André ya era modelo cuando lo conociste, sabías que viajes como este, formaban parte de su trabajo.

Por un instante, estoy segura de que soltará una carcajada que le quebrará el cuello.

—Venga ya, Sofía, ¿en serio crees que una se para a pensar cosas tan estúpidas cuando un tío sexy de la muerte, atractivo y simpático te guiña un ojo y te jura que te quiere?

Seré sincera y hablaré desde mi propia experiencia. *Estooo*... **No.**

—Imagino que cuando eso pasa, una pierde directamente el juicio y las ligas, y se arroja al charco de cabeza.

—Justo. Lo que yo hice. Y aquí me veo un año más tarde, maldiciendo mi suerte.

No estoy para nada de acuerdo con sus quejas, no está siendo justa.

—Suenas amargada y desagradecida —le regaño con cariño—. Ese chico bebe los vientos por ti. No le cortes las alas o más tarde te lo echará en cara.

Cuando Silvia vuelve a mirarme, sus ojos se han endurecido, parece mayor, más rancia.

—Y si no lo hago, seré yo quien me lo reproche. André despliega sus alerones, se aleja de mí y nuestra relación se va al carajo. ¿Qué pretendes? ¿Que aplauda?

—Espera un poco, joder, no te precipites.

Se había sentado de nuevo, y se pone en pie de un salto. Me temo que la poca paciencia que le quedaba acaba de derramarse por el suelo y que ya no hay quien la recoja.

—No te das cuenta de que esto hace aguas desde el momento mismo en que pensó en marcharse. Nadie que quiere de verdad a su pareja fantasea con una oportunidad laboral a seis mil kilómetros de distancia. ¡Nadie!

Me está chillando.

Habla como una desquiciada, con los ojos llorosos, y creo que contaba con que le daría la razón, como a los tontos. Da la casualidad de que yo no soy así. Se supone que he estudiado para ayudar a la gente a entrar en razón y también se supone que, en un día no muy lejano, me pagarán por ello. Tras la explosión de rabia de mi compañera, me quedo muda. Permanezco en silencio, mirándola cautelosa, sin atreverme a insinuar nada. Hay demasiadas cosas sobre mi mesa, que Silvia podría utilizar como arma arrojadiza.

Veo con claridad que lo que le escuece, no es la ínfima e hipotética posibilidad de que André se líe con otra, opción que ella apenas si baraja. Es el hecho del abandono lo que no perdona. El que él se marche y ella tenga que quedarse aquí. Tras la balsámica pausa, es mi amiga la que se viene abajo y renuncia.

—Lo siento.

—No tienes por qué. Estaba dentro y tenías que sacarlo, lo de menos es con quien. Me tocó.

—No quiero quedarme sola, Sofía. —Corre hasta mí, se arrodilla y se arroja en mi regazo antes de que pueda evitarlo.

—Mujer, no llores —le acaricio con suavidad el pelo—, ya verás como te echa tanto de menos, que vuelve antes de tiempo. No soportará estar sin ti ni dos meses.

—Tengo miedo de perderlo —confiesa mirándome de frente a la cara. La comprendo.

—André también teme lo mismo, puedes estar segura.

La verdad, me gustaría ser mucho más útil, hallar la palabra mágica que seque sus lágrimas y la ayude a recuperar la confianza perdida.

No vamos a engañarnos, ¿para qué? André está como un queso, Manhattan es como Disneylandia para la gente guapa, más de una se lo querrá comer vivo sin quitarle siquiera los zapatos, y aunque Silvia es una belleza de impresión, no puede jurar que esté libre de tentaciones. Cuando te separa todo un océano y sabes a ciencia cierta que nadie va a enterarse, que lo que te follas en NYC en NYC se queda...

Yo en su lugar estaría desolada. De hecho, lo estoy solo porque esta noche ya no voy a pasarla con Alex, y me torturo preguntándome si rellenará esa agenda súbitamente despejada, con otra atractiva afortunada.

Anoche caí rendida. Mi precioso conjunto marinero con botines de tacón, porque, aunque ya refresca y en la moto se nota, aún tengo bronceadas las piernas y me resisto a meterlas dentro de unas medias, todo cayó al suelo como una retahíla de olvidos, en el camino que comunica la entrada de mi apartamento con el dormitorio. Jamás cierro las cortinas del ventanal, disfruto espiando las luces de la ciudad por la noche, figurándome que ese inmenso cuadro que se cuela en mi casa es Nueva York al alcance de mi mano.

Me tiré de boca al colchón sin siquiera desmaquillarme, y me despejé el tiempo imprescindible para adelantar el despertador treinta minutos.

Llego al despacho mucho antes de la hora. Mis esfuerzos titánicos de anoche no bastaron, eran muchas las páginas de cada expediente y para emitir una valoración responsable, tuve que empaparme hasta la última letra. Tras el menú a domicilio, obligué a Silvia a marcharse a casa, empeñada como estaba, en acompañarme a toda costa. Yo hoy puedo permitirme el lujo de bostezar, apoyarme en las esquinas, pasear con cara de marmota y necesitar que me repitan las cosas seis veces para pillarlas.

Ella no. Ella tiene juicios y debe acudir despejada y lista.

Todavía me queda revisar el tercero. Encuentro el borrador que dejé casi listo y me sorprende lo agudo de su contenido, estas conclusiones que no parecen ni mías. Siempre he trabajado mejor bajo presión, andar corta de tiempo estimula mis neuronas. Los días más fructíferos de toda mi tarea en el doctorado fueron los previos al punto final. Eso me devuelve el recuerdo de Mario, me pregunto qué habrá sido de él, y si la arpía peliteñida con ojos de dragón furioso, se lo habrá ya beneficiado, que era, a todas luces, lo que pretendía quitándome de la circulación.

Un momento... ¿Acaso me veía como rival?

Me da la risa floja. ¿Significa eso que a Mario se le habría escapado algún comentario acerca de mí? Para que «la Paula» monte en cólera y me odie sin conocerme desde el minuto uno... Experimento un subidón de autoestima con el efecto de un café cargado y mis dedos vuelan sobre el teclado. Releo el informe, le doy el visto bueno y se lo envío a Silvia por mail, avisándola por mensaje de que lo tiene en la Tablet, así no tendrá que desviarse para recogerlo en su camino al juzgado.

Oigo girar las llaves en la puerta, Helen entra canturreando y por primera vez, soy yo la que sale a recibirla. Viene preciosa, con su pelo oscuro y sedoso, planchado.

—Joder, Sofía, menudo careto, ¿cuántos tranvías te han pasado por encima?

Ya nos tuteamos. Al menos cuando estamos solas. La he obligado, amenazándola de muerte. Casi.

—Más de uno. Ayer me dieron las tantas con unos informes urgentes y hoy, tras una noche de perros, he madrugado para rematarlos.

—¿Son para Silvia?

—Para los juicios de hoy.

Arruga el entrecejo.

—¿Juicios? ¿Hoy? ¿Qué juicios? ¿Y más de uno? ¿En plural?

#Estafada?

—Tres para ser exactos.

Tamborileo sobre el mostrador. Ella, intrigada, consulta la agenda.

—Extraño, aquí solo tengo apuntada una toma de declaración a testigos, ni vistas ni urgencias, pero quién sabe, igual son compromisos que ella ha adquirido por su cuenta y olvidó comentarme. —Cierra molesta las tapas de piel—. Luego, si concierto una cita en horario que se supone que debería estar en la oficina, se me pone hecha una furia. Si nos descoordinamos, esto es lo que pasa.

—Bueno, ayer estaba muy agobiada —no pienso mencionar sus motivos estrictamente personales y privados, dejémoslo ahí—, se le habrá pasado, no se lo tengas en cuenta.

La mirada de Helen es significativa.

—Todos tenemos problemas, pero tratamos de que no afecten a nuestro trabajo. Si pretendo hacer el mío lo mejor posible es precisamente para que Silvia esté contenta.

En ese momento llega Carla y se me olvida lo que iba a replicar. Nos sonríe a las dos, casi nos da un pasmo.

—Buenos días... —Y continua su cadenciosa marcha por el corredor inundado de luz.

—Esta ha follado —me cuchichea Helen en cuanto la otra desaparece.

—Cómo eres... —río. La recepcionista me dedica una mueca que espera que yo entienda.

—¿Os apetece café? ¿Carla?

—Sí, por favor, vengo dormida —se oye la voz cantarina desde su cubículo.

—Te lo dije. No ha pegado ojo, la muy guarra, folla que te folla, y ahora nos viene con que se duerme. Yo no me como una rosca, no hay justicia en la tierra.

Suelto una carcajada. Es hablar por hablar, Helen es una chica preciosa de ojos de pantera, que se lleva de calle al que le dé la real gana, si da un solo golpe en el suelo con uno de sus *pateaculos*. Lo que pasa es que va de dura, pero un día u otro, todos los caparazones se desmoronan.

De repente se ilumina mi móvil y me ilusiono. Lo sé, no son más que las diez a.m., no está tan ansioso por verme como para querer comunicar ya, pero ¿y si...?

Vale, ha sido un intento fallido. No es mi dios griego sino su hermana.

«Got it. Eres una crack. Menudos informes. Hoy no paso por la oficina, échame de menos»

Sonrío halagada. Al tiempo, me irrita que jamás de los jamases mencione a Carla para nada. Es como una inquilina molesta a la que te limitas a cobrar la renta, sin intención de ser cortés. No quiero imaginar el ambiente que se respiraba aquí antes de que yo llegase, dado que

ahora parece haberse aflojado la tensión y apenas se dirigen la palabra.

Así que entro en el despacho de Carla, que tiene abierta de par en par la puerta.

—¿Molesto?

—Para nada. ¿Has tomado ya tu dosis de cafeína mañanera?

¿Qué le pasa a esta chica hoy? ¿Ha desayunado lengua?

—Café no, por favor, pero un buen té con hierbabuena sería recibido con aplausos. ¿Bajamos? Tienes razón, necesito un excitante directo en vena.

—Pues andamos igual. —Coge su bolso—. Qué mona vienes hoy. Bueno, me encanta cómo vistes cada día, pero hoy vienes especialmente...

—¿Cómoda?

—Original.

Me sorprende. De verdad, me extraña que se haya fijado nunca en mi ropa, si apenas nos cruzamos un segundo y no despega los ojos del suelo.

Repaso lo que llevo puesto. Me he recogido el pelo en una coleta por falta de tiempo para lavarlo. Me he calzado unos pantalones pijama de tela sedosa burdeos, con un top de manga francesa a juego. Unos aros dorados en las orejas y pare usted de contar. Ah, y mis botines de tacón negro, no sé qué haría sin ellos, probablemente suicidarme.

— Pues me he vestido tal y como me siento —confieso—, predispuesta a la cama y a muchas horas de sueño.

—¿Hoy no viene Silvia?

Pasamos por delante de Helen, que nos despide con cierta pelusilla. Ya me agradaría que pudiera acompañarnos, ya.

—Juicios, muchos juicios —informo ahorrando palabras.

—Mejor, tendremos paz y armonía entre estas paredes —musita escondiendo la cara, pulsando el botón del ascensor.

—Cualquiera que te oiga pensaría que andáis todo el rato a la gresca y no es así, ¿qué pasa entre vosotras?

—Que no peleamos porque a mí no me da la gana. Porque decidí dejar de irme a casa con un berrinche cada día y de ceder a sus chantajes. Solo conseguía sentirme culpable, tanto si hacía las cosas como si me negaba a hacerlas. Era inhumano.

Levanta unos ojos implorantes hacia mí, y por primera vez, reparo en lo grandes que los tiene. Me cuesta aceptar una imagen tan negativa de la risueña Silvia. Carla percibe mi turbación y mi incapacidad de responder nada coherente.

—Discúlpame, Sofía, sé que os lleváis bien, ella te aprecia muchísimo. O más bien debería decir, eres su último capricho.

Ya estamos en la cafetería, en una mesa junto a los ventanales, con la calle al alcance de la mano y su tono se ha afilado. Escondo incómoda la mirada, toso un poco y jugueteo con una servilleta de papel grueso y sedoso.

—Mira, Carla, respeto esa especie de guerra fría que mantenéis, pero no voy, bajo ningún concepto, a entrar en ella ni a tomar partido por una de las dos, en contra de la otra.

Mi compañera de desayunos sonríe amablemente. Otra vez vuelve a parecer inofensiva y quebradiza.

—Perfecto. Y no es esa mi intención, lamento si he dado la impresión equivocada. Agradezco mucho tu trato cordial, cualquier otra en tu lugar habría seguido al dedillo las pautas de la dueña del despacho y no me dirigiría la palabra. Sin embargo, tú... Mírate, aquí estamos,

compartiendo taza y mantel.

—Intento elaborar mi propio juicio sobre las personas. Dejarse llevar por las opiniones y valoraciones de otro, rara vez es justo.

Para cuando acabo mi sentido discurso, ella me analiza con curiosidad.

—En serio eres rara, Sofía Echegaray, si más gente pensara del modo que tú lo haces, el mundo sería más soportable.

El piropo es de tal envergadura que no sé qué decir. Menos mal que aparece el camarero y pedimos. La charla vira en otra dirección menos comprometida. Me intereso por su trabajo específico y me narra un montón de anécdotas, entusiasmada por mi interés.

—Espero poder contar con tus fabulosos informes periciales si alguna vez me hacen falta —me pide.

—Eso no hay ni que mencionarlo.

—Pero se te abonarán conforme a los honorarios legales establecidos, nada de favores.

—Necesito pasta, no pienso discutir ese punto. —Hago un gesto de brindis con mi taza de té hirviendo.

—Oye, volviendo a la ropa... No será preciso que te diga lo mucho que me mortifica ir de compras, y la poca vista que tengo eligiendo cosas. —No me lo puedo creer, otra como Ximena. ¿Las clonan?—. Mira, parezco mi madre. O mi abuela.

—Otro estilo te sentaría mejor —sugiero con delicadeza— y no te sumaría años.

—¿Puedes ayudarme? ¿Me acompañarías en una jornada de *shopping* para renovar mi desastroso armario?

—Claro que sí, pocas cosas me hacen disfrutar más.

Es pronunciar la frase y arrepentirme. Aparece en mi mente el pollón erecto y delicioso de Alex. De acuerdo, sí, quitando alguna que otra cosilla la mar de atrayente, la moda es de lo que más me pirra.

—¿Esta misma tarde? ¿Podemos?

No, desde luego que no. Esta tarde la reservo enterita para el señor Conde, así arda Troya.

—No va a poder ser... —arranco despacio—, tengo otra cita previa e irrevocable. ¿Mañana?

—Sí, mañana, genial. No sabes el favor que me haces, Sofía.

—Creo que el favor es mutuo. Los trapos, los zapatos, los complementos son un vicio que me domina. Voy a disfrutar ejerciendo de *Personal Shopper*.

—Me cuesta creerlo. Que alguien pueda sentir placer mareada entre percheros. Odio probarme, nunca sé cómo combinar las cosas y solo me llevo a casa una prenda anticuada, o la madre de todos los dolores de cabeza.

Le guiño un ojo para animarla.

—Eso va a cambiar, ¿qué te apuestas?

#NoTeEnfadesPorFavor

Son más de las tres cuando por fin, mi móvil parpadea con el ansiado mensaje.

«¿Hoy a las ocho?»

Me apresuro a aceptar, despepitada de la ilusión

«Hoy a las ocho»

«¿No más trabajo extra?»

«Prometido: libre incluso a las siete y media»

«A las ocho va bien, ya me he organizado. Te espero en el portal de tu despacho»

Y al cabo de un nanosegundo,

«Un beso de los nuestros»

El estómago se me retuerce. Mierda, no tendré tiempo para cambiarme, voy a salir con Alex con esta especie de estúpido pijama color vino, que a Carla le gusta tanto.

Y un jamón.

Bajo a calle Larios a la carrera. No en vano estamos en pleno centro de la ciudad. Tardo apenas veinte minutos en ser la feliz dueña de una minifalda negra con un poco de vuelo en el bajo, y unas medias tupidas del mismo color. Con los botines y el top, ahora luzco un puntito sexy. Un retoque de maquillaje en el baño y...

—Joder, Sofía, no has hecho ni el huevo hoy —me reprendo con una sonrisa tonta de niñata enamorada, instalada en mis labios.

No puedo eliminarla, está allí, anclada bien fuerte y no se borra hasta que mi teléfono vibra, y me asalta la voz angustiada y llorosa de Ximena.

—¿Qué pasa? No me asustes, que tú nunca lloras.

—Necesito verte, Sofía.

—Pero explícame...

—Es cuestión de vida o muerte. Te lo cuento esta noche, picamos algo juntas cuando salgas, no acepto un no por respuesta.

—¿Es tu madre? —aúllo. No puedo creer en mis malditos golpes de mala suerte.

—Soy yo. ¿A las ocho?

—No puedo.

—No me dejes tirada, te he avisado de que no podría soportarlo —me dice con inesperada dureza.

—Pero... —balbuceo sin conseguir ordenar las ideas.

—No tienes clase en el gimnasio —me acorrala.

¿Es que también se ha aprendido de memoria mi cuadrante de trabajo?

—Había quedado con Alex —confieso en tono lastimero.

—Pues lo anulas. Las amigas del alma con problemas estamos antes que las pichas, díselo tal cual.

Suspiro. Cierro los ojos. Aprieto los párpados. Esto no puede estar pasando.

—Ayer ya cancelé nuestra cita por motivos de trabajo.

Me hace el mismo caso que a un botijo.

—Porfa, porfa, *porfaaa*...

—De acuerdo —me rindo con desgana y las tripas revueltas—, le mando un mensaje ahora mismo.

—Que te desee más y mejor, boba, nada de ponerle las cosas fáciles a un hombre como Alex —me aconseja con tonito impertinente de maestra sabihonda.

—Ya.

—Si todas se arrojan de dientes a sus zapatos, tú serás distinta.

—Ximena, no hace falta que me vendas nuestra cita como un favor porque sé perfectamente que no lo es —Pongo pie en pared y me siento de inmediato mejor. Mejor pese al desastre—. Voy a anular un encuentro con el tío que me gusta y lo hago por ti. Déjalo estar, tal cual. Espero que la cosa valga la pena, teniendo en cuenta que puede que me mande a la mierda después de esto.

Yo lo haría.

—Es serio y necesito consejo o acabaré haciendo una tontería.

Gruño, cuelgo y maldigo. En ese orden.

Joder, ¿por qué tuve que estudiar psicología? ¿Por qué no me hice, por ejemplo, veterinaria? La gente no acudiría a mí a deshoras a consultarme sus trifulcas, echando por alto la escasa vida sexual de que disfruto.

Cojo el móvil para escribir una de las frases más jodidas que me han tocado.

Mierda, mierda y tres veces mierda. Esto no va a ser sencillo ni agradable.

«Alex, no te lo vas a creer, pero...»

Es el contenido de mi primer mensaje. Rezo para que responda con una broma, pero no lo hace. Casi puedo imaginar su perfecto ceño fruncido, en espera de lo que sigue.

De acuerdo, si no me queda otra, continúo.

«Tampoco puedo salir esta noche»

«Ah, ¿no?» me llega pasado un rato.

Y la verdad, suena displicente, despreciativo y me pone de mal humor ipso facto.

«Ximena me necesita» aclaro a pesar de todo.

«Si llego a saber que estabas tan solicitada habría escogido otra acompañante para los planes de hoy. Y de ayer. Y posiblemente de mañana»

«Lo sé, no tengo disculpa, lo siento»

No sé qué decir, no estoy lo que se dice muy inspirada. Decepcionarlo me causa tanta pena, como a mí rabia, perderme sus caricias.

«Supongo que no hay mucho que objetar a una decisión que ya has tomado»

«No te enfades, por favor»

«¿Porque me coloques al final de la inmensa cola de fans que esperan turno? No, mujer,

qué va, estoy encantado»

«Mentiroso» digo, tratando de imprimir algo de humor al momento.

«Que te diviertas, Sofía»

Genial. Me quedo como una gilipollas leyendo la palabreja maldita una y otra vez, hasta que empiezo a ver borroso.

Gracias, Ximena. Con tu ayuda y la de los putos informes judiciales, esto mío va viento en popa.

#PequeñosDesastres

Cuando mi amiga me abraza, no he conseguido librarme del mal humor.

No es aquí donde quiero estar y sin embargo, claudico.

Dos minutos más tarde, me basta mirar sus ojos cristalizados y rojos para arrepentirme de mi egoísmo y que todo pase a un segundo plano.

—¿De verdad no es tu madre? —insisto, a pesar de que ya me dijo que no.

No puedo seguir apostando, se me arroja en los brazos, hipando como una descosida. Tiro de ella y consigo que apoye el culo en los bancos tapizados de rojo.

—Le ha pasado algo, ha empeorado, ha tenido un accidente doméstico. O no doméstico —deduzco yo sola.

A duras penas, pasado un rato, Ximena sacude la cabeza.

—Pienso terminar con Antonio. Esta misma noche.

Su tono es resuelto y firme a pesar del llanto. La camarera se acerca y nos pesca en plena tragedia. Yo ofuscada y sorprendida, ella destrozada en su lloriqueo.

—Si preferís vuelvo en un rato —sugiere discreta, guardando la libretita de los pedidos en el bolsillo del delantal, dispuesta a irse por donde ha venido.

Pero el aullido de burra parturienta de Ximena y su zarpa manoteando al aire para que no escape, la dejan clavada en el sitio.

—¡No te marches! Tráeme la salchicha más grande que tengas. Y una jarra de cerveza negra. Helada.

Nuestra amable desconocida observa el mal rato de Ximena, como si lo compartiese. Igual también la ha dejado el novio. Pero ¿qué leches? A Ximena no le ha dado calabazas nadie, es ella la que piensa darlas. Entonces, ¿por qué demonios llora?

No entiendo nada.

—¿Salsa de mostaza? ¿Cebolla crujiente?

Ximena dice que sí a todo. Yo tengo las tripas revueltas y de momento, solo me pido una cerveza con limón. La camarera desaparece y Ximena se suena la mocarrera con estrépito.

—Pero ¿así de repente?

—Así de repente ¿qué?

—Dejar a Antonio —repito con infinita paciencia.

—Es un tipo horrible, controlador y metomentodo, que no saca las narices de mi vida y de la de mi madre. No lo soporto ni un minuto más.

Recuerdo que el sexo no lo es todo, justo cuando voy a preguntarle por los polvazos

gloriosos que, según ella, echan.

—De acuerdo, pareces segura y las razones son de peso. Pero no comprendo a qué viene el sofocón.

El aire se impregna de las notas de *«One year of love»* con la voz metálica y peculiar de Freddy Mercury y los gritos de mi amiga, arrecian.

—¡Menuda mierda! ¡Que me quiten esta música!

—Deja tranquilo al Dj y respóndeme.

—Porque pensé que por fin había encontrado el amor, estaba convencida de que esta vez era diferente. Y para mucho tiempo. Mis ilusiones rotas, tiradas por el desagüe...

—Xime, yo querría que fueses feliz por encima de todas las cosas, pero si tienes que abrir una pausa, si consideras que lo vuestro ha ido muy deprisa, quizá no es una mala idea alejarte un poco, no tiene por qué ser algo definitivo.

—No iba tan deprisa ni tan torcido hasta que mi madre se coló en el cuadro. Y conste que no la culpo a ella. Tampoco es que lo culpe a él por desvivirse, ni por sus traumas de infancia, el pobre, bastante tiene... —Se quita las gafas y seca los cristales con la servilleta húmeda. Las está dejando de pena—. Ha sido un cúmulo asqueroso de circunstancias diversas, que han hecho inviable esta relación.

Que Ximena, que pasa de tíos y de compromisos, pronuncie la palabra «relación», me ofrece una medida de lo mucho que había apostado por lo suyo con Antonio.

Por encima de nuestras cabezas revolotea el amor de Queen, preferible a toda una vida de soledad, y decido que enamorarse, implica unos riesgos y unos sacrificios que merece la pena sufrir. La alternativa es acolcharse y vegetar, algo que no va conmigo. Ni con Ximena.

Pero ahí sigue, llorando a moco tendido. Hasta que aparece la salchicha que ocupa media bandeja y los ojos le hacen chiribitas. Agarra su cerveza gigante y me alarga a mí la mía, dispuesta a brindar por tiempos mejores.

—Al carajo todo, y a lo hecho, pecho. Seguro que encuentro otro amante magnífico que me merezca, allá donde el destino me lleve.

Brindo mecánica y ausente. Puede que tenga razón, pero no dejo de pensar en Alex.

¿Atascos? Ni de coña. Puede que Martita sea vieja y esté despellejada, pero las dos formamos un tándem experto en serpentear por entre los coches, eludiendo los bloqueos. Lo único que lamento es el correr de las semanas, el otoño ya avanzado y la próxima llegada del invierno, y con él, la lluvia. Entonces es cuando encierro a Martita en el garaje un montón de días y el motivo no es solo que no me apetezca mojarme, sino que las Vespas, con sus rueditas de juguete, son inestables y peligrosas con el suelo mojado.

Como peligroso es también, el juego que he iniciado con Alex.

Una aparente batalla de poder, en el que ambos, tan pronto nos deseamos como nos despedazamos a puro mordisco. Reconozco que lo he plantado dos noches seguidas, entiendo que esté molesto, pero han sido faltas justificadas, le consta. Además, no puede esperar que esté disponible para él cuando lo pide, una tiene vida... Y todas esas chorradas que me cuento a mí misma para echarle la culpa. Me muero de ganas de caer en sus brazos y sin embargo, permito que me entretengan y me priven de semejante manjar, hay que ser gilipollas.

Por otra parte, no cabe duda de que es orgulloso, su costumbre de alargar la mano y simplemente tomar lo que se le antoja, me molesta. Vista su maestría en la cama, no es difícil

anticipar que las mujeres se vuelvan locas por complacerlo. Valiente mujeriego, que salía con otra y se permite el lujo de exigir.

Y yo, que sé a ciencia cierta que me estoy enganchando, que cada micra que cedo me posee y, que me hará penar, lo dejo avanzar rompiendo mis propias normas de supervivencia. De hecho, estoy que no vivo porque no llama ni escribe y necesito, de algún modo, saber de él.

O quitármelo de la cabeza, aunque eso ya a estas alturas es misión imposible.

Aparco la moto en calle Martínez y camino a buen paso por Larios sin querer mirar los escaparates que me tientan con sus prendas de nueva temporada. Bien, comprobaremos el aguante de ambas partes. Que sepas, Alex Conde, que tengo mucho con qué distraerme. Por ejemplo, subir las escaleras y saludar canturreando a nuestra Helen, que me responde toda animada.

¿Te pongo otro ejemplo? Invadir el despacho de tu hermana, que hoy parece haber llegado más temprano.

Tu hermana, no. Silvia.

Silvia tiene identidad propia, tengo que disociarlos como personas, o nunca dejaré de tener la sensación de que la utilizo a ella para acercarme a él, cuando no puede ser menos cierto.

—¿Qué tal todo ayer? —me intereso apoyada en el quicio de la puerta. Silvia levanta la cara y me mira como si no supiera de qué hablo —. Los juicios, los informes…

—Ah, sí, claro. Al final no se celebraron. —No consigo evitar que se me descuelgue el gesto —. Pero las periciales son soberbias, me facilitarán mucho el trabajo cuando llegue el momento.

—Ah.

Cuando llegue el momento. Genial. Por redactar esos papelotes planté al hombre con quien muero por retozar; no hay derecho.

—Te dejo, tengo mucho acumulado para hoy —me despido algo seca.

—En un rato te aviso y tomamos algo.

—Desde luego —acepto sin demasiado entusiasmo.

Trato de enfrascarme en mis tareas, pero la irritación me sube por el cuello arriba, y me calienta las orejas. Tengo la urgente necesidad de golpear algo hasta romperlo, menos mal que esta tarde me desfogaré dando clases. Echo otro vistazo nervioso al móvil.

Nada.

De acuerdo, señor Orgullo, ambos podemos seguir esperando, no seré yo la que te escriba.

#ChismesQueNoNecesitoSaber

Sospecho que Silvia se huele mi disgusto, porque antes de una hora veo su linda cara asomar por la puerta. Lleva una blusa verde esmeralda que hace un juego diabólico con sus ojos y un pantalón de cuero color crema, que a la puñetera le sienta como un guante.

—¿Puedo pasar un momento? —me pregunta cortés.

Le hago una seña para que se siente, mientras mis dedos inquietos teclean el final de una frase.

—Oye, el otro día hablé con mi hermano. —Mis pupilas ruedan del monitor a ella. Es la primera vez que me habla abierta y voluntariamente de Alex—. No quiero meterme para nada en vuestras cosas, nosotras somos amigas y los ligues de Alex, más o menos serios, jamás han sido de mi incumbencia, demasiada historia surrealista, me habría vuelto majara de querer entenderlo —resopla—, pero... En fin, le aconsejé que fuera prudente, que evite en lo posible exhibirse por ahí tan... tan pronto.

Pestañeo. Eso es que estamos de luto, y yo sin coscarme.

—Camila —aclara ante mi evidente confusión.

—Ah, claro.

Sigo en Babia.

—Está muy enamorada de mi hermano. No es que la defienda, ni nada por el estilo, soy una de las muchas que piensan que él estaría mejor de no haberla conocido, pero ya me entiendes, ocurrió y han tenido una relación de cierta entidad, han sido pareja, no fue un lío cualquiera.

Me sacude un latigazo de emoción, no precisamente positiva. Acaba de incrustárseme la palabreja en la boca del estómago, y me araña. Gracias por recordármelo, Silvia, gracias, mal rayo te parta.

—Lo entiendo —musito.

¿Lo entiendo?

—Poco a poco y con tacto, las cosas salen mejor. Por descontado, Alex es libre de salir con quien quiera, pero restregárselo tan pronto por la cara a alguien que seguramente está sufriendo como una condenada, no me parece.

Joder, a mí me importa un comino Camila. Tengo tantas ganas de pegarme a Alex como una lapa, mañana, tarde y noche, que no he pensado en su tormento. ¿Soy perversa, egoísta y cruel?

Pues no me preocupa lo más mínimo.

—Málaga resulta pequeña a la hora de la verdad —prosigue Silvia. Sus ojos me buscan, yo me dedico a esquivarla—, al final todos salimos por las mismas zonas, acabamos coincidiendo.

—Hay algo más —afirmo rotunda, mirándola abiertamente.

—¿Algo más?

—Sí. Otro detalle te preocupa y te lo estás callando, pero me lo dice tu tono.

Silvia esboza una risita traviesa.

—Vaya si eres peligrosa, señora psicóloga. Pues sí, Sofía, no paro de darle vueltas a las reacciones de Camila, son imprevisibles, no sé la que puede montar si os encuentra juntos.

Eso tiene más lógica, aunque tampoco pienso esconderme. ¿Pensará Alex igual que su hermana?

—Suena complicado.

—Créeme, puede serlo.

—No me hace ni pizca de gracia, mi exnovio me dejó tirada sin previo aviso, y a las pocas semanas me lo encontré en un bar arrimando cebolleta a la tercera en discordia, sin cortarse un pelo —narro con resentimiento. Silvia me observa divertida.

—No querrás ponerte a su altura. —Da una suave palmada en la mesa y se pone en pie—. ¿Desayuno? Hasta estoy dispuesta a contar con Carla, si eso te hace sonreír.

Lo hago de mala gana. El que Carla nos acompañe, además de ser inusual y sospechoso, le asegura el fin de la espinosa conversación, charlaremos de intrascendencias, plazos judiciales y funcionarios huraños, como si lo viera.

Vuelvo a mirar el móvil una docena de veces, pero continúa mudo.

Y yo con mi millón de preguntas atascadas en la garganta.

Son casi las seis de la tarde cuando voy entrando en el gimnasio donde presto mis servicios como profesora, y cedo a la tentación.

Le escribo un mensaje a Alex. Negármelo es no cortar esta ansiedad que me presiona el vientre. Un texto directo, conciso y sin florituras, que suene natural:

«¿Unas cañitas por fin esta tarde?»

Me cuelo a toda velocidad en los vestuarios, me cambio sin perder de vista el teléfono y finalmente lo guardo en el bolso, dentro de la taquilla. Mejor. Así no caeré en el error de responder rápida y eufórica cuando acepte y lo haré sufrir un poquito más.

Trato de olvidarme de que la mensajería instantánea existe, mientras camino hacia mi aula y selecciono música de los ochenta. A todo volumen, para mitigar mi angustia. El sudor y los saltos de gacela son receta infalible para quitarse pesos de encima. Lo que dura la clase, consigo flotar por encima de las preocupaciones, los plantones y los enojos.

He triunfado.

Ahora regreso a vestuarios, secándome el sudor, convencida de la fabulosa nota de amor que me encontraré escondida en las tripas de mi smartphone, cuando un impetuoso profesor de yoga me sale al encuentro, con su sonrisa de anuncio de pasta de dientes.

—¿Dónde las quieres tomar?

—¿Cómo dices?

Saca el móvil del bolsillo de su pantalón de chándal negro y lo agita en el aire.

—Las cañitas, que dónde las quieres tomar—. Debo seguir con cara de lela integral

porque aclara—. A ver, me has mandado un mensaje sugiriendo que nos tomemos unas cañas, no lo he soñado, mona, está aquí escrito.

De repente lo comprendo todo y me abalanzo contra su teléfono para arrebatárselo de las manos.

—¿A ti? ¿Te lo envié a ti?

La madre que me parió...

—Mujer, muchas gracias —sisea, ofendido hasta el tuétano.

Mis ojos releen las puñeteras frases. En efecto, tiene razón, en lugar de mandárselas a Alex, he tecleado por error su nombre.

¡Seré mema!

Ahora me siento fatal. Con las mejillas ardiendo de vergüenza, le devuelvo el móvil y me disculpo.

—Seré sincera, la invitación iba dirigida a otra persona. —Luluis arquea una sola ceja y me mira con resentimiento—. Pero espera que compruebe si ha dado señales de vida y en caso contrario, podemos ir a por esas cervezas.

Que me haya escrito, que me haya escrito.

—Sí, claro, como que te crees que voy a ser segundo plato de nadie, si siquiera tuyo, reina —me advierte todo ofuscado.

¿Es posible ser tan rematadamente idiota? No cabe duda de que lo soy. Mi oferta de tregua de paz enviada al destinatario equivocado y Alex, a estas horas, con los ambiguos consejos de su hermana, sin saber nada de mí.

—Miro una cosa y luego te cuento —explico a Luluis.

Compruebo que sus rizadas pestañas aletean encantadas en su rostro moreno. Nada le entusiasma más que un chisme.

—Mira, mira, y me cuentas. Y si el tema es jugoso, te perdono. Aunque no salgamos.

#LluviaDePatadas

Por poco pierdo los dientes en mi carrera hacia la taquilla. Driblo a tres tías en pelotas, hablando de sus cosas donde más incordian, salto por encima de un banco repleto de bolsas, y se me caen al suelo dos veces las llaves antes de conseguir hacerme con la combinación del candado que abre de par en par, mis secretos. Busco el móvil con agonía, conteniendo la respiración.

¡Nada! No puedo creerlo, ¡no hay nada!

Se me atraviesa un gemido de desesperación en la garganta, dejo caer la cabeza con los párpados apretados, mientras mis dedos se cierran en torno al teléfono y mi frente busca el apoyo de la taquilla.

¡Coño, qué frío está el metal!

Yo estoy peor, yo tirito de decepción, el corazón se me congela por segundos.

Un momento.

¿Qué se ha creído este tío? ¿Que se lo merece todo? ¿Que voy a arrastrarme por la acera solo porque tuve un par de compromisos imprevistos y no lo coloqué a él en primer plano? ¿Que se me cae la baba en cuanto se desabrocha un botón?

Esto último lo retiro volando, porque sí, es exactamente lo que ocurre.

¿Que voy a esconderme bajo las losetas de Málaga centro para evitar que su ex sufra? Mi maltrecha dignidad regresa y acude en mi ayuda. No voy a rebajarme a llamarlo. Debería ser más flexible y comprensivo, y entender cuanto antes que yo no soy Camila, con pánico crónico a perderlo, capaz de toda clase de rebajas con tal de tenerlo contento.

¿No dice que le encanta mi personalidad? Pues toma dosis doble de orgullo malagueño.

Me estiro, empoderada, mando de un empellón el móvil al fondo de mi bolsa tras confirmarle las cañas a Luluis, y recojo mi gel de ducha con olor a frambuesa. Tarareo y espanto fantasmas mientras la llovizna caliente de la alcachofa barre mi mal humor.

Luluis es vegano convencido y conoce un ciento de locales alternativos, donde la comida está riquísima. Me guía a un diminuto restaurante en una bocacalle de Alcazabilla, y le cuento que me vi obligada a secarme la melena charlando por teléfono con Ximena y, que era tan misión imposible consolarla a distancia, que la he invitado a venirse.

—Espero que no te importe.

Hace un ademán condescendiente con su expresiva cara. Debería ser actor de comedia, virgen de las bragas vueltas, qué capacidad de compartir emociones faciales tiene este chico.

—Esta cuna de la sabiduría oriental —y se señala a sí mismo— es generosa y permanece abierta a partir de las ocho para cualquier alma descarriada que la precise.

—Ximena no es precisamente un alma descarriada, solo iba a cortar por lo sano con su novio anoche, y algo ha mandado sus planes por la alcantarilla —lo pongo en antecedentes—. Que me aspen si entiendo el qué.

—Ya se encargará ella de darnos pelos y señales. —Cubre mimoso mi mano con la suya —. Aprovecha nuestra intimidad para explicarme cómo es que llevas apenas tres telediarios con el bombón del año, y ya la has cagado dos veces.

Lo reprendo con mi mirada furibunda.

—Es un presuntuoso —denuncio.

—Mira esta… Porque puede.

Otro. Lo miro enfadada.

—¡Jesús! No podéis otorgarle tanto mérito a estar bueno...

Me frena con la palma delante del morro.

—¡A ver, a ver! Que estar bueno es una cosa, y Alex Conde juega en otra división.

—¡Si no lo conoces! Total, por un par de fotos que te he enseñado —refunfuño.

—Eso temo, perder el conocimiento cuando se me plante delante en carne y hueso. Especialmente en carne —aduce con una sonrisa pícara.

—Puedes ser un prodigio de la naturaleza, eso no te otorga carta blanca para ofenderte a la primera, que las parejas quedan cuando pueden —defiendo con brío.

Lo afirmo bien alto, queriendo creerlo. Las comisuras de Luluis se curvan irónicas.

—Ya. Las parejas, en su primer mes, follan como conejos y matan por quedar medio minuto debajo de un puente de mala muerte.

—Será que no soy tan ansiosa —miento—, ni estoy tan necesitada, ni es nuestro primer mes. Pienso tomármelo con tranquilidad.

—Desde luego, pero él es libre de mosquearse con tu falta de interés.

—¡Fue su hermana! ¡Lo ha liado con advertencias absurdas! ¡Y me cargó de trabajo extra! Que por cierto... hay algo que no me encaja en el asunto de sus juicios —añado mordiéndome una uña, pensativa.

—*Wooo*, ¿habemus secreto?

No podemos seguir con la disección de los misterios de Silvia porque Ximena aparece por la calle, colorada y sudorosa. Viene corriendo, subida en unos zapatos de plataforma dignos de un equilibrista, con su pantalón capri de seda morado, y un precioso top ajustado de pata de gallo blanca y negra.

Se detiene frente a nuestra mesa, nos sonríe alternativamente a ambos, y retira de su cara las gafas *cat* de pasta oscura, que le dan un aire de diva del cine policíaco de los cincuenta.

—Chicos, me lo he tirado.

#XimenaNoSiempreHaceLoQueDice

—Estos giros inesperados del destino, me chiflan —palmotea feliz Luluis.

—¿Cómo que te lo has tirado? —aúllo—. Se supone que ibas a cortar, tajante y definitivam...

Sacude la cabeza, agarra una silla y la arrastra hasta encajársela bajo el culo. Se desinfla como si acarrease una tonelada insoportable sobre los hombros.

—Ya, sí, bueno, ese era el plan; pero apareció más guapo que nunca, con flores, bombones y un montón de arrepentimiento. Me pidió disculpas por entrometerse en mis decisiones respecto a mi madre, me aseguró que respetaría lo que decidiera y...

Abro los ojos con desmesura. Luluis me imita.

—¿Y...? —reclamamos al alimón.

—¡Tuvimos el mejor polvo de la historia! —proclama con los brazos en alto.

Conociendo los míos, permíteme que lo dude, guapa.

Así y todo, medio bar se vuelve a cotillear.

—¿Y dónde está el problema? Buen sexo, chocolate, un ramo... En algún adoquín de esta historia me he perdido —lloriquea Luluis.

—Pues que ya he aceptado el trabajo en Madrid.

—Joder —se me escapa.

Ximena se echa a llorar, asfixiada por la encrucijada en la que poco a poco se hunde. En cuestión de segundos, dos regueros de máscara afean su bonita cara. Le alargo un puñado de servilletas para que se limpie.

—¿Esto es amor? —hipa.

—Esto es estar mal de la cabeza, amiga —analizo entre risas.

—Mira, cuando lo veo, el corazón se me encoge y se me queda pequeñito. Solo quiero que me abrace y me apriete fuerte.

Sé lo que eso significa, la comprendo muy bien. Ximena está agotada de jugar a ser la fuerte, necesita mimos. No obstante, me mosquea la actitud callada de Luluis, jugueteando con las cuentas de sus pulseras tibetanas. Lo conozco metido en un saco.

—A ver, escúpelo.

Se hace el sueco. Le golpeo un hombro con el puño, y finge doblarse de dolor.

—Vamos, suelta ya lo que sea que te ronda esa cabecita perversa —insisto.

—¿En serio queréis?

Asentimos. Yo enérgica, Ximena hipando como alma en pena.

—Echando polvos no se arregla nada —dictamina.

—Dinos algo que no sepamos —se irrita mi amiga.

Luluis alza una mano y nos muestra la enorme palma abierta, señal inequívoca de que aún no ha llegado al meollo de su mitin.

—Sin embargo..., no es menos cierto que estáis en esa fase inicial de la relación en que todo se reduce a un juego, los tira y afloja son divertidos, las ofensas se olvidan pronto con un buen meneo y las tensiones se borran con las palabras convenientes. Tú, Sofía, por Dios, ¿cuánto llevas? ¿Dos días y medio? Engáñalo, hazte la interesante, pícalo, vuélvelo loco —me anima, tan convencido de lo que vende, que se lo voy a comprar, pida lo que pida—. Y tú, Ximena, llevas algo más, de acuerdo, pero no me negarás que el revolcón de anoche es el prólogo perfecto para despedirte y dejarle destrozado el corazón.

Ximena parece no entenderlo. Luluis la mira, compasivo.

—¿Y con eso yo qué gano?

—Irá a verte a Madrid, cada fin de semana, enganchado a tus caricias como un chihuahua. ¿Que no?

Yo me encuentro a un puñado de kilómetros de distancia, mascando con deleite el nuevo enfoque de mi dramática situación. Ya no tan dramática tras la novedosa perspectiva de mi amigo.

—Leches, Lu, qué buenos consejos das, ¿para qué coño he estudiado yo nada?

Se sopla las uñas de las manos y les saca brillo contra su camiseta, mediante la vieja técnica del frota-frota.

—Es un talento con el que he nacido, me sale de natural, estoy pensando en abrir consultorio sentimental y todo. Venga, gordis, ahora que las penas han menguado y haciendo una excepción en mi abstinencia, ¿nos emborrachamos?

Sofía, pide un deseo.

De acuerdo, allá voy: pido que el subidón que me ha regalado la conversación con Luluis dure más allá del retorno a casa. Mi apartamento me recibe cálido, silencioso, acogedor. El escenario ideal para lanzarme de cabeza a la cama y disfrutar un sueño reparador, pero me he desinflado, no sé con exactitud el momento, con lo contenta que yo venía. Recurro a un largo y lujoso baño caliente para sacudirme de encima esta profunda tristeza.

Mil veces me prefiero cabreada, al menos no soy una muñeca de trapo sin energía a la que cualquiera, por descuido, podría pisotear. Ese cabrón insolente de Alex me ha desordenado el corazón, y no se lo perdono por muchos polvos excelentes que me eche.

La abundante espuma de jabón crece, acaricia mi piel, cosquillea mis pezones rosados. Me he soltado el pelo y cae como un velo liso por toda mi espalda. Hasta puedo imaginar que son sus largos dedos palpándome. Me relajo y me sumerjo hasta desaparecer de este mundo. El agua perfumada cubre mi cabeza, la luz está apagada y el cuarto baño solo se alimenta con las penumbras amortiguadas que le llegan desde las lamparitas del salón. Una luz indirecta que me ayuda a no pensar.

Mi mano atrapa el patito de goma que, disfrazado de diablillo con su capa y sus cuernitos, me sonríe desde el poyete de la bañera. A pesar de su aspecto inofensivo, esconde un perverso secreto que mi madre no imagina cuando viene a visitarme: mi consolador acuático megapotente.

Pensé que tardaría en volver a utilizarlo, casi lo desgracio en mi época de vacas flacas con Sergio. Ahora dispongo de una tremendísima y sedosa verga de las de verdad, que tendría calmada y satisfecha mi entrepierna por los siglos de los siglos...

No sigas inventando, Sofía. Reconoce que no tienes ni idea de cómo acabará esto.

Abro las piernas y con los dedos separo mis labios mayores. La vulva queda al descubierto, huérfana de caricias. Lo pongo en marcha, aplico la cola del patito cerca del clítoris y deleitándome en la suave vibración, lo paseo en círculos sobre mi carne. Permito que la onda placentera crezca y se propague por mi vientre. Los pezones deben tener una conexión neuronal especial con la fase preorgásmica, ya se han endurecido clamando por unos labios y unos dientes que los laman y los mordisqueen, que los atrapen y tiren de ellos sin compasión.

Sin embargo, no hay nada disponible salvo mis manos, mis propios dedos que juegan a ser pinzas y los pellizcan al ritmo en que mis caderas inician su balanceo. Me invade la necesidad de ser llenada con urgencia. Algo que no me ocurría antes de saborear las mieles del sexo con Alex, en aquellos benditos tiempos en los que el picoteo incesante y a buen ritmo del vibrador, me propulsaba al clímax en pocos minutos, sin echar de menos nada más.

Hay que joderse...

Tomo aire, respiro hondo, imagino su peso aprisionándome, el ardor de su aliento sobre mi cuello dibujando caminos interminables, explorando mis reacciones. Rememoro el destello de esas dos gemas verdes que tiene por ojos, y gimo. La sensación se ha hecho más profunda y más intensa, tengo el vello de punta, el deseo en carne viva.

Y estoy sola, esa es la realidad, pero mi alma se funde con él salvando la distancia. Aprieto el consolador contra mi vulva. Lo agito casi con desesperación. Distingo el temblor insoportable que anticipa mi orgasmo. Saco una pierna de la bañera, enrosco el pie en el borde, asegurándome, completamente enloquecida. Gruño.

«Acaríciame, bésame, abrázame largo. Hazme tuya, Alex...»

Sucesivas oleadas de sangre ardiendo recorren mi cuerpo, contraen mi sexo, tensan todo mi ser. El clímax me convulsiona, me golpea como una sobrecarga letal. Él está ahí, apoyado indolente en la puerta, con el pelo oscuro revuelto y esa desvergonzada sonrisa canalla que tan cachonda me pone. Observando cómo me masturbo pensando en él, anhelándolo por encima de todas las cosas.

Alex Conde monopoliza mi mente, mis ideas, mis apetitos.

Parpadeo. Ha desaparecido.

#CambioDeOpinión

El maldito despertador ha decidido tomarse el día libre. O ha sido mi oído. El caso es que dan las nueve bien pasaditas cuando abro un ojo, caigo en la cuenta de lo que ha pasado, pego un bote en el colchón, y lo zarandeo con ansias de venganza.

Será posible...

Me ducho a toda velocidad, al compás de *«I want to break free»* para despejarme, hago con mi pelo lo que puedo, que no es mucho, y recurro a una diadema dorada con forma de corona de hojas, para mantener a raya mis mechones alborotados. Una pizca de maquillaje de emergencia y un vestido entallado de paño gris palabra de honor, que da un nuevo significado al concepto de «working look». Medias con liga de silicona incorporada y taconazo directo al bolso, ya que por las calles corro en manoletinas.

Freddy Mercury sigue clamando por su libertad desde el altavoz. Una de mis canciones favoritas, que hace que todavía menee el culo cuando cierro la puerta de mi apartamento y salte bailando, los peldaños que me separan del portal.

Llueve. Autobús. Lo que faltaba. Mi retraso crecerá y se multiplicará sin remedio. Aunque... ¿Quién me espera? ¿El ordenador y el florero con sus rositas falsas de pitiminí? ¿La cafetería donde cada día desayunamos por puro placer? No tengo clientes citados, no tengo obligaciones a hora fija… Leñe, Sofía, relájate y disfruta del breve paseo que te lleva al centro.

Me concentro en el resbaloso caer de las gotas de lluvia por los cristales del bus, y medito sobre un montón de ideas apiladas sin orden: el vuelco en el destino de Ximena, los sabios consejos de Luluis, la posibilidad de hacerme desear con viejos trucos de adolescente, las consecuencias de los temores de Silvia confiados a su hermano...

El timbre que marca mi parada me saca de mis ensoñaciones. Me abro paso entre la gente apretada, medio dormida y logro bajarme cuando casi arrancamos de nuevo. Al amparo de mi paraguas rojo con una vaca estampada comiendo tréboles, alcanzo el final de calle Larios. Fuera chip de ocio, bienvenido chip de «soy una profesional modélica».

No hay novedades, si exceptúo que Silvia no ha vuelto a nombrar los famosos juicios urgentes, ni por asomo. Tanta prisa, tanta angustia, mi primera cita con Alex al carajo, para nada. ¿Lo planeó a propósito? ¿Fue una trampa? ¿Sabía que habíamos quedado y de algún modo, por alguna razón malvada que no acierto a admitir, quiso boicotearnos?

Me paso la mano por la frente y suelto ofuscada el bolígrafo. Eso se pasaría de la maldad, de ser cierto, raya la perversión, Silvia no es capaz de perjudicarnos de ese modo, somos su hermano y su mejor amiga, dicho por ella, nos quiere, le importamos, somos dos de las personas

más valiosas en su día a día.

Me estoy volviendo paranoica, obsesa y gilipollas.

Darle vueltas al coco sin límite no trae nada bueno, solo ver fantasmas y niebla donde no los hay. Seguramente, esos juicios imprevistos sí existían, aunque Helen no los tuviese apuntados en la agenda. Y seguramente se cancelaron porque así son los Juzgados. Silvia no se los inventó para fastidiar mi cita. Bajamos a desayunar sin Carla y trato de comportarme de forma natural. De hecho, subo tan animada, que decido que si al dar las tres Alex no se ha comunicado conmigo, seré yo quien tire la primera piedra.

No me queda otra. Él parece atrincherado en su absurdo orgullo, algo que no acabo de entender y que no sé si me gusta. Detesto a la gente complicada que, en lugar de hacerse entender, encripta sus necesidades y se enfada si no las adivinas.

Pero mi humor es tan estupendísimo que aprovecho un pico y dos minutos antes de las tres, doblego mi impaciencia y le escribo.

«Probemos a vernos esta tarde, anda»

He preferido ofertarme con un poco de gracia, sin reproches que recuerden los tres desastrosos días anteriores. Pero cuando leo la ansiada respuesta, se me encoge el píloro y tengo la impresión de que el cielo descarga su horrorosa tromba de agua, solo para martirizarme.

«Lo siento, esta tarde entreno»

¿Entrena? ¿Qué narices entrena? ¿Meditación trascendental? ¿Petanca? ¿Es un entrenamiento más importante que verme, que disfrutar de unas horas a solas, que hacerme el amor a lo salvaje? ¿Piensa entrenar hasta la media noche? Su resentimiento me parece más injusto que nunca, con qué facilidad me cambia por una actividad típicamente masculina. Entrenar.

O eso, o pretende alejarse de mí. Caramba, Silvia, tus consejos la han liado bien gorda.

Pues nada, que le den.

Dan las seis menos cuarto, cuando otro mensaje interrumpe mi labor de psicóloga afanosa, que intenta aparcar la perturbadora imagen de un tío buenísimo de ojazos verdes y cuerpo de pecado, allá donde menos estorbe.

«Vente al entrenamiento si quieres»

Pongo los ojos en blanco.

Oh, vamos, el señor ha tenido a bien invitarme. El «si quieres» sobra y puedes metértelo por donde mejor te quepa, Alex Conde del diablo. Me apresuro a teclear una respuesta acorde con la situación y con mi pésimo estado de ánimo.

«Muchas gracias, tengo planes»

Chupa del frasco, Carrasco. Prueba de tu propia medicina.

A las seis de la tarde y con la intermediación de Ximena que interroga a Antonio, ya sé que el deporte que sisa las horas libres de mi chico es el taekwondo, y que entrenan en el pabellón municipal de Martín Carpena.

No me llevará demasiado llegar hasta allí en taxi. O en Cabify. O en metro.

Sí, he cambiado de opinión. Como todas las mujeres. No me lo tengáis en cuenta.

Continuará…

Y la 3ª entrega llega…

¡El 9 de enero!

Ya en PREVENTA toda la serie de Sofía

Por favor, no olvides dejar tu valoración por estrellas o un breve comentario o recomendación. No imaginas lo mucho que ayudas a mi trabajo con algo tan sencillo.

Sígueme en Amazon Author Serendipia Stark
Pinchando este enlace:
https://www.amazon.com/author/serendipiastark

O usando este código QR:

SUSCRÍBETE a mi newsletter, recibe información privilegiada, ofertas y promociones, conviértete en una Regencia de pleno derecho y consigue GRATIS el precioso BOOK JOURNAL 2025 que he creado para ti.

Pincha este enlace y deja tu correo electrónico:

http://subscribepage.io/np9cTD

Mis lectoras son… Regencias

Y si quieres novelas románticas históricas, me convierto en
Lady Seren.

Mira lo que tengo:



TUS SECRETOS Y LOS MÍOS



LIBERTINA VENECIANA

https://mybook.to/tussecretosylosmios

https://mybook.to/libertinaveneciana



ALMA ROTA



DELICIOSO GRANUJA

https://mybook.to/almarota

https://mybook.to/deliciosogranuja

KINDLE UNLIMITED

Serie «Guante de seda»

Serie «Las Ladies»



https://mybook.to/marquesladrona

https://mybook.to/suenoparaunadama

https://mybook.to/jaquecaballero

https://mybook.to/deseosdemilord

https://mybook.to/profeciaparamilady

https://mybook.to/condemeroy

KINDLE UNLIMITED

Serie «Calle de Madrid»





https://mybook.to/hijamarques

https://mybook.to/nosotrosbajoestrellas

NOTA: Esta serie aún no está completa.
Faltan por publicar 2 entregas

KINDLE UNLIMITED